



**DIPLOMÁTICOS,
COLECCIONISTAS
Y BIBLIÓFILOS**



Luis Francisco Martínez Montes



DIPLOMÁTICOS, COLECCIONISTAS Y BIBLIÓFILOS



Luis Francisco Martínez Montes



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN

SUBSECRETARÍA

Secretaría General Técnica

Vicesecretaría General Técnica

Área de Documentación y Publicaciones

© Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, para esta edición.

© Luis Francisco Martínez Montes.

© de las imágenes: los autores y/o las instituciones.

NIPO en papel: 108-21-077-6

NIPO en línea: 108-22-007-8

Depósito legal: M-34208-2021

ISBN: 978-84-19003-00-3

Diseño: Green printing. Artes gráficas

Impresión: Tórculo

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor.

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado: <https://cpage.mpr.gob.es/>

En esta publicación se ha utilizado papel libre de cloro reciclado y/o papel de fibra virgen de bosques gestionados de manera sostenible con el certificado «FSC», de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública.

A tenor de lo dispuesto en la Ley de Propiedad Intelectual, no está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de su uso, sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo aquellas copias que se realicen para su uso exclusivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación.

Imagen de cubierta: Taller helenístico, *Demetrio I Poliorcetes* (307-300 a. C. Bronce helenístico). E000099. Museo Nacional del Prado. Madrid.

LUIS FRANCISCO MARTÍNEZ MONTES

Diplomático y escritor. Ha estado destinado en la embajada de España en Kazajstán y en la Representación Permanente de España ante la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa, en Viena; ante Naciones Unidas, en Nueva York, y ante la Unión Europea, en Bruselas. Ha sido asesor ejecutivo para asuntos parlamentarios en el Gabinete del Ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, y asesor en el Gabinete del Secretario de Estado de Asuntos Exteriores e Iberoamericanos. Es autor de los libros *Historias del mundo. La gran aventura de la diplomacia española; Diplomáticos, arqueólogos y aventureros; España. Una historia global; Los Estados Unidos y el ascenso de China; España, Eurasia y el nuevo teatro del mundo; A game at chess: the grand strategy of the Spanish Empire*, y coautor de *Apuntes sobre el Ártico; La pasión de la libertad. Jefferson y la creación de Estados Unidos, y La disputa del pasado. España, México y la Leyenda Negra.*

ÍNDICE

COLECCIONAR EL MUNDO	5
HERNANDO COLÓN O EL GABINETE RENACENTISTA	21
BENITO ARIAS MONTANO O LA BIBLIOTECA DE BABEL	57
EL MARQUÉS DEL CARPIO O LA PASIÓN BARROCA	85
NICOLÁS DE AZARA O LA SEDUCCIÓN DE LA BELLEZA	113
BIBLIOGRAFÍA	142



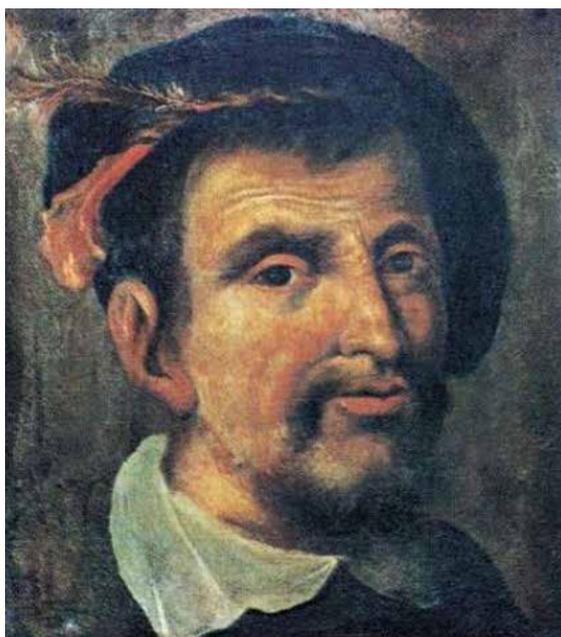
COLECCIONAR EL MUNDO

Como en las matrioskas rusas, este libro surge de otro que, a su vez, fue inspirado por una obra previa. Algunos capítulos de *La gran aventura de la diplomacia española* estaban consagrados a los episodios diplomáticos que contribuyeron a aumentar nuestro conocimiento de las antiguas civilizaciones precolombinas, mediterráneas y medio-orientales. Varios de sus protagonistas –García de Silva y Figueroa, Eduardo Rivadeneyra, Juan de Dios de la Rada y Eduard Toda– aparecieron en un segundo ensayo, publicado en 2021, titulado *Diplomáticos, arqueólogos y aventureros*, dedicado a recordar sus misiones oficiales y a vindicar su lugar en el nacimiento de la arqueología como disciplina auxiliar de la historia gracias a sus expediciones, a caballo entre la diplomacia, la erudición y la pura aventura, por tierras de Egipto, Mesopotamia y Persia. Al escribir este segundo libro y, en particular, al investigar sobre la creación de algunos museos y bibliotecas españoles, y de los gabinetes de antigüedades y de «maravillas» que les precedieron, reparé en otros personajes, poco conocidos por el gran público, pero que, sin duda, merecen figurar por derecho propio en la larga lista de nombres eminentes que enriquecen nuestra historia cultural. Hernando Colón, Benito Arias Montano, el marqués del Carpio y Nicolás de Azara fueron hombres cuyas vidas públicas tuvieron relación, de una u otra forma, con el ejercicio de la diplomacia y con episodios relevantes de nuestra política exterior, aunque sus respectivas pasiones privadas fueran de lo más variopintas, cubriendo desde la botánica, la cartografía, la pintura, la escultura y la bibliofilia a la escenografía, la tipografía o el arte del grabado.



Los archiduques Alberto e Isabel visitan el gabinete de un coleccionista, por Hieronymus Francken II y Jan Brueghel el Viejo, *circa* 1623. Walters Art Museum, Baltimore.

Cronológicamente, el arco descrito por la suma de sus biografías abarca el amplio período que va desde el Renacimiento al Neoclasicismo, pasando por la crisis del siglo xvii y el Barroco. Sus vidas condensaron tres siglos de la historia de España, de Europa y, en el caso de Hernando Colón, de América. Sus circunstancias se tendrán en cuenta en nuestro relato, pero lo que en verdad nos interesará de ellos es la vocación que compartieron, rayana a veces en la obsesión: la adquisición, conservación y difusión del conocimiento, no en abstracto, sino encarnado en objetos tangibles, acumulables y transmisibles, ya fueran artificiales –libros, grabados, mobiliario, estatuas o pinturas– o fruto de la naturaleza. En las vitrinas, estanterías y cajones de sus gabinetes y salones pretendieron, en suma, coleccionar, clasificar y mostrar las maravillas del mundo visible para asombro de sus contemporáneos y para nuestro continuo deleite e ilustración. Muchas de las obras que llegaron a acumular pasaron, con el transcurso del tiempo, a integrar las colecciones estatales españolas y de otros países. Las pasiones privadas de nuestros protagonistas se convirtieron así en virtudes públicas cuyos frutos todavía hoy podemos disfrutar.



El gabinete renacentista. *Retrato de Hernando Colón*, por un autor anónimo, siglo XVII. Biblioteca Capitular Colombina, Sevilla.



El gabinete regio. *Benito Arias Montano*, según Pieter Pourbus, grabado publicado por Philippe Galle en *Virorum doctorum de disciplinis benemeritum effigies*, 1572.



El gabinete barroco. *Gaspar de Haro, VII marqués del Carpio*, por Arnold Van Westerhout, circa 1660. Biblioteca Nacional de España.



El gabinete neoclásico. *José Nicolás de Azara*, por Rafael Mengs, 1774. Museo Nacional del Prado.

La historia de nuestros protagonistas está imbricada en otra más amplia y compleja que conviene recordar, siquiera brevemente, antes de cederles el espacio que merecen. La práctica del coleccionismo previa al triunfo de los modernos museos es casi tan antigua como la humanidad y puede desglosarse en tres categorías íntimamente relacionadas y, a menudo, solapadas en el tiempo: el tesoro funerario y palaciego característico de las culturas de la Edad de Bronce y de las primeras civilizaciones históricas; las colecciones cívicas nacidas en Grecia y Roma, sucedidas a su vez en la Edad Media por las cámaras regias y eclesiásticas, y, por último, los gabinetes privados que comienzan a proliferar desde el inicio del Renacimiento¹.

En una secuencia cronológica, el más temprano coleccionismo de ultratumba tenía como finalidad acompañar a personajes principales en su tránsito al otro mundo y estaba ligado tanto al prestigio del difunto como a la protección de su comunidad. Se esperaba que el espíritu del jefe tribal, rey o sumo sacerdote velara por sus súbditos o acólitos desde el más allá e intercediera por ellos para evitar la cólera de los dioses o eludir el terror de lo numinoso. Los objetos acumulados en los enterramientos creaban un vínculo entre lo terrenal y efímero con lo sagrado y eterno, y contribuían a preservar la memoria colectiva de las primeras sociedades humanas. Esta doble función del tesoro funerario siguió vigente en las primeras grandes civilizaciones: los enterramientos de los faraones egipcios, de los monarcas micénicos o de los reyes precolombinos; los mausoleos aqueménidas en Persia; la tumba del emperador chino Qin Shi Huang y las de sus sucesores bajo distintas dinastías son algunos ejemplos de este entrelazamiento milenar de lo sagrado y lo profano. Ello explica también la naturaleza de los objetos que acompañaban a tan relevantes personas. Por un lado, se encontraban el mobiliario y los utensilios, a menudo ricamente ornamentados, que servían a sus necesidades esenciales en la vida ultraterrena, como era también el caso de los animales enterrados con sus amos en los kurganes centroasiáticos o los soldados y

¹ Sobre la historia de los museos puede consultarse con provecho la obra de Pomian, Krzysztof, *Le musée, une histoire mondiale*. París: Gallimard, 2020.

oficiales de terracota hallados en Xi'an para proteger al emperador Qin; por otro lado, las joyas, las piedras preciosas, las máscaras y monedas de oro, las armaduras de parada o las exquisitas piezas de cerámica formaban parte de la parafernalia con la que los dignatarios afirmaban su prestigio y el de sus respectivos pueblos ante los dioses que debían juzgarles y determinar su lugar en la otra vida.



Fotografía tomada por Heinrich Schliemann del llamado Tesoro de Príamo, publicada en el *Trojanischer Alterthümer* ('atlas de las antigüedades de Troya') en 1874.

El modelo de tesoro funerario característico de la Edad de Bronce y de las primeras civilizaciones teocráticas dio paso, en la Grecia clásica, al tesoro cívico custodiado en los templos y santuarios. Este estaba destinado a mostrar a los visitantes las virtudes y la superioridad de cada una de las polis y de sus dioses protectores sobre el resto de las ciudades de la Hélade y de esta sobre sus vecinos considerados bárbaros. La función pública de este tipo de colecciones se complementó, en la época helenística, con otra académica y didáctica. Aparece así el *museion*, o templo de las musas, cuyo ejemplo más célebre fue, en el siglo IV a. C., el de Alejandría, con su legendaria biblioteca. Fundado por Ptolomeo I Soter, el *museion* era, al mismo tiempo, una academia donde residían, investigaban y enseñaban matemáticos, astrónomos y filólogos. Más tarde, como en tantas otras cosas, Roma retomó el precedente griego, combinando la presencia de los tesoros religiosos en los templos con las colecciones formadas por miembros de la aristocracia y, ya en la época imperial, con el modelo del *museion* alejandrino, al que añadió un giro precursor del futuro. Fue el emperador Vespasiano, según Suetonio, quien por vez primera habría decidido financiar desde los impuestos que nutrían las arcas públicas los estipendios de los artistas y estudiosos que con sus obras contribuían a enriquecer el patrimonio romano. Fue el primer antecedente de la política cultural como la entendemos hoy en día. A Roma también le debemos la transición, que habría de demostrarse decisiva, entre la función religiosa, y política, de las colecciones acumuladas en los templos y su estimación estética. La *cella*, o naos, pasó de ser un espacio estrictamente ritual a convertirse también en una galería, con visitas guiadas por los *aeditui*, suerte de sacristanes, donde las estatuas de los dioses y sus ofrendas eran admiradas por su belleza y no ya solo constituían objeto de devoción o motivo de vanagloria colectiva. Esta apreciación del arte por el arte, sin perder completamente la referencia a lo numinoso, se produjo también en el ámbito privado, como demuestra un conocido pasaje de una de las cartas de Cicerón a Ático, la IV del Libro I², en la que comparte con su corresponsal su amor por el coleccionismo de estatuas y libros, dedicación que considera superior a la posesión de otros bienes materiales:

2 Cicerón, *Cartas I: cartas a Ático*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1996.

Me es grato lo que me dices sobre Hermathena. Nada hay que convenga más a mi Academia, porque Mercurio es el ornamento obligado en todos los gimnasios y Minerva debe distinguir particularmente el mío. Continúa enviándome para el mismo uso todos los objetos de arte que encuentres. No he visto todavía las estatuas que me enviaste últimamente. Se encuentran en Formiano, a donde espero ir pronto. Las haré transportar todas a Túsculo. Cuando tenga dinero, pensaré en embellecer mi mansión de Caieta. Conserva tus libros, y te ruego no desesperes de que lleguen a ser míos. Si lo consigo, superaré a Craso en riqueza, y despreciaré todas las villas y campos del orbe.

Algunas colecciones pertenecientes a la aristocracia y la oligarquía romanas llegaron a ser célebres por el valor estético y crematístico de sus piezas, como las de Lucius Licinius Lucullus o la de Marcus Aemilius Scaurus, quien formó la primera dactiloteca, o gabinete de piedras preciosas, que se conoce. La mayoría de esas colecciones pertenecían a magnates enriquecidos con el botín de pueblos vencidos, sobre todo tras las conquistas en Grecia y en el Medio Oriente, o con el ejercicio corrupto de sus responsabilidades públicas. El mismo Cicerón dedicó una de sus *Verrinas*, la titulada *De signis*, sobre las estatuas, a la excesiva codicia de Cayo Verres, gobernador de Sicilia durante el siglo I a. C., quien, no contento con robar al pueblo a su cuidado, despojó sus templos de estatuas y tesoros para adornar sus lujosas mansiones e impresionar a los poderosos que podían hacer avanzar su carrera política. El gran retórico, escandalizado por los modales de nuevo rico del gobernador, criticó en sus escritos el que rebajara el uso de las estatuas y ofrendas saqueadas, merecedoras de respeto por su dimensión sacra y valor estético, a mero instrumento de su ambición y vanidad. También por convertirlas en banales mercancías, alimentando una exuberancia irracional que el propio Cicerón explicó con las siguientes palabras, todavía relevantes en nuestros días: «*es la pasión la que condiciona el precio; es difícil poner un límite al gasto si la*



Mecenas presenta las artes liberales al emperador Augusto, por Giovanni Battista Tiepolo, 1743. Museo del Hermitage, San Petersburgo.

pasión no conoce límite»³. Cuando hoy criticamos las cifras que llegan a alcanzar algunas obras de arte, vemos que no hay nada nuevo bajo el sol.

La fiebre coleccionista alcanzó en la Roma clásica a los mismos emperadores, quienes no dudaban en competir con los particulares para conseguir las mejores obras, e incluso, como decían de Augusto, podían llegar a fabricar acusaciones y enviar al exilio a los nobles de cuyas colecciones deseaban apropiarse. La irrupción de los emperadores en el mercado del arte tuvo como principal efecto, junto con las crisis económicas y los conflictos que acompañaron el declive del Imperio, la desaparición casi total de los coleccionistas privados y

3 Cicerón, *Discursos I, Verrinas*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 2000.

la dispersión de sus piezas. La tendencia hacia la concentración de las colecciones en los centros de poder se acentuó todavía más con la conversión del cristianismo en religión oficial del Imperio y la aparición de nuevos actores en la puja por unas obras otra vez puestas bajo el signo de lo sagrado. Las iglesias, catedrales y monasterios se convirtieron en receptáculos privilegiados de pinturas, retablos, estatuas, marfiles y piedras preciosas engastadas en cálices, cruces o patenas y, sobre todo, de las reliquias asociadas a la Pasión de Jesús y el culto a los santos, que pasaron a ser los objetos más apreciados de la cristiandad. Al lado de la Iglesia, los titulares del Sacro Imperio y los reyes y nobles a la cabeza de los principales reinos y feudos en los que se fragmentó el poder desde el fin de la Antigüedad tardía fueron a menudo otros tantos coleccionistas ávidos de redorar su prestigio mediante la posesión de obras extraordinarias. Los Luxemburgo, los Habsburgo, los reyes de Francia o los duques de Borgoña se convierten durante el Medievo en los grandes herederos de la tradición clásica. Entre algunos de ellos, como Carlos V de Francia o el duque de Berry, emergieron, en el seno o al margen de los objetos afectos a la función real, conjuntos de piezas por las cuales sus propietarios sentían un aprecio especial o incluso una vinculación emocional: reliquias de santos bajo cuya advocación situaban sus territorios y vasallos; monedas y camafeos de reyes antiguos con quienes querían que la posteridad les identificase; manuscritos miniados en los que se asociaba la historia sagrada con la vicisitudes de sus respectivas dinastías...

Con todo, el paso hacia el coleccionismo moderno, de corte profano, centrado en la belleza sensible de las obras de arte y asociado al retorno hacia los clásicos propio del humanismo, hubo de esperar hasta la primera mitad del siglo XIV y la eclosión de las ciudades-estado italianas. Su adelantado fue el poeta, y también diplomático, Petrarca, quien ya en el siglo precedente había comenzado a reunir textos de Tito Livio, Plinio o Cicerón y cuadros de maestros como Giotto o Simone Martini, quien inmortalizó al amor platónico del autor, la inalcanzable Laura. Los sucesores de Petrarca en los *studia humanitatis*, reunidos en Florencia en torno al canciller Coluccio Salutati y al sabio bizantino Manuel Chrysoloras, fueron quienes comenzaron a formar, en la transición hacia la temprana Edad Moderna, las primeras colecciones de libros y antigüedades con un interés académico y abiertas a la

consulta de quienes sentían atracción por el estudio del pasado. Fue el caso de Niccolò Niccoli, célebre por la invención del tipo de letra itálica en tipografía, y de su amigo Poggio Bracciolini, a quien se debió el redescubrimiento de numerosos textos latinos en los monasterios de San Galle, Cluny o Fulda, entre ellos nada menos que *De rerum natura* de Lucrecio. Con estos personajes aparece la creación de un espacio arquitectónico en sus mansiones destinado a albergar conjuntamente las bibliotecas, las incipientes galerías de antigüedades y las oficinas de estudios. La fusión del *studiolo* con la *cella*, donde en los templos paganos se mostraban las estatuas y las ofrendas a los dioses, estará en el origen de muchos gabinetes renacentistas y barrocos, destinados indistintamente a la exhibición, a la contemplación y a la reflexión. A este florecimiento de un coleccionismo ecléctico contribuyeron, asimismo, las familias nobles italianas, como los Gonzaga en Mantua, los Este en Ferrara o los Médici en la propia Florencia, quienes se unieron con gusto a la moda con el propósito de redorar su prestigio atrayendo a sus cortes a los mejores pintores, literatos y eruditos para que con su talento acrecentaran el contenido de sus palacios, galerías y bibliotecas. Al mismo tiempo, el comercio con el resto de Europa y las intervenciones extranjeras, ya fueran las francesas o las de Alfonso el Magnánimo en Nápoles, preludeo de las conquistas españolas, provocaron un aumento de la competencia entre coleccionistas hasta niveles no conocidos desde la antigua Roma y ayudaron a difundir el coleccionismo humanista fuera de las fronteras italianas. El saqueo francés de Nápoles en 1495 culminó con el envío de centenares de libros, tapices y esculturas a Lyon y al castillo de Amboise. De una forma menos violenta, el matrimonio de Beatriz de Aragón, nieta de Alfonso el Magnánimo, con el rey húngaro Matías Corvinos implicó el trasvase de numerosos manuscritos napolitanos a la célebre Biblioteca Corviniana, en su momento comparable a la vaticana, aunque en buena parte fue destruida y sus restos se dispersaron tras la derrota húngara ante los otomanos en Mohács, en 1526.

La situación a inicios de la Edad Moderna se asemejaba, por tanto, a la que caracterizó el coleccionismo en la Roma clásica, con una profusión de iniciativas en los círculos de nobles e intelectuales, mientras seguían perviviendo las patrocinadas por reyes y eclesiásticos,

romper las barreras con el orden natural. Lo híbrido o fronterizo se convertía así en punto de intersección entre las diferentes categorías ontológicas que la filosofía natural clásica y la teología cristiana se habían esforzado por mantener separadas⁴.

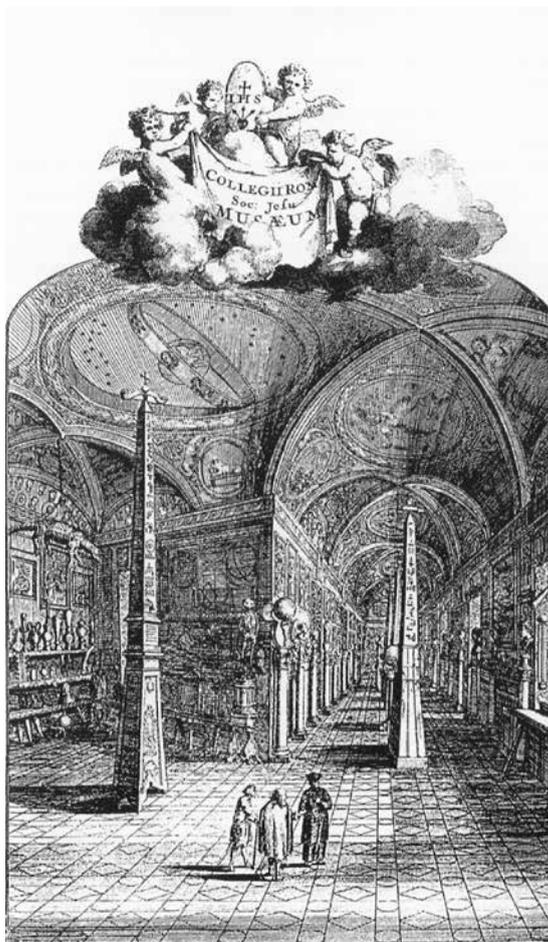
Durante los siglos XVI y XVII, convivieron las iniciativas individuales, expresadas en los gabinetes privados y cámaras de maravillas antes evocados, y las públicas, que, sobre todo en Italia, irán formando el embrión de los museos modernos. Con el museo estamos ante una institución dotada de una triple misión: la preservación y despliegue de objetos de valor artístico y cultural mostrados a un público más o menos amplio; la delectación intelectual y estética emanada de su contemplación, y, reflejo de sus antecedentes como tesoro funerario y cívico, su maridaje con la comunidad secular o religiosa de la que forman parte, reforzando su cohesión y sentido de identidad. Los historiadores suelen mencionar la creación en Roma del precursor de los futuros Museos Capitolinos, cuando Sixto IV, en 1471, acondicionó el Palacio de los Conservadores, como el primer ejemplo de museo moderno. En sus salas, el papa entonces recién elegido puso a disposición «del pueblo de Roma» varias obras de las colecciones vaticanas, antes custodiadas en el Palacio de Letrán, entre ellas la célebre loba amamantando a Rómulo y Remo, la colosal testa de Constantino y el entrañable *Spinario* helenístico, que representa a un niño sacándose una espina del pie. A este precedente siguió el acondicionamiento del patio del Belvedere, construido por Bramante bajo el pontificado de Julio II, para la exhibición de estatuas clásicas, entre ellas el *Laocoonte y sus hijos*. Unos años más tarde, en 1538, el historiador y médico Paolo Giovio fue el primero en utilizar la palabra *museo*, en una carta dirigida al cardenal Alessandro Farnese, para designar un lugar de calidad que había comenzado a construir en las proximidades del lago Como con el fin de preservar sus colecciones de medallones, retratos de hombres ilustres, tapices y esculturas. Aunque ese primer museo no sobrevivió a las vicisitudes del tiempo y a los estragos de los desastres naturales, la palabra perduró y pronto se extendió entre

⁴ Impey, Oliver y MacGregor, Arthur, *The origins of museums: the cabinet of curiosities in sixteenth and seventeenth-century Europe*. Oxford: Clarendon Press, 1985.

los círculos intelectuales y artísticos del resto de Europa, comenzando por España. Fue, en efecto, Vicente Carducho, pintor en la Corte de Madrid, quien la habría utilizado por vez primera en una lengua vernácula fuera de Italia en sus *Diálogos de la pintura* (1633). En la primera edición, publicada entre 1726 y 1739, del Diccionario de la Real Academia Española, conocido como el Diccionario de Autoridades, aparece ya en una acepción casi plenamente moderna como lugar donde se conservan diversas curiosidades pertenecientes tanto al ámbito de las ciencias como de las artes⁵.

Museos, gabinetes, galerías, *Wunderkammern*... otros tantos nombres para designar una realidad polimorfa a la que se unieron, desde su primera fundación en Pisa, en 1545, los modernos jardines o herbarios dedicados, además de al goce estético, al estudio de la naturaleza. En ellos no solo se comenzaron a coleccionar y mostrar ejemplares del reino vegetal, sino de los otros reinos naturales y de todas las regiones recién descubiertas para el ejercicio de la curiosidad occidental, convirtiéndose en auténticos «teatros del mundo». A medio camino entre las cámaras de maravillas y los actuales museos de ciencias naturales, los gabinetes de personajes como Ulisse Aldrovandi, en Bolonia, con sus más de dieciocho mil objetos entre *artificialia* y *naturalia*, y Francesco Calzolari, en Verona, fueron los ejemplos más notables de esta tendencia durante la segunda mitad del siglo XVI. A diferencia de los *Wunderkammern* legendarios, como el del archiduque Fernando en Ambras o el de Rodolfo II en Praga, dominados por la idea neoplatónica de un orden oculto que el coleccionista se aplicaba a desentrañar y replicar, los gabinetes de los primeros naturalistas seguían los preceptos aristotélicos de indagación en el orden visible a través no de la magia o de la alquimia hermética, sino de la emergente ciencia empírica. Un caso aparte fue la colección formada en Roma a mediados del siglo XVII por el jesuita Athanasius Kircher, fascinante cruce de hombre renacentista y barroco. Poseedor de una poderosa mente analítica y matemática y al tiempo atraído por lo extraordinario y excesivo, era capaz de examinar

5 Checa, Fernando y Morán, José Miguel, *El coleccionismo en España. De la cámara de maravillas a la galería de pinturas*. Madrid: Cátedra, 1985.



Recreación del Museo Kircheriano, con una representación del sabio jesuita saludando a dos visitantes, en Giorgio de Sepibus, *Romani Collegii Musaeum Celeberrimum*, Ámsterdam, 1679.

la explosión de un volcán desde las más rigurosas premisas de la física y, al tiempo, crear inverosímiles interpretaciones simbólicas a partir de los jeroglíficos y antigüedades egipcias para justificar la primacía secular y espiritual del papado. Su Museo Kircheriano fue, en cierto modo, el culmen y el fin de una forma de entender el coleccionismo superada a partir del triunfo, con la Ilustración, del más estricto racionalismo y con la creciente separación de las disciplinas artísticas, humanísticas y científicas en sus correspondientes mundos, o nichos, académicos y museísticos⁶.

⁶ Gómez de Liaño, Ignacio, *Athanasius Kircher. Itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal*. Madrid: Editorial Siruela, 2019.

El triunfo de la institución del museo público como hoy la conocemos, ya desde finales del siglo XVIII, no significó el fin del coleccionismo privado. En *El coleccionista apasionado*, un libro de Philip Blom que llegó a tener cierto éxito hace unos años, el autor alemán narró de forma amena el desarrollo y pervivencia de esta pasión desde el inicio de la Edad Moderna a través de una serie de personajes cuando menos pintorescos, recorriendo desde los gabinetes italianos ya glosados o los reunidos por los británicos John Tradescant y Hans Sloan, precursores, respectivamente, del Museo Ashmolean de Oxford y del British Museum de Londres, hasta la era dorada de los millonarios estadounidenses que, como Pierpont Morgan, Henry Clay Frick o William Randolph Hearst, acumularon en sus mansiones una parte no menor del patrimonio artístico europeo puesto en almoneda en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX⁷. Leyendo a Blom, sin embargo, y al igual que sucede con otros ensayos más o menos divulgativos del fenómeno que nos ocupa, pareciera como si España hubiera tenido un papel secundario en este, sobre todo cuando se trata del coleccionismo orientado a las bellas artes no pictóricas, a las antigüedades o artefactos arqueológicos y a las ciencias naturales. Ciertamente, a Blom le resulta ineludible mencionar a Felipe II y a alguno de los Austrias mal llamados menores, artífices de una de las mejores pinacotecas regias jamás conocidas, más tarde trasvasada en gran parte al Museo Nacional del Prado. Pero eso es prácticamente todo, pues no tiene a bien incluir en sus páginas a uno solo de los variados personajes españoles que desde el siglo XVI hasta principios del XIX crearon algunas de las más ricas colecciones de libros, antigüedades y obras de arte, sin descuidar las maravillas naturales, durante sus respectivas épocas. En parte, el propósito de estas páginas es corregir tales ausencias, fruto la mayoría de las veces de la mera ignorancia y otras, quiero creer que en menor medida, del desprecio que las aportaciones hispánicas siguen suscitando en determinados medios intelectuales y académicos todavía imbuidos de prejuicios que hubieran debido ser hace tiempo arrumbados. Otra finalidad de esta empresa, ligada con la anterior, es poner de relieve la existencia de un tipo o modelo muy «hispánico» de coleccionismo moderno, relacionado, no por casualidad, con la dimensión diplomática o, si se quiere,

7 Blom, Philipp, *El coleccionista apasionado. Una historia íntima*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2013.

internacional o supranacional de las vidas y obras aquí expuestas. En efecto, los compatriotas traídos a las siguientes páginas no responden al perfil del coleccionista introvertido o agorafóbico, o de quienes esperaban a que otros les llevaran las curiosidades del orbe hasta la comodidad de sus gabinetes de estudio. Su objetivo tampoco era acumular objetos para con ellos construir un universo propio, tras cuyos anaqueles y vitrinas protegerse del real. Nuestros personajes fueron hombres de mundo, recorrieron sus caminos, navegaron por sus mares y océanos, habitaron en países y ciudades lejos de su patria, y fue en el transcurso de esas peripecias cuando acumularon muchas de las piezas que compusieron sus colecciones. Ninguno de ellos se acomodó exclusivamente en la psique vanidosa del «coleccionista de maravillas», atesoradas con la única finalidad de acrecentar el prestigio de sus propietarios y asombrar a los selectos visitantes de sus mansiones o palacios. Algo de eso hubo, sin duda, pero todos ellos quisieron también poner sus posesiones al servicio del bien común y de la política de Estado. Las dos primeras figuras que desfilarán ante nuestros ojos, Hernando Colón y Arias Montano, fueron hombres guiados por la mejor tradición humanista del Seiscientos, aunque pudieron en algún momento, sobre todo el segundo, sentirse atraídos por lo hermético o esotérico. En cuanto al marqués del Carpio y Nicolás de Azara, es cierto que encajaron más bien en el modelo de coleccionistas de arte por el amor al arte, pero, aun así, las suyas, lejos de ser colecciones caprichosas, abigarradas o dictadas por los vaivenes del mercado, estuvieron guiadas por claros criterios históricos y estéticos, amén de por su exquisito discernimiento. Todos ellos, en fin, tuvieron otra característica en común: durante sus vidas conocieron y frecuentaron el poder, aunque no puede decirse que fueran «hombres de poder» y, a menudo, se sintieron incomodados por sus prácticas o preteridos en sus decisiones. Cuando así ocurría, no cayeron en la abulia o en la desesperación. Su insaciable curiosidad y su pasión coleccionista los sostuvieron y les permitieron mantener el vínculo, por encima de los vaivenes de sus respectivos tiempos, con las generaciones que les precedieron y con las que les sucederían. Nosotros somos sus beneficiarios y, por ello, en justa compensación, nos corresponde honrar su memoria de la manera más apropiada: cuidando, encareciendo y acrecentando, como ellos hicieron, la riqueza artística, intelectual y científica de nuestro país.

HERNANDO COLÓN O EL GABINETE RENACENTISTA



Vista de Sevilla (fragmento), por Ambrogio Brambilla, 1585. Biblioteca Nacional de España, Madrid. La mansión de Hernando Colón se muestra en primer término, junto a la puerta de Goles. Albergaba la primigenia biblioteca colombina y estaba rodeada por un jardín, al estilo de las villas periurbanas que comenzaban a aparecer en la Roma renacentista siguiendo el modelo de la *domus* clásica.

Los apasionados por los libros y la historia del arte saben asociar la mítica Mnemosine, la personificación griega de la memoria, con el nombre de Abraham Moritz Warburg (1866-1929). Aby Warburg, como era conocido en su círculo, fue miembro de una dinastía de banqueros judíos con raíces en Venecia y Alemania⁸. Desde su infancia, sabía lo que quería hacer en la vida y, sobre todo, cómo no quería ganarse la vida. A los trece años, según la leyenda familiar, Aby vendió los derechos de primogenitura a su hermano segundogénito, Max, a cambio de la promesa de que este le financiara sus viajes y comprara todos los libros que necesitara durante el resto de su vida: el sueño de un bibliófilo y la pesadilla de un banquero. Afortunadamente para Aby, Max mantuvo su palabra. Así pudo abandonar los asuntos familiares que tanto le aburrían y, tras su matrimonio en 1895 con una hija del magnate estadounidense Solomon Loeb, partió a Nuevo México para cumplir uno de sus sueños: sumergirse en el estudio de los indios hopi y de la cultura Pueblo. Fue durante ese viaje cuando tuvo la intuición de que existía una oculta conexión entre los relatos míticos de las poblaciones amerindias y la religión de la antigua Atenas, fruto a su vez de la íntima relación entre las creencias de la humanidad bajo la intrincada madeja de rituales y dogmas dispares. Con independencia de las diferencias geográficas y de civilización, para Aby la historia formaba un continuo orientado hacia la emancipación del ser humano desde lo irracional, o dionisiaco, a lo racional, o apolíneo, en un trayecto que era posible seguir a través de la mutación de las formas y de las ideas. Era este un proceso que quedaba inscrito en la memoria colectiva y podía ser, por tanto, inteligible siempre y cuando se empleara el método adecuado capaz de desentrañar el complejo maridaje entre los signos y los significados. Esta convicción le llevó a profundizar en la investigación de la Antigüedad tardía y su pervivencia durante la Edad Media hasta el Renacimiento temprano. A tal fin, en 1898 decidió instalarse en Florencia, donde coincidió con un grupo de historiadores del arte y *connoisseurs*, entre ellos el formidable Bernard Berenson, la figura que abrió el mercado del arte estadounidense a los maestros del Renacimiento y, de paso, se labró una considerable

8 Sobre la vida de Aby Warburg y su legado puede consultarse la clásica biografía de Gombrich, Ernst Hans Josef, *Aby Warburg: an intellectual biography*. Londres: Phaidon, 1986.

fortuna con el negocio de las atribuciones. Fue en ese medio, tan favorable para sus intereses intelectuales, donde Aby Warburg concibió una nueva disciplina en las ciencias del espíritu, de moda en los medios académicos germanos de la época: la iconología, entendida no solo como el estudio del contexto sociocultural de las obras de arte, sino como instrumento para comprender la transformación de las imágenes a través de las distintas épocas. Para acometer tamaña empresa, Aby se dio cuenta de que necesitaba contar con lo que hoy denominaríamos una base de datos, donde estuvieran disponibles y debidamente catalogados el mayor número posible de libros y documentos visuales que sirvieran para ilustrar el viaje de las ideas y creencias y de sus sucesivas manifestaciones sensibles. Así surgió la Kulturwissenschaftliche Bibliothek Warburg, inaugurada en Hamburgo en 1921 y trasladada en 1933 a Londres ante el clima que se vivía en Alemania tras el ascenso de Hitler al poder.

La relevancia que Aby Warburg concedía al valor de las imágenes como vehículos de transmisión cultural y su junguiana aceptación de lo irracional, incluyendo la magia y el mito, como parte integrante de la memoria colectiva merecedora de preservación, estudio y



Aby Warburg con un miembro de la etnia pueblo, 1896. Instituto Warburg de Londres.



El Instituto Warburg en Londres.

divulgación encontró su más llamativa, e inacabada, manifestación en el llamado *Bilderatlas Mnemosyne*, o atlas de la memoria, como complemento visual de su querida biblioteca⁹. El atlas estaba concebido como una suerte de repositorio de la tradición occidental entendida no como un orden estable, sino como una tensión entre sus pulsiones dionisiacas y apolíneas, entre la razón y sus demonios. Tanto el atlas como la biblioteca presentaban, además, la particularidad de que no estaban ordenados de acuerdo con los criterios sistemáticos y generalmente aceptados de clasificación, sino por la llamada «ley de la mejor vecindad». Los libros, grabados, fotografías o fragmentos de textos no seguían una secuencia alfabética o temática, sino que se agrupaban en torno a índices con resonancias y afinidades borgianas: «monstruos»; «espejos mágicos»; «el hombre y el cosmos (la familia Tornabuoni, Leonardo da Vinci, Zeppelin)»; «el disfraz de los antiguos dioses y su vagabundear entre Oriente y Occidente: Bagdad, Toledo, Padua, Rimini, Ferrara»... En cierto modo, un sistema en apariencia tan caótico era reflejo del propio estado mental de Aby Warburg, quien pasó parte de su edad adulta confinado en instituciones psiquiátricas, pero, al mismo tiempo, anticipaba los motores de búsqueda con los que hoy estamos familiarizados gracias a internet, capaces, merced a la magia de los algoritmos, de establecer un cierto orden y trazar las asociaciones más inverosímiles entre una masa ingente y heterogénea de datos.

El «método Warburg» parecía adelantarse a nuestros tiempos y así lo han considerado los estudiosos fascinados por la obra y el legado del renegado banquero y empedernido bibliófilo. Sin embargo, no era tan novedoso. En realidad, fue un intento tardío por recuperar una corriente presente en el temprano humanismo europeo, antes de que la lógica de la especialización científica se impusiera. En la transición de la Edad Media al Renacimiento, era habitual que los adeptos al nuevo modo de pensar manejaran en sus disquisiciones y escritos elementos extraídos de la filosofía natural y de la alquimia, de la razón y del subconsciente, de lo secular y de lo numinoso, y que se expresaran por medio de palabras e

⁹ Sobre el proyecto inacabado del *Atlas Mnemosyne* puede consultarse la siguiente página de internet albergada por el Instituto Warburg: <https://warburg.sas.ac.uk/archive/bilderatlas-mnemosyne>.

imágenes, en una tradición que culminó en los emblemas barrocos. El sueño de Aby, que fue también su tragedia personal, era celebrar y pretender recuperar el conocimiento total de un mundo a partir de una miríada de fragmentos, en apariencia, irremediablemente inconexos. En ese laberinto se perdió.

Ese mismo sueño, y el mismo destino, fue compartido, cuatro siglos antes, por un personaje que, para el gran público, solo recientemente ha salido de la alargada sombra de su famoso progenitor: Hernando Colón, hijo natural del famoso navegante que descubrió América para Occidente¹⁰. Una exquisita exhibición, en 2005, en el British Museum, dedicada a su labor como coleccionista de libros y grabados¹¹, y un popular ensayo de Edward Wilson-Lee, el *Memorial de los libros naufragados*, han contribuido a ello¹². También el reciente descubrimiento del llamado *Libro de los epítomes*, uno de los dieciséis volúmenes que contenían los índices y sumarios de la fabulosa biblioteca que nuestro protagonista formó en Sevilla. Más incluso que el hallazgo en sí, lo sorprendente es el lugar donde fue encontrado por un investigador canadiense a mediados de 2019: mezclado con los centenares de manuscritos islandeses y escandinavos que constituyen el núcleo de la Colección Arnamagnæan de la Universidad de Copenhague. La razón por la que un códice español del siglo XVI terminó traspapelado en la colección formada por Arni Magnusson, un erudito islandés del siglo XVI, conservada hoy en Dinamarca, es todo un misterio, aunque bien pudiera haber formado parte del bagaje con el que retornó a su país el diplomático Cornelius Lerche tras haber servido como embajador danés en la Corte española a mediados del siglo XVII.

10 Una panorámica del personaje y de su obra se encuentra en Guillén Torralba, Juan, *Hernando Colón: humanismo y bibliofilia*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2004. Sobre la etapa formativa de Hernando Colón, véase Wagner, Klaus, «Hernando Colón y la formación de su biblioteca». *Actas del primer encuentro internacional colombino*, 1990, Madrid, pp. 175-183, así como, de forma más general, Hernández López, Julio Abel, «El papel de Hernando Colón en su época para la creación y el mantenimiento de su biblioteca». *Fortunatae*, 2017-2018, n.º 28, pp. 123-130.

11 El catálogo de la exposición fue realizado por McDonald, Mark, *Ferdinand Columbus. Renaissance Collector*. Londres: The British Museum Press, 2005.

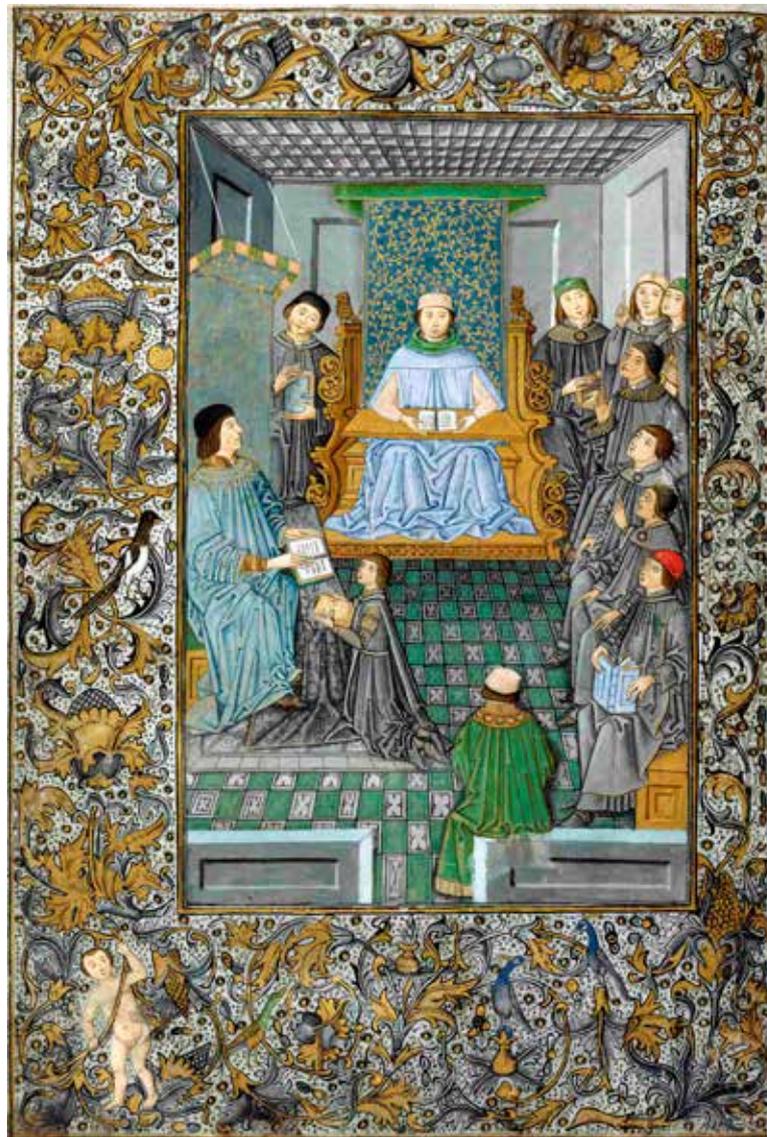
12 Wilson-Lee, Edward, *Memorial de los libros naufragados*. Barcelona: Editorial Ariel, 2019.



El AM 377 fol., conocido como el *Libro de los epítomes*, es uno de los dieciséis códices en los que Hernando Colón reseñó el contenido de los textos e imágenes que conformaban su extraordinaria biblioteca, que, con unos quince mil volúmenes y unos tres mil grabados, llegó a ser una de las mayores de Europa. Hoy en día, parte de aquella colección todavía se encuentra en la Biblioteca Capitular Colombina, en Sevilla.

Como hemos avanzado, Hernando Colón (1488-1539) fue fruto de los amores de Cristóbal Colón con Beatriz Enríquez de Arana, una doncella cordobesa con quien nunca matrimonió, pero con quien mantuvo una relación estable y a quien encomendó durante el primero de sus viajes el cuidado no solo de Hernando, sino de su otro hijo, Diego, nacido de su previo enlace con la dama portuguesa Felipa Moniz. Un nacimiento fuera del matrimonio no era precisamente un inicio auspicioso para la vida de Hernando, pero el gran navegante, siempre atento al avance de su progenie, amén del suyo propio, puso todo su cuidado en que recibiera una educación esmerada en el entorno de la Corte y atenta a las novedades que acompañaban a la época de los Descubrimientos. A tal fin, con apenas cinco años, entró Hernando como paje al servicio del príncipe Juan, heredero de los Reyes Católicos, aunque fallecido prematuramente. Unos años más tarde, en un capítulo decisivo de su particular *Bildungsroman*, incluso llegó a acompañar a su padre en el cuarto y último de sus viajes a América, entre 1502 y 1504. En cierto modo, el hijo llegó a ser tan gran ex-

plorador como el padre, aunque de otra índole. Su interés no era abrir nuevos océanos para la navegación, ni la conquista de tierras distantes y de las riquezas y almas de sus habitantes para acrecentar la fama de reyes y papas, sino la adquisición del saber transmitido por los libros y las imágenes. Padre e hijo representaron así las dos figuras emblemáticas, y los dos polos complementarios, de la temprana modernidad: el descubridor y el humanista.



*Antonio de Nebrija impartiendo una clase de gramática en presencia de D. Juan de Zúñiga. Ilustración de las *Introducciones latinas*, 1481. Biblioteca Nacional de España, Madrid. El humanismo penetró tempranamente en España a través de los entornos nobiliarios y en la Corte de los Reyes Católicos.*

Tras la muerte de Cristóbal Colón en 1506, gracias a su cuidada educación y a su conocimiento directo del Nuevo Mundo, Hernando permaneció en el entorno de la Corte, de la que solo se alejó en 1509 para una breve estancia en La Española con su hermano Diego. A su regreso a España, se dedicaría a cultivar la que sería su auténtica pasión, el coleccionismo, de la que solo le distraería la defensa de los derechos de su familia ante la muy potente facción anticolombina, empeñada en despojarla de los privilegios otorgados por las Capitulaciones de Santa Fe. El deseo de limpiar el nombre de su padre le llevaría, ya hacia el final de sus días, a escribir la primera biografía del gran navegante, titulada *La vida del Almirante*, de carácter marcadamente hagiográfico.

Pese a contar con numerosos enemigos, y eludiendo las envidias que suscitaba su apellido, Hernando Colón disfrutó durante el resto de sus días de los favores regios, incluso tras la muerte de la reina Isabel. Tanto su viudo Fernando como el futuro emperador Carlos V supieron reconocer su valía como consejero de príncipes. Hernando nunca abandonó el deseo de saber cada vez más y se esforzaba por ponerse al día de los avances en las ciencias, las artes y las letras. Tuvo buenos maestros para ello. Desde temprana edad, había frecuentado la escuela humanista cortesana, conformada por los italianos Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo, así como por los españoles Antonio de Nebrija, Luis Hurtado de Mendoza, Fadrique Enríquez de Ribera o Beatriz Galindo, entre otros personajes adptos al estudio de los clásicos y atraídos por la arquitectura y la pintura renacentistas. De aquellos años formativos le quedó, también, el gusto por la música, que le acompañaría toda su vida. Entre las pertenencias que legó al morir se contaban numerosos libros de teoría musical, coplas y partituras para el laúd y la vihuela. Su formación como marino y cosmógrafo al lado de su padre le sirvió, además, para darse cuenta de lo importantes que eran los nuevos descubrimientos geográficos y científicos a la hora de aumentar el poder de la monarquía, a la que su familia debía fama y fortuna. Desde el principio, siempre tuvo en mente que la acumulación de saber no era un fin en sí mismo, sino que, en las manos adecuadas, podía convertirse en un formidable instrumento para el mejor gobierno del Imperio que comenzaba a forjarse ante sus mismos ojos y ante el asombro, envidia y temor

del resto de Europa. A ese práctico fin pensó consagrar su biblioteca y las variadas colecciones, incluida una de plantas, que terminaron convergiendo en su mansión sevillana. Fue la labor de una vida. Ya a su regreso de La Española, en 1509, Hernando poseía más de dos centenares de libros, pero esa cantidad le parecía evidentemente escasa. Así pues, comenzó a frecuentar las ferias peninsulares, como la célebre de Medina del Campo, y las librerías de ciudades universitarias de la talla de Salamanca y Alcalá de Henares. Pronto advirtió que, si quería alcanzar su sueño –la formación de la mayor biblioteca de su tiempo–, era necesario ampliar su radio de acción y entrar en contacto con otras fuentes de aprovisionamiento allende los Pirineos. Con esa idea, y con la excusa de defender ante la curia un pleito de su hermano Diego, movido por una dama que le pedía legitimar a un hijo habido con ella, en septiembre de 1512 abandonó España para iniciar un periplo italiano que le llevó primero a Roma y luego a Génova, Luca, Florencia y otras ciudades transalpinas. Durante el viaje cumplió, asimismo, varios encargos diplomáticos del rey Fernando ante el papa Julio II, al parecer relacionados con la gobernación de las Indias. Hasta 1515 pasaría todo su tiempo entre las dos penínsulas, aprovechando sus estancias romanas para acrecentar sus conocimientos sobre la Antigüedad clásica, empapándose del saber recuperado por los humanistas y comprando ejemplares de las más señaladas obras de los maestros con quienes sin duda le había familiarizado el entorno italiano de la corte isabelina, comenzando por el mencionado Pedro Mártir de Anglería. Así, entraron a formar parte de la creciente biblioteca colombina varias decenas de ejemplares procedentes de la pluma de León Battista Alberti, Flavio Biondo, Pomponio Leto o Poggio Bracciolini. Muchos de esos textos no solo tenían valor por su recuperación filológica de los autores latinos, sino que, como los de Alberti, Leto y Biondo, constituían auténticas guías para los curiosos viajeros que deambulaban entre los imponentes edificios romanos y para los arquitectos que buscaban inspirarse en ellos para embellecer urbes que apenas salían de la Edad Media. Recordemos que la Roma que conoció Hernando Colón en su primera gira italiana era la de Julio II y León X, la de Bramante, Giuliano de Sangallo o los mismos Rafael y Miguel Ángel, con quienes quizá tuvo ocasión de cruzarse durante alguno de sus paseos por la Ciudad Eterna. Todos ellos buscaban en los ejemplos de la

Antigüedad clásica, recuperados a través de los textos de Plinio o de Vitrubio, modelos para sus diseños artísticos¹³.



Representación del cultivo de maíz en el Códice Florentino de Bernardino de Sahagún, Libro IV f. 72, 1540-1585.

Era una Roma que comenzaba también a recoger en su despliegue visual referencias al Nuevo Mundo descubierto por Colón y que el propio Hernando había contemplado en su viaje a Santo Domingo. La Villa Chigi, diseñada por Baldassarre Peruzzi y adornada con los frescos de Rafael, Giulio Romano y Sebastiano del Pombo, muestra en la decoración floral de la Galería de Cupido y Psique, realizada por Giovanni Martini da Udine, las primeras representaciones en el arte europeo de plantas y alimentos americanos, como el maíz, el pepino o variedades de calabaza autóctonas de las Américas¹⁴. Sin duda, tuvo que resultar

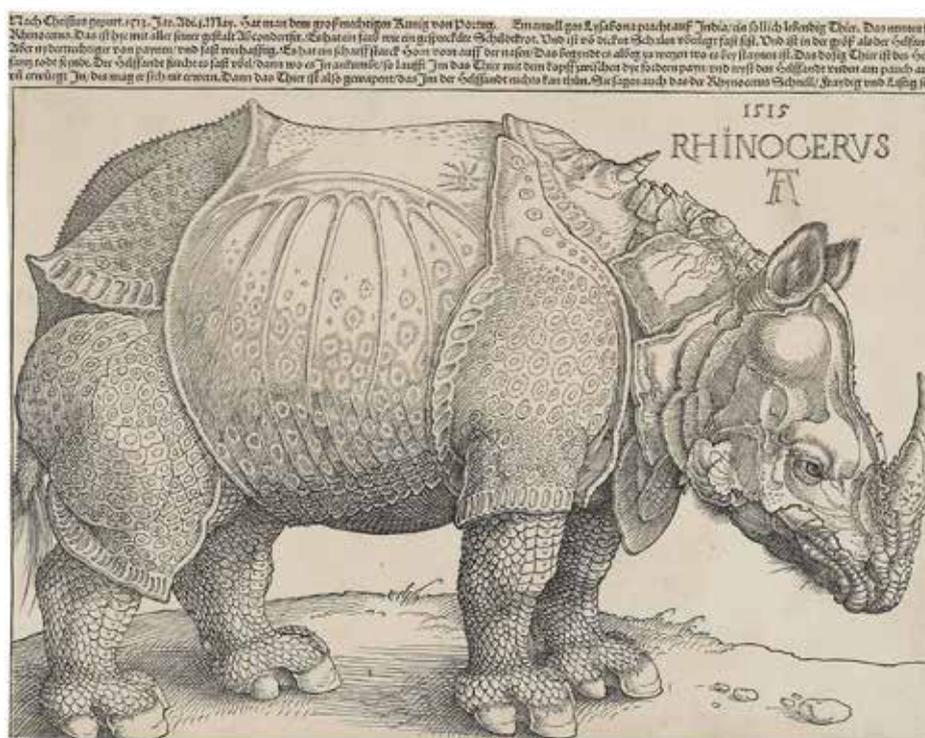
13 Sobre la relación de Hernando Colón con Italia, véase Plaza, Carlos, «Buscando Roma. Hernando Colón, Carlos V y la arquitectura entre antiguos y modernos», en Galera, Pedro Antonio y Frommel, Sabine (editores), *El patio circular en la arquitectura del Renacimiento. De Mantegna al palacio de Carlos V*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2017.

14 Janick, Jules, «Fruits and nuts of the Villa Farnesina». *Arnoldia* 70/2, October 2012, pp. 20-27.

una agradable sorpresa y motivo de orgullo para el hijo del Almirante encontrar las más tempranas muestras del intercambio colombino en el corazón de la cristiandad. No fue el único buen recuerdo que guardó de sus primeras andanzas romanas. Años más tarde, cuando decidió construir un palacio italianizante en las orillas del Guadalquivir donde albergar sus colecciones y crear un jardín de plantas exóticas, fue el ejemplo de las villas suburbanas *all'antica*, como el palacio Chigi, el que le serviría de inspiración.

Culminado su primer viaje diplomático, de estudios y adquisiciones en la cuna del humanismo, Hernando Colón regresó a España en un momento crucial, coincidiendo con el fallecimiento de Fernando II de Aragón, y regente de Castilla, y la transición hacia el reinado de Carlos I de España y, pronto, Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico. Para el joven Colón, ese período de cambio no supuso ningún trauma. Su fama le precedía ante el nuevo poder y supo aprovecharla. Ya había fungido como asesor del rey Fernando, a quien había elevado varias propuestas para poblar las Indias y circunnavegar el globo, y fue aceptado rápidamente en el entorno del futuro emperador gracias, probablemente, a la intermediación de la poderosa familia de los Álvarez de Toledo, con una de cuyas descendientes, María Álvarez de Toledo y Rojas, había matrimoniado su hermano Diego. Atraído por sus conocimientos científicos, ya en 1517 el propio Carlos I encomendó a Hernando la elaboración de una *Descripción o Cosmografía de España*, una suerte de atlas geográfico destinado a familiarizar al nuevo monarca, educado en Flandes de acuerdo con las costumbres borgoñonas, con sus reinos hispánicos. Por desgracia, el Consejo de Castilla no consideró que semejante empresa debiera quedar en manos de un particular, por lo que emitió una provisión en junio de 1523 ordenando que se detuvieran los trabajos, de los que, sin embargo, se han conservado dos códices en la Biblioteca Colombina de Sevilla. Este traspies no pareció entorpecer la progresión de Hernando en la itinerante Corte carolina. De hecho, en 1520, coincidiendo con el viaje de Carlos I a Aquisgrán para ser coronado Rey de Romanos, el menor de los Colón fue incorporado al séquito real, lo que demuestra la confianza que ya se había ganado en el emergente entorno cortesano. Ese mismo año, como siglos más tarde haría Aby Warburg con su hermano Max, los dos hermanos

Colón acordaron en La Coruña repartirse la herencia paterna, quedándose Diego con los privilegios y bienes del gran navegante a cambio de otorgar a su hermano una renta de 20.000 maravedíes anuales y los libros de su progenitor. Para entonces, la sed bibliófila de Hernando ya no se contentaba con la compra de obras, por así decirlo, de la alta cultura, sino que comenzó a extenderse a lo que él denominaba «obrezillas», es decir, todo tipo de papel impreso o manuscrito, incluyendo panfletos, pliegos de cordel, horóscopos o almanaques, así como las estampas y grabados, cuya técnica era cada vez más depurada y que se estaban convirtiendo en uno de los principales vehículos para la transmisión de ideas en la temprana modernidad. El viaje a Aquisgrán fue así la ocasión ideal para poner en marcha un amplio programa de adquisiciones, que incluiría en los años siguientes, gracias a una elaborada red de corresponsales, librerías y transportistas, las principales ciudades bibliófilas del resto de Europa: París, Lyon, Amberes, Núremberg, Fráncfort, Colonia y las italianas que ya conocía, sobre todo Roma y Venecia.



El rinoceronte, de Alberto Durero, 1515, fue uno de los grabados del artista alemán que estaban catalogados en la biblioteca de Hernando Colón.

Durante la gira europea, Hernando llegó a conocer a Erasmo de Rotterdam, quien le regaló uno de sus libros; quedó fascinado en Núremberg por los grabados de Durero, que pronto comenzó a coleccionar con avidez, y asistió a la Dieta de Worms, en la que pudo coincidir con Lutero. Tras su regreso a España, ya como consejero a sueldo del emperador, fue elegido para formar parte del equipo de asesores y negociadores españoles que se reunieron con sus contrapartes portuguesas en la conocida como Junta de Badajoz-Elvas, entre marzo y mayo de 1524. En esta se trataban de dirimir las diferencias que existían entre ambas potencias ibéricas a propósito de la posesión de las islas de la Especiería, es decir, las islas Molucas, en el océano Pacífico. La querrela tenía su origen en la imposibilidad de medir de forma precisa la línea que debía demarcar las posesiones de España y Portugal de acuerdo con el Tratado de Tordesillas de 1494. Según su interpretación del Tratado, los portugueses reclamaban en exclusiva el derecho a aquellas islas y a sus preciados productos. La expedición de Magallanes y Elcano, culminada por el navegante vasco en 1522, había, sin embargo, quebrado *de facto* ese supuesto monopolio. Los portugueses estaban furiosos por el atrevimiento de sus vecinos, pero, como en ocasiones anteriores, la sangre no llegó al río Tajo. Más civilizados que otras naciones europeas en similares circunstancias, españoles y portugueses decidieron sentarse de nuevo a discutir sobre mapas y legajos en lugar de resolver sus pleitos con espadas y arcabuces.

La función de Hernando Colón en estas negociaciones fue justificar los títulos españoles y rebatir los alegados por los lusos empleando todos los recursos retóricos disponibles desde la geografía, la historia y el derecho¹⁵. El Archivo General de Indias, en Sevilla, conserva dos de los informes que Hernando Colón realizó para la ocasión en su calidad de cosmógrafo y cronista. En uno de ellos (Archivo General de Indias, Patronato Real, 48, R. 16), fechado en Badajoz en el 13 de abril de 1524, exponía los distintos métodos que podrían emplearse para resolver el problema de fondo, es decir, la determinación de la longitud que

15 Sobre el trasfondo jurídico de la Junta de Badajoz-Elvas y las respectivas posiciones lusas y españolas, puede consultarse el artículo de Sánchez González, Dolores del Mar, «Aspectos jurídicos de la negociación de las Molucas», *Boletín de la Facultad de Derecho de la UNED*, 1993, n.º 3, pp. 293-310.

se correspondía con la línea referida en el Tratado de Tordesillas para dividir el mundo en dos mitades, que debía correr a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Tras desechar por impracticables varias de las propuestas de los expertos (la utilización de odómetros, la navegación en línea recta o la toma como referencia de fenómenos astronómicos como los eclipses), nuestro protagonista sugería la construcción de una suerte de reloj que permitiera ir midiendo la diferencia horaria de los distintos puntos entre el origen y el destino, precisamente la solución que encontraría John Harrison en el siglo XVIII al inventar el cronómetro marino. Comoquiera que tal instrumento era técnicamente inalcanzable en el siglo XVI, Hernando Colón abandonó los argumentos científicos y aconsejó, en otra nota fechada tres días más tarde, utilizar una clásica táctica negociadora: puesto que eran los portugueses quienes alegaban que los españoles no tenían derecho a navegar hacia las Molucas, les correspondía a ellos presentar las pruebas irrefutables de que dichas islas les fueron reservadas en Tordesillas: *«pues es manifiesto que, quien algo ha de probar, es por falta de claridad de su justicia»*, concluía el astuto Colón. Se trataba, en otras palabras, de hacer que recayera en Lisboa la carga de la prueba. Mientras ello no fuera posible, Carlos V podría seguir aduciendo que estaba en su derecho de enviar expediciones hacia el Pacífico por la ruta del oeste. Para remachar las pretensiones españolas, Hernando llegó a redactar un memorial en el que justificaba los derechos del emperador a conquistar Persia, Arabia y la India, tradicionales zonas de interés portugués. Obviamente, el emperador tenía otras muchas cosas en su cabeza, pero la idea de una unión hispano-lusa y la absorción del Imperio portugués llegarían a cristalizar, ya bajo Felipe II, entre 1580 y 1640, tras la muerte sin descendencia del rey Sebastián de Portugal. En esta ocasión, sería otro de nuestros personajes, Arias Montano, quien, como veremos, habría de desempeñar un papel nada menor en el triunfo de las pretensiones españolas.

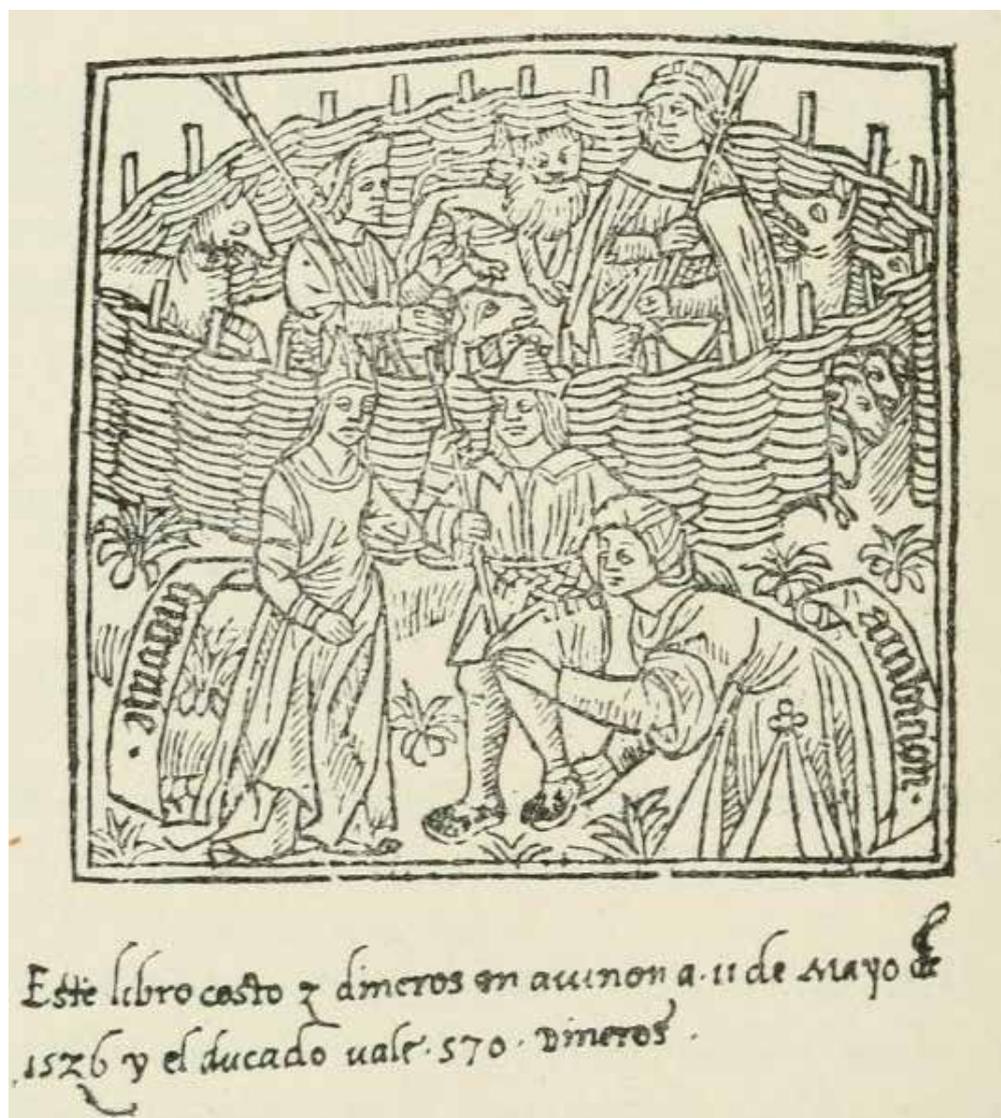


Parecer de Hernando Colón acerca de cómo argumentar los derechos de la Corona de Castilla sobre las islas Molucas, fechado el 16 de abril de 1524. Archivo General de Indias, Patronato, 48, R. 17.

La Junta de Badajoz-Elvas no llegó a acuerdo alguno dada la disparidad de las posiciones de fondo, en las que ambas partes persistieron. Con todo, la buena voluntad siguió prevaleciendo y así, como parte de una política de alianzas matrimoniales, que incluyó la boda en 1525 de Carlos I con Isabel de Portugal, se llegó al Tratado de Zaragoza de 1529, por el que, además de fijar una nueva línea de demarcación entre las zonas de influencia de ambas naciones a 297,5 leguas de las islas Molucas, Portugal compraba los derechos sobre estas (lo que suponía reconocer la propiedad española), incluyendo el derecho de navegación y de comercio, siempre y cuando España no devolviera el pago. La solución temporal así acordada se mantuvo de hecho hasta la resolución de las disputas hispano-lusas en América, África y Asia por el Tratado de San Ildefonso de 1777.

Terminada su labor de asesoramiento histórico, jurídico y diplomático, en 1526 Hernando Colón decidió asentarse en Sevilla para allí concentrarse de nuevo en su pasión coleccionista. Así lo hizo, edificando una mansión con su jardín hortofrutícola y de plantas exóticas cerca de la Puerta de Hércules, más tarde conocida como de Goles, donde habría de situar su biblioteca, y parece que también proyectó crear un centro de estudios cosmográficos. Pronto fue conocida entre sus vecinos como el Parnaso, en alusión al monte mítico donde moraban las musas. Así pensaba pasar el resto de sus días el hijo del descubridor: dedicado al ocio en el sentido más noble. Pero el hombre propone y el emperador dispone. Pese a su voluntad de retiro, Hernando no pudo eludir los encargos que le seguían llegando de la Corte. Ese mismo año de 1526 recibió una nueva orden del emperador para que supervisara un mapamundi y actualizara la carta de navegación que servía de Padrón Real en la Casa de Contratación para examinar a los nuevos pilotos. Estos trabajos le tuvieron ocupado hasta 1529, año en el que acompañó de nuevo al emperador en el viaje que culminaría con la doble coronación de Bolonia, en febrero de 1530. La ocasión la aprovechó, genio y figura, para emprender una nueva gira de compras librescas por Europa que se demoraría hasta 1533 y le llevó por tierras de Italia, Alemania y los Países Bajos. Como en sus anteriores periplos, Hernando fue anotando minuciosamente el lugar, la fecha y el precio de cada transacción, datos que luego trasladaba a un registro y completaba con sucesivos índices numerales y alfabéticos y con prolijas sumas, o epítomes, del contenido de cada libro. Para asistirle en esta tarea, se llevó a Sevilla a tres humanistas flamencos, a quienes conoció durante su estancia en Lovaina: Nicolás Clenardo, Juan Vaseo y Juan Hamonnius. A ellos se sumaron otros bibliotecarios españoles, entre los que destacaron Juan Pérez, convertido en su mano derecha, el maestro Ortega, Marcos Felipe y Vicente del Monte. Con este equipo, y una subvención imperial de 500 pesos de oro, pudo seguir financiando y organizando la que llegaría a ser la biblioteca particular más grande del Renacimiento: más de quince mil libros, la mayoría de ellos impresos, y en torno a tres mil cuatrocientos grabados. No contento con ello, en su testamento Hernando se preocupó de dotarla de reglas para su continuo funcionamiento —excluyendo el préstamo, pero permitiendo la consulta *in situ*— que casi podrían calificarse como monacales, pues establecían que los bibliotecarios vivieran en

su propio lugar de trabajo y estuvieran sometidos a una estricta disciplina supeditada a su alta función de custodios y transmisores del saber. Otra de las novedades de la biblioteca fue la utilización de fichas móviles para la catalogación, que, junto con los ya reseñados libros de registro y de epítomes, conformaron una auténtica primicia para la historia de la biblioteconomía.



Grabado en una edición de *La Piteuse complainte*, del autor francés Pierre Gringord (1475-1539), con anotaciones de Hernando Colón acerca del precio que pagó por la obra.

En 1537, sin hijos y preocupado por el futuro de la institución a la que había dedicado su vida, Hernando Colón elevó al emperador un memorial en el que proponía que las subvenciones esporádicas que recibía fueran sustituidas por una pensión perpetua asignada a la preservación y ampliación de la biblioteca, alegando que la había concebido para que hubiera

«un lugar en los reinos de Vuestra Majestad a do se recojan todos los libros y de todas las lenguas y facultades que se podrán por la cristiandad, y aun fuera de ella, hallar. Lo que hasta hoy no se sabe que Príncipe haya mandado hacer: porque una cosa es instituir librería de lo que en sus tiempos se halla, como algunos han hecho, y otra es dar orden como para siempre se busquen y alleguen los que de nuevo sobrevinieren. Lo segundo es, que además de estar todos los libros juntos para que no se pierda la memoria de tan notables varones como se desvelaron para nuestro bien, según de muchos está ya perdida, de cuya copia e posesión pudiera resultar certidumbre y sosiego para en las cosas que tocan la religión y al gobierno de la república, y ansimesmo servirán para beneficio común y para que haya refugio donde los letrados puedan recurrir en cualquier duda que se les ofreciere»¹⁶.

En suma, Hernando Colón presentaba su colección como una institución al servicio de la política cultural del Imperio y, al tiempo, como un instrumento para su mejor gobierno: un imperio universal requería una biblioteca universal. La modernidad del proyecto no estribaba tan solo en la voluntad de recopilar y glosar los libros del pasado, al modo de los humanistas devotos del clasicismo, sino en su vocación de servir, como las actuales bibliotecas nacionales, de depósito de las nuevas publicaciones que fueran apareciendo en el

16 Hernández Díaz, José y Muro Orejón, Antonio, *El testamento de Don Hernando Colón y otros documentos para su biografía*. Sevilla: Publicaciones del Instituto Hispano-Cubano de Historia de América (Fundación Rafael G. Abreu), 1941; pp. 241-243.

mercado, con una especial predilección por los libros relacionados con los nuevos avances en disciplinas como la astronomía, la cosmografía, la cartografía o la geometría, aunque sin desdeñar, según hemos visto, tanto las letras clásicas como las muestras de la literatura popular y las estampas y grabados. Con ello, pretendía que la biblioteca no fuera una «cosa muerta», sino que creciera orgánicamente y se fuera adaptando al incremento exponencial del conocimiento en todas sus ramas propio de los inicios de la Edad Moderna. Había, además, dos elementos que mostraban la afinidad de la Biblioteca Colombina con la que crearía siglos más tarde Aby Warburg en Hamburgo: la importancia del elemento visual y, como hemos visto, la voluntad de imponer cierto orden ante la ingente diversidad de títulos y temas mediante la creación de un innovador sistema de registros y epítomes, como el recientemente encontrado en Copenhague.

La ambición de Colón fue advertida por su amigo, el humanista flamenco Nicolás Clenardo, quien en términos elogiosos se refirió así a su protector:

como vuestro ilustre padre plantó prodigiosamente en el Nuevo Mundo la civilización y el poder de España, así, en compensación por los beneficios allegados por vuestro progenitor, vos recopiláis la sabiduría del entero mundo en España.

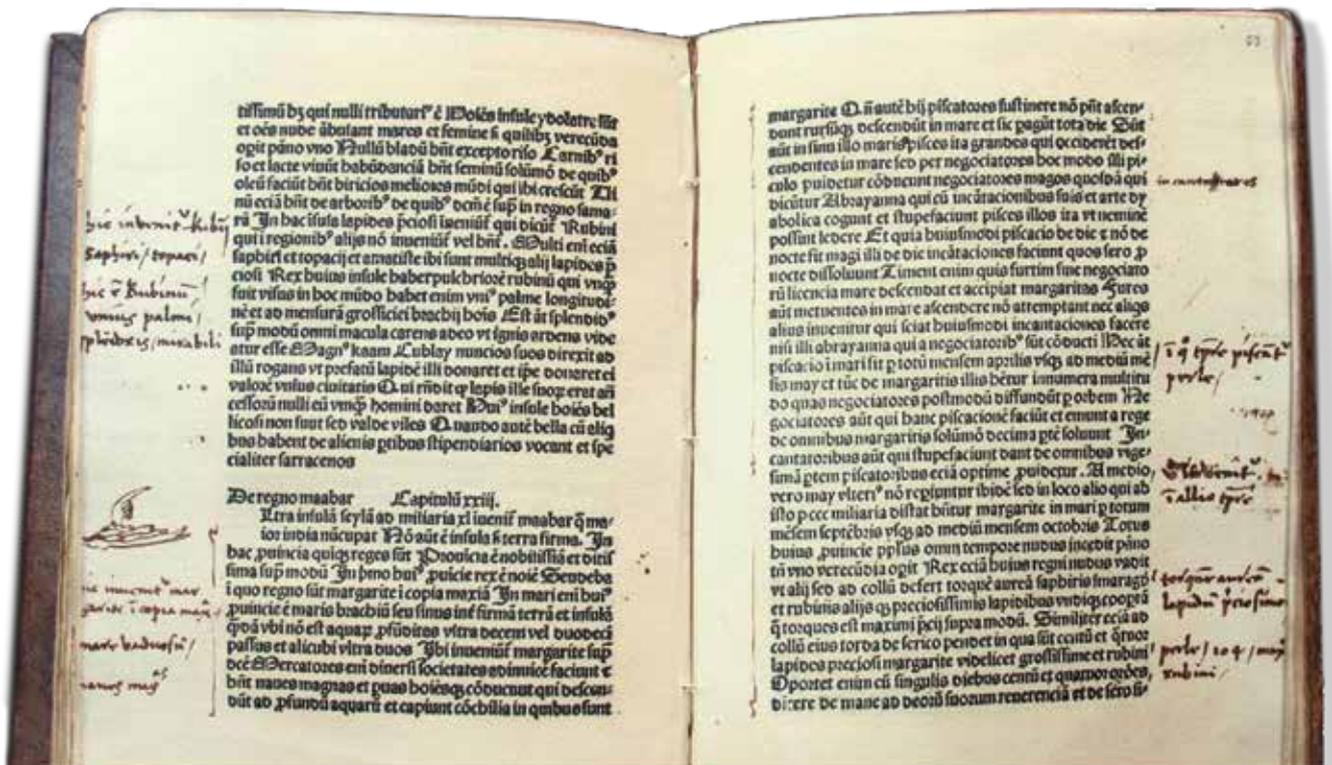
La comparación entre el descubridor que había abierto el mundo para España y el humanista que llevaba el mundo a España estaba bien traída. Si Cristóbal Colón había surcado el océano en sus carabelas, su hijo Hernando pretendió circunnavegar el globo con sus libros, mapas y grabados sin salir de su mansión-jardín-biblioteca de Sevilla. En su epitafio, compuesto en castellano y latín de su propia pluma, y bajó el que descansó tras fallecer en 1539, recordó al visitante que el propósito de su vida había sido el «aumento de las letras», así como emular la obra desaparecida de Ptolomeo II con su Biblioteca de Alejandría, consagrada a las musas:

*Dime de qué sirve haber derramado mis sudores por todo el orbe
Y haber recorrido tres veces el Nuevo Mundo hallado por mi padre,
Embellecido las orillas del plácido Betis,
Pospuesto las riquezas a mis gustos,
Para reunir en torno tuyo las divinidades de la fuente Castalia,
A un tiempo que los tesoros del Ptolomeo,
Si pasando en silencio sobre esta piedra,
No dedicas un saludo a mi padre y otro a mí.*



| Tumba de Hernando Colón con su epitafio en la catedral de Sevilla.

Muerto sin descendencia, Hernando Colón legó en primera instancia su herencia, incluyendo la Biblioteca Colombina, a su sobrino, Luis Colón, aunque con la condición de que mantuviera intacto su contenido, un propósito cuyo cumplimiento quedó encomendado al Cabildo de la catedral hispalense. El heredero, por desgracia, se desentendió de ella, comenzando a vender valiosos ejemplares para financiar una vida disipada: terminó su vida en Orán, acusado de bigamo. Tras no pocos pleitos, en 1552 la biblioteca pasó a la catedral de Sevilla, donde permaneció mucho tiempo descuidada, hasta que tras los expolios a que fue sometida, sobre todo en el siglo XIX, fue objeto de mejor atención. En la actualidad, aunque reducida a una cuarta parte de la original, todavía cuenta con más de un millar de incunables y con ejemplares tan valiosos como el *Imago mundi* de Pierre d'Ailly o el *Libro de las maravillas* de Marco Polo, con anotaciones y comentarios del mismo Cristóbal Colón.



El *Libro de las maravillas* de Marco Polo, con comentarios y anotaciones de Cristóbal Colón, Biblioteca Capitular Colombina, Sevilla.

Si, desde su residencia en Sevilla, el hijo del Almirante había conseguido erigirse en el principal coleccionista de libros y grabados de Europa, la ciudad donde ello fue posible se estaba convirtiendo, al mismo tiempo, en un nodo de conexión entre las novedades del Nuevo Mundo y la emergente comunidad científica del Viejo Mundo. Esto último fue posible gracias al papel que la ciudad ocupó como principal puerto de entrada de América en Europa y como microcosmos de Europa en una península, la Ibérica, que se había situado en la vanguardia del continente. La Leyenda Negra y la pereza intelectual, amiga de los lugares comunes, nos han hecho creer durante demasiado tiempo que aquella España sirvió tan solo como un canal pasivo de transmisión de las riquezas provenientes de América hacia el centro y norte de Europa, mientras los restos eran malgastados en guerras constantes o en lujos suntuarios, sin que apenas se produjeran entre nosotros cambios en el orden de las mentalidades, en los usos económicos y comerciales o en el incremento del patrimonio colectivo... como si el hecho de que hoy en día España siga estando entre las quince primeras economías mundiales, sea el tercer país con mayor patrimonio de la humanidad reconocido por la Unesco y disponga de una lengua hablada por quinientos millones de habitantes se deba a la casualidad y no tenga nada que ver con que durante tres siglos, desde principios del xvi a finales del xviii, fuera capaz de mantener, y no precisamente por arte de magia, el mayor imperio occidental ultramarino. Igualmente, las historias de la ciencia escritas desde el mundo noratlántico, sobre todo aquellas con un mayor propósito divulgativo, tradicionalmente han obviado, o despreciado, el papel que las potencias ibéricas desempeñaron en el llamado «giro empírico» que precedió y acompañó a la revolución científica en ciernes¹⁷. Pero todo ello supone ignorar que, antes que Ámsterdam, Amberes o Londres, una ciudad como Sevilla estuvo durante el siglo xvi a la cabeza en el estudio de las novedades procedentes del Nuevo Mundo y, sobre todo, en la muy moderna conversión del conocimiento así

17 Sobre el debate acerca de la «ciencia ibérica» en el contexto de la temprana modernidad, véase Cañizares-Esguerra, Jorge, «Iberian science in the Renaissance: ignored how much longer?». *Perspectives on Science*, Massachusetts Institute of Technology, 2004, vol. 12, n.º 1, pp. 86-124. También, aunque desde una perspectiva más crítica con el concepto unívoco de «modernidad», puede consultarse con provecho el ensayo de Pimentel, Juan y Pardo-Tomás, José, «And yet, we were modern. The paradoxes of Iberian science after the Grand Narrative». *History of Science*, 2017, vol. 55, n.º 2, pp. 133-147.

adquirido en mercancías, en beneficio y, como más tarde sabría advertir Francis Bacon, émulo en tantas cosas de las potencias ibéricas, en poder. Toda una red de instituciones e iniciativas surgieron en la ciudad andaluza a tal fin, transformándola durante buena parte del siglo XVI en una de las ciudades más abiertas, dinámicas y cosmopolitas del globo.



| *Vista de Sevilla*, atribuido a Alonso Sánchez Coello, finales del siglo XVI. Museo Nacional del Prado.

El lugar privilegiado de Sevilla en el flujo transatlántico y, más tarde, en el comercio global a través de las conexiones entre los Galeones de Manila y las flotas de la Carrera de Indias, tuvo su reflejo en la proliferación a lo largo del siglo XVI de jardines y gabinetes de ciencias naturales dedicados al cultivo y estudio de plantas y productos por entonces todavía exóticos, pero que pronto transformarían los hábitos de consumo europeos y, sobre todo, se convertirían en fuente de inmensas riquezas. A diferencia de los gabinetes de maravillas que tanto proliferaron en otras latitudes, o entre la propia nobleza española y en la Corte del emperador Carlos V, dedicados sobre todo a la contemplación o a conferir prestigio a sus propietarios¹⁸, muchas de las colecciones que comenzaron a formarse en España y, sobre todo, en Sevilla, entre los círculos de humanistas, médicos, cosmógrafos y comerciantes tenían en su mayoría una finalidad práctica. Nada más apropiado para quitarnos de encima los complejos de la España premoderna o adepta al «que inventen ellos» que una visita a los estudios y huertas experimentales del propio Hernando Colón, Nicolás Monardes, Simón Tovar, Rodrigo Zamorano, Jerónimo Chaves, Juan de Castañeda o, como veremos en un siguiente capítulo, Arias Montano, auténtico intermediario entre el humanismo y la ciencia peninsulares y los círculos eruditos en la Europa septentrional bajo hegemonía o influencia hispánicas¹⁹.

El pionero en aclimatar las plantas del Nuevo Mundo al suelo hispano fue el mismo Hernando Colón, quien en el jardín que rodeaba a su particular Parnaso llegó a plantar más de cinco mil árboles en su deseo de emular las villas romanas de su juventud, incluido un ombú, o zapote, árbol emblemático de las Américas. Esta iniciativa colombina, que formaba parte integral de su extraordinaria biblioteca y de su propósito de crear una academia

18 Baste mencionar las colecciones «de asombro y prestigio» atesoradas por los condes de Benavente, el duque de Medina Sidonia, el marqués de Vélez o, sobre todo, la formada por el propio Carlos V, bien estudiada por Checa y Morán (1985). Entre las cámaras de maravillas de particulares, destacó la del soldado, mecenas y polímata sevillano Gonzalo Argote de Molina, quien llegó a poseer una extraordinaria colección de libros visigodos y medievales, armaduras, monedas, cuadros y todo tipo de animales, aves y minerales procedentes de tierras exóticas. El gabinete de Argote de Molina adquirió tanta fama que en 1570 fue visitado por Felipe II, un monarca que fue también un ávido coleccionista.

19 Véase Gómez López, Susana, «Natural Collections in the Spanish Renaissance», en Beretta, Marco (editor), *From private to public. Natural collections and museums*. Sagamore Beach: Watson Publishing International, 2005.

dedicada a la cosmografía, coincidió con la publicación en Toledo, en 1526, de la primera obra del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo dedicada a la naturaleza americana, el *Sumario de la natural y general historia de las Indias*, que sería seguida por la aparición en Sevilla, en 1535, de la monumental *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*. Entre las fascinantes ilustraciones de este último libro se contaban las primeras representaciones occidentales de frutos como la piña o de animales como el armadillo y la zarigüeya, cuyo impacto en el imaginario europeo fue extraordinario. Las ediciones y traducciones a otras lenguas europeas de los libros de Oviedo pronto se contaron por decenas.



Ilustraciones de una piña, que Gonzalo Fernández de Oviedo compara visualmente con una alcachofa, y de un armadillo, que el cronista denomina «encubertado», en la *Historia general y natural de las Indias*.



Una fotografía de Joaquín Guichot, cronista sevillano que a inicios del siglo xx emprendió una campaña para preservar los últimos restos de la huerta de Colón, ante el ombú, o zapote, que se considera fue plantado por el hijo del descubridor. El árbol fue derribado en 1903 cuando el terreno fue adquirido por unos promotores poco escrupulosos.

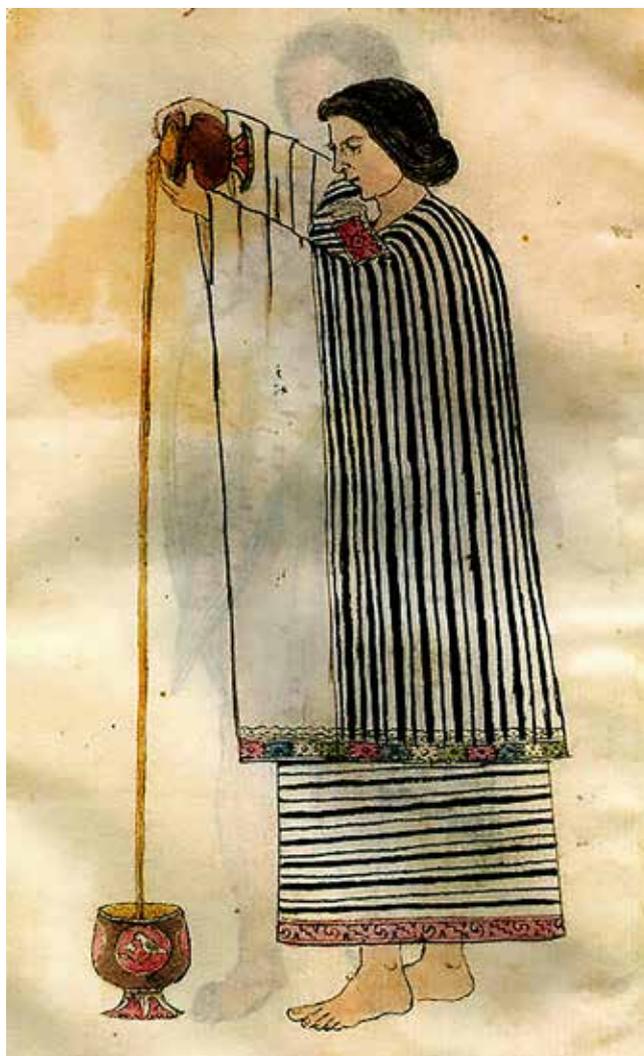
Tras la novedad introducida por Hernando Colón y gracias a la curiosidad despertada por cronistas como Fernández de Oviedo, proliferaron en Sevilla durante el resto del siglo los jardines de plantas exóticas y los gabinetes de historia natural asociados con el tráfico transatlántico. Como muestra de lo que en ellos se podía encontrar puede citarse la descripción de la cámara de maravillas formada por Rodrigo Zamorano, piloto mayor de la Casa de Contratación y cosmógrafo de Felipe II, realizada por su colaborador Juan de Castañeda y contenida en una carta remitida en 1601 al célebre naturalista franco-flamenco Carolus Clusius:

Prometo a Vm. que para su gusto y para hombres tan doctos como Vm. hay aquí si hubiéramos quien lo cortara y pintara las mayores curiosidades que se pueden desear porque de todos los animales y peces que tienen conchas y defensas naturales al modo de tortugas o galápagos como caracoles o armadillos, nácar madre de perlas, otros animales muy diferentes de los cuales por no tener copia no se pueden enviar. De ellos estando despacio enviaré los nombres; mas si Vm. entre sus tan doctos libros acaso de animales y peces tiene Vm. ahora alguno entre manos o con intención de componer, holgaría mucho Vm. tuviese noticia de estas tales y tantas cosas que como nuevas y tan curiosas por su muy excelente y docto estilo saliesen a la luz, pues los pasados hasta ahora no han tenido noticia de estas y ahora se van descubriendo. Si Vm. tuviera alguno que de curioso y de saberlo hacer quisiera tomar el trabajo de estamparlo fuera una cosa muy nueva y curiosa y aún de provecho. Quien lo ha juntado ha sido el Licenciado Zamorano que como examinador de maestros de la carrera de Indias, cada maestro que va tiene a dicha traerle alguna cosa nueva o extraordinaria y así tiene las paredes de los portales de su casa todos llenos de estas conchas, peces y animales muy de ver²⁰.

De entre las colecciones sevillanas reseñadas, ninguna tuvo mayor relevancia para la historia de la ciencia, de los hábitos alimentarios y, algunos dirían, de las adicciones que la formada por Nicolás Monardes, una de las figuras más interesantes del Renacimiento hispánico o, cabría decir, euroatlántico y uno de los principales protagonistas del llamado Intercambio Colombino. Recuerdo haber reparado en su nombre por vez primera en una exposición que el Museo Smithsonian de Historia Natural, en Washington D. C., dedicó a las conmemoraciones de 1992. Algunos años más tarde, deambulando por la feria de libros de segunda mano del Paseo de Recoletos, en Madrid, cayó en mis manos un exquisito estudio

²⁰ Citado en Barona, Josep Lluís y Gómez Font, Xavier, *La correspondencia de Carolus Clusius con los científicos españoles*. Valencia: Universidad de Valencia, 1998. Se ha actualizado la grafía del texto original.

titulado *Sacred gifts, profane pleasures. A history of tobacco and chocolate in the Atlantic world*, escrito por Marcy Norton, sobre la introducción en Occidente del chocolate y del tabaco desde su origen en las culturas precolombinas hasta convertirse, al mismo tiempo, en un placer, una cura para enfermedades varias, un signo de ascenso social y finalmente, en parte significativa del consumo de masas entre la sociedad española y, más tarde, en el resto de Europa²¹.



| Mujer vertiendo chocolate en una taza, Códice de Tudela. Museo de América, Madrid.

21 Norton, Marcy, *Sacred gifts, profane pleasures. A history of tobacco and chocolate in the Atlantic world*. Ithaca: Cornell University Press, 2008.

Aparte de detenerse con esmero en la figura de Nicolás Monardes y en los avances de la medicina española de la época, la relevancia del libro de Marcy Norton estriba en la importancia que concede al comercio del tabaco y del chocolate en la composición de los ingresos de la Monarquía Hispánica, casi a la altura del oro o la plata traídos de las Américas. El tópico de la incapacidad hispánica para crear productos de consumo y tejer lucrativas redes comerciales al inicio de la Edad Moderna, en comparación con las proezas, en teoría excepcionales, de los artesanos y mercaderes holandeses, venecianos o, más tarde, ingleses, queda arrumbado en esas páginas. Pero, incluso tanto o más relevantes que las consecuencias económicas de la circulación de los productos hispanoamericanos lo fueron las científicas, sobre todo en los dominios de la botánica, la medicina y la farmacopea. El estudio de los efectos de muchas plantas americanas en la salud fue, durante una buena parte del



Nicolás Monardes en la edición de 1569 de su libro *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*.

siglo XVI, una especialidad española y, gracias a la labor excepcional de García de Orta, autor de los célebres *Coloquios dos simples e drogas da India*, también portuguesa. Durante el siglo XVI, prácticamente todas las novedades que contribuyeron a ampliar el campo de visión de las ciencias naturales en Europa, ya se tratara de la botánica, de la zoología o de la mineralogía, fueron descubiertas, examinadas y transmitidas por los pioneros portugueses y españoles. Un ejemplo del impacto continental que alcanzó la ciencia experimental ibérica fue una obra escrita por el propio Monardes, titulada *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*, publicada en varias ediciones entre 1565 y 1574 y pronto traducida al inglés, al francés, al italiano y al latín, en esta última lengua por Carolus Clusius —quien, como hemos visto, estaba en continua correspondencia con los naturalistas y humanistas españoles—, convirtiéndose en un superventas europeo.

Monardes, curiosamente, y a diferencia de Hernando Colón, nunca pisó suelo americano. Nacido en Sevilla en torno a 1508 y licenciado en filosofía y medicina por la prestigiosa Universidad de Alcalá de Henares, desde su juventud combinó una educación humanista y una sólida formación científica. Dedicado a la práctica de la medicina, sus variados intereses le llevaron a publicar obras sobre temas tan dispares como la nieve y el efecto de las bebidas frías sobre el organismo; las propiedades de las rosas y los cítricos; las piedras bezoares, empleadas como antídotos contra los venenos; el fenómeno de la fluorescencia, o las propiedades medicinales del hierro. Atraído por el comercio —su familia materna, los Alfaro, estaba involucrada en la llamada Carrera de Indias—, probó también fortuna creando una compañía transatlántica en 1533 con Juan Núñez de Herrera, un agente establecido en Centroamérica. Ambos se dedicaron a la infame trata de esclavos, llevándolos a las Américas y trayendo en el viaje de vuelta productos del Nuevo Mundo, sobre todo la muy apreciada cochinilla, un insecto cuyo carmín se utiliza desde tiempo inmemorial como tinte para los tejidos. La compañía, tras unos años de bonanza, terminó quebrando cuando en 1563 falleció el socio americano, y Monardes, perseguido por los acreedores, tuvo que desaparecer durante un tiempo de la vista pública, refugiándose en un monasterio. Cuando consiguió resolver su situación con la justicia, unos años más tarde, se consagró a la confección de su magna

obra, la *Historia medicinal*, fruto de décadas de experimentación sobre sus pacientes con productos americanos que obtenía de los viajeros que llegaban del otro lado del Atlántico. Contaba para su empresa, además, con fuentes de información de primera mano sobre las prácticas curativas de los amerindios, pues ya para entonces instituciones como el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado en 1536 en la Nueva España, habían producido una generación de expertos españoles y aztecas familiarizados con el cruce de los saberes médicos, botánicos y farmacéuticos en ambas tradiciones y capaces de producir enciclopedias multilingües sobre las plantas medicinales, como el *Códice De la Cruz-Badiano*. En otros casos, eran soldados, colonos, misioneros y administradores coloniales en distintas regiones de América, desde Florida hasta Perú, quienes le enviaban ejemplares de minerales, piedras bezoares, plantas y semillas autóctonas junto con explicaciones sobre su empleo para curar enfermedades, tras haber observado cómo eran usados por los indígenas. Monardes los coleccionaba y estudiaba en su gabinete natural, que, como antes el jardín de Hernando Colón, se convirtió así en una extensión de América en Europa.

Entre las novedades americanas que Monardes apreció y analizó con mayor detenimiento y provecho en su *Historia medicinal* se encontraba la planta del tabaco, o *Nicotiana tabacum*. A ella dedicó amplios comentarios elogiosos, demorándose en explicar su empleo como una suerte de bálsamo de Fierabrás para sanar o, al menos, calmar, una gran variedad de males, desde los dolores de muelas y jaquecas a las obstrucciones estomacales o el alivio del asma. En sus propias palabras:



Esta yerba que comúnmente llaman tabaco es yerba muy antigua y conocida entre los indios, mayormente entre los de Nueva España; que después que se ganaron aquellos reinos por nuestros españoles, enseñados por los indios, se aprovecharon della en las heridas que en la guerra recibían, curándose con ella, con grande aprovechamiento de todos.

De pocos años a esta parte se ha traído a España más para adornar jardines y huertos que con su hermosura diese agradable vista, que por pensar que tuviese las maravillosas virtudes medicinales que tiene. Agora usamos della más por sus virtudes que por su hermosura, porque cierto son tales que ponen admiración.

El nombre propio suyo entre los indios es picietl, que el de tabaco es postizo de nuestros españoles, por una isla do hay mucha cantidad dél llamada este nombre «Tabaco».

Hayla y nace en muchas partes de las Indias, ordinariamente en lugares húmidos y sombríos; es menester que sea la tierra bien cultivada do se sembrare y que sea tierra libre. Siémbrase en todo tiempo en las tierras calientes y en todo tiempo nace; en las frías se ha de sembrar por el mes de março porque se defienda de las heladas.



| El capítulo dedicado al tabaco en la *Historia medicinal* de Nicolás Monardes.

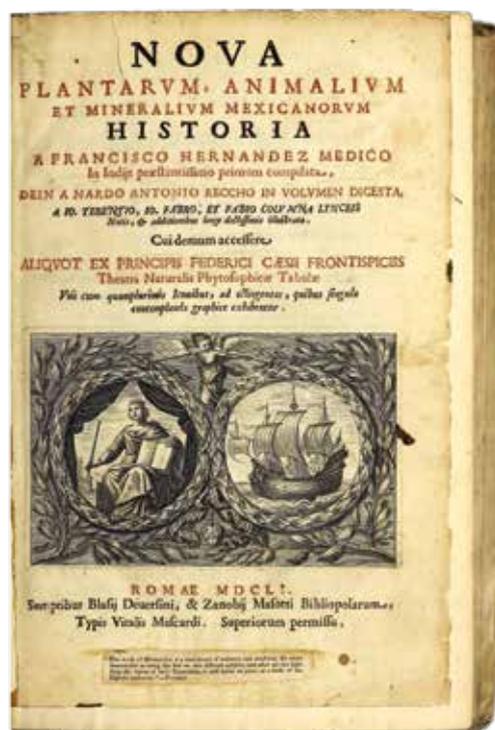
Nicolás Monardes solía decir a quien quisiera escucharle que la auténtica riqueza del Nuevo Mundo no era la derivada del oro y la plata, sino el aprovechamiento de su extraordinaria variedad natural, o biodiversidad, como diríamos ahora. Pero, para que así fuera posible, primero había que descubrir para Europa la naturaleza americana, clasificarla, describirla, comprenderla, trasplantarla y transformarla en productos comercializables de los cuales extraer beneficio. Los primeros pasos ya se habían dado con la primera generación de descubridores: cronistas de Indias, al estilo de Fernández de Oviedo o López de Gómara; humanistas y cosmógrafos, como Hernando Colón, o botánicos, médicos y boticarios, como el propio Monardes²². Pero era necesario ir más allá de lo que permitían las iniciativas de meros particulares. Ese paso lo dio Felipe II, gran aficionado a la naturaleza y a las ciencias prácticas, al nombrar en 1569 a su médico, Francisco Hernández de Toledo, para que encabezara la primera expedición científica moderna a las Américas. Como Monardes, Francisco Hernández pertenecía a la escuela de médicos y humanistas formado en la Universidad de Alcalá de Henares. Tras haber ejercido con éxito su profesión en Andalucía y haberse ganado la confianza de nobles y poderosos, su fama llegó al propio rey, quien en 1567 le llamó a su Cámara y, dos años más tarde, le encomendó atravesar el Atlántico para obtener toda la información que pudiera recopilar sobre la naturaleza del Nuevo Mundo, con especial dedicación a las plantas y a sus usos para la medicina, de acuerdo con la tradición tanto amerindia como occidental.

Durante seis años, desde septiembre de 1570, Hernández cumplió con las instrucciones reales recorriendo los rincones más apartados de la Nueva España, a menudo acompañado por expertos locales, formados en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, cuya lengua y métodos taxonómicos aprendió y llegó a valorar en su justa medida. Ya por entonces, un profesor del Colegio a quien Hernández frecuentó, Bernardino de Sahagún, estaba acometiendo su obra magna, la *Historia general de las cosas de Nueva España*, sin duda el mayor

22 Véase al respecto la obra de López Piñero, José María y López Terrada, María Luz, *La influencia española en la introducción en Europa de las plantas americanas (1493-1623)*. Valencia: Universidad de Valencia-CSIC, 1997.

proyecto etnográfico de la temprana modernidad, uno de cuyos libros estaba dedicado a la flora y fauna de Mesoamérica. Fruto de ese trabajo colectivo previo y de las fatigosas expediciones de campo realizadas por el médico real fue la compilación de dieciséis volúmenes que contenían la descripción narrativa y visual de más de tres mil plantas, animales y minerales hasta entonces desconocidos en Europa.

A su regreso a España, la monumental *Historia natural de las plantas de Nueva España*, como se tituló la obra de Hernández, fue albergada en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial, donde quedó destruida en el fuego que la asoló en 1671. Afortunadamente, a instancias del arquitecto y cosmógrafo Juan de Herrera, Nardo Antonio Recchi, un médico napolitano al servicio de la Corte de Felipe II, había realizado una copia abreviada. Esta versión fue la base tanto de la edición de Francisco Jiménez, aparecida en Nueva España en 1615, como de la publicada en 1651 por la Accademia dei Lincei en Roma. Esta última

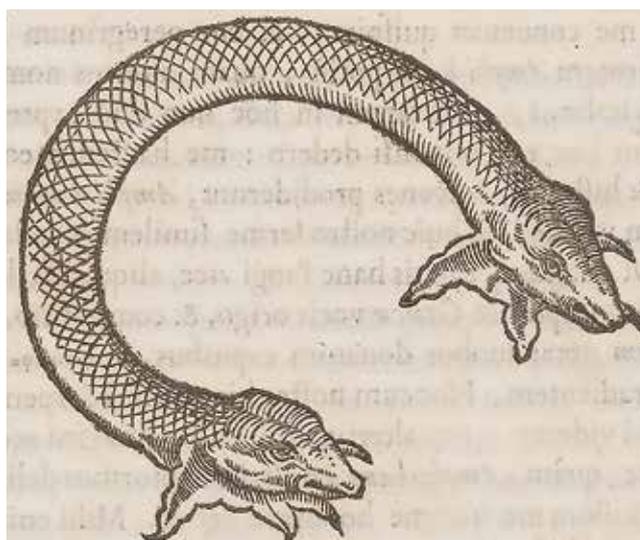
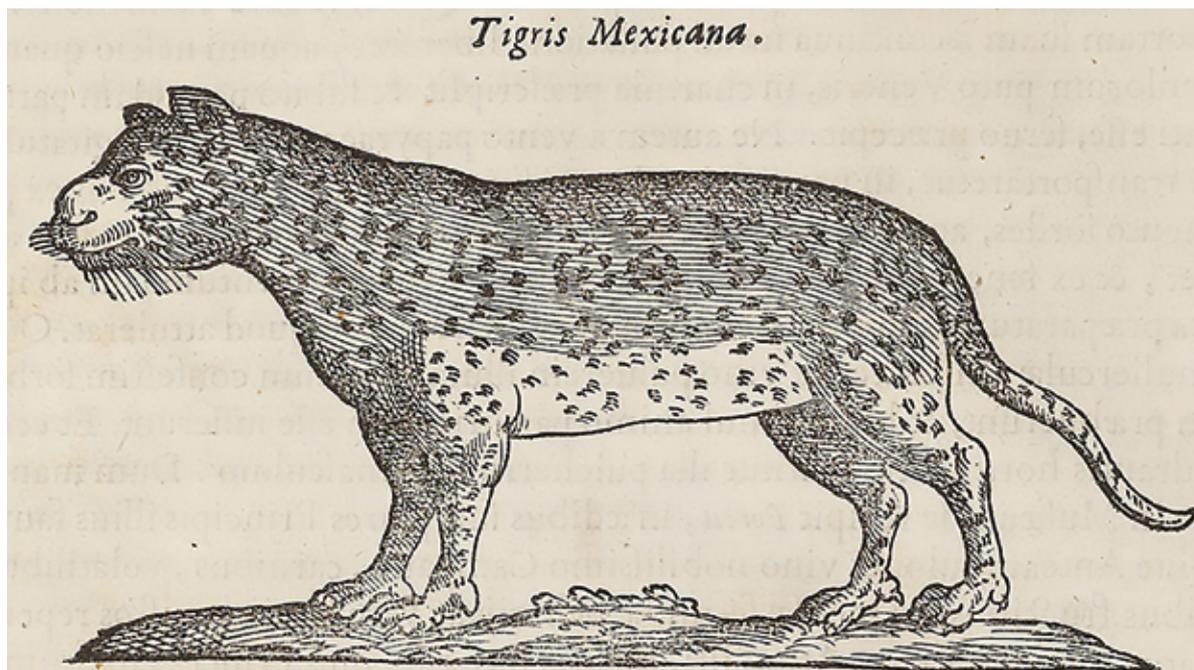


La obra de Francisco Hernández *Nova plantarum, animalium et mineralium Mexicanorum historia*, en la edición aparecida en Roma, en 1651.

fue financiada por el noble español, afincado en Italia, Alfonso de las Torres y dedicada al monarca español Felipe IV, cuyo entonces embajador ante la Santa Sede, Rodrigo Díaz de Vivar Sandoval Hurtado de Mendoza, VII duque del Infantado, era próximo a algunos miembros de la academia. Las ilustraciones que acompañaron a la edición romana incluyen curiosas representaciones de los animales descritos por Hernández, algunos transformados, por mor de la imaginación desbordante de sus autores, en criaturas monstruosas dignas de los gabinetes de maravillas que tanto atraían a la excitada curiosidad europea, pero que poco tenían que ver con la meticulosidad científica del naturalista español, más cercana e incluso adelantada a nuestro propio tiempo²³.



23 Sobre la vida y el legado de Francisco Hernández véase: López Piñero, José María y Pardo Tomás, José, *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y la materia médica modernas*. Valencia: Instituto de Estudios Documentales sobre la Ciencia Universitat de València-CSIC, 1996.



Dragones, serpientes de dos cabezas, tigres y canes monstruosos formaron parte de la imaginativa versión romana de las criaturas del Nuevo Mundo descritas por Francisco Hernández en su *Historia natural*.

BENITO ARIAS MONTANO O LA BIBLIOTECA DE BABEL

Antes de ser llamado por Felipe II y de partir hacia América, Francisco Hernández había residido en Sevilla, donde practicó la medicina desde principios de la década de 1550 hasta 1556. Durante su período hispalense tuvo ocasión de frecuentar a varios de los sabios y naturalistas experimentales que residían por entonces en la ciudad a orillas del Guadalquivir. Puede que fuera allí, o en alguna de sus estancias en Madrid, donde conociera a quien se convertiría en el enlace entre el humanismo renacentista carolino y algunas de las mayores empresas culturales de la monarquía filipina, como la Biblia Regia o la creación



La Biblioteca del Monasterio de El Escorial, a cuya conformación contribuyó decisivamente Benito Arias Montano.

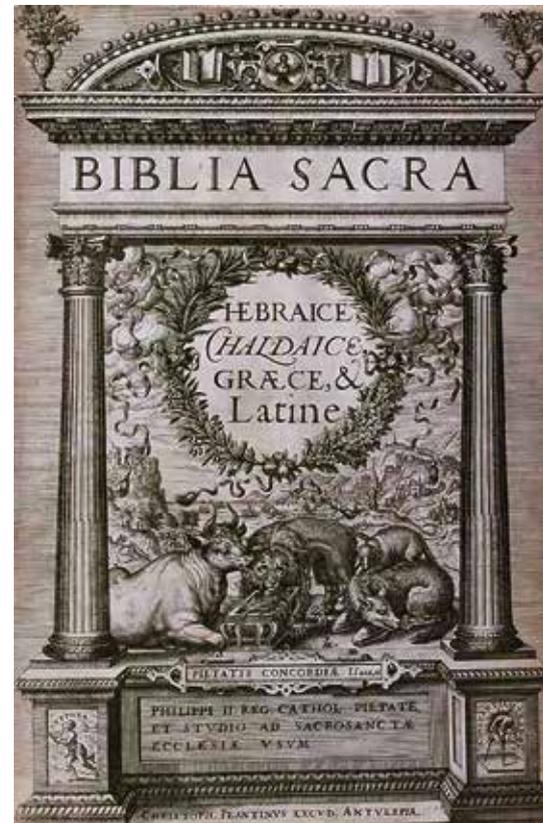
de la Biblioteca Escorialense: Benito Arias Montano. Sin duda, Hernández debió quedar gratamente impresionado por su compatriota, todavía joven, aunque ya apuntaba maneras del gran sabio que llegaría a ser. Lo demuestra que, al regresar a España después de su larga estancia en el Nuevo Mundo, desesperanzado al ver que había perdido el favor de la Corte tras los años transcurridos y, ante todo, al comprobar que su obra estaba condenada a ser manipulada por extraños, decidiera dirigirle una epístola versificada según el canon horaciano²⁴. En esta, tras informarle de las innumerables fatigas y enfermedades sufridas durante su periplo ultramarino y dar cuenta de sus logros, le solicitó que velara para que no se perdiera el fruto de su trabajo. No hay constancia de que la carta llegara a manos de Arias Montano antes del fallecimiento de Hernández en 1587, y aunque así hubiera sido, es de suponer que poco hubiera podido hacer para corregir la suerte que los hados le tenían deparada a la *Historia natural*. Para entonces, el destinatario de la epístola había decidido adentrarse en la «escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido», renunciando a las prebendas ofrecidas por el rey prudente, para repartir su tiempo entre su refugio en la Peña de Alájara, en Huelva, Sevilla y la Biblioteca del Monasterio de El Escorial, a la que había dedicado buena parte de su madurez y mejores desvelos.

De entre las extraordinarias figuras que orlaron el siglo xvi hispánico, pocas resultan más fascinantes y más complejas que la del extremeño Arias Montano (1527-1598). A lo largo de su vida fue asesor de príncipes, orientalista, anticuario, bibliófilo y bibliotecario, eremita, naturalista y apasionado jardinero, consejero diplomático, confidente de los gobernadores de la Monarquía Hispánica en Flandes, censor, amigo de inquisidores y, con el tiempo, miembro de la exclusiva familia de humanistas europeos que buscaban la reconciliación de una cristiandad asolada por las fratricidas guerras de religión²⁵. Junto con el gran impresor francés Christophe Plantin, afincado en Flandes, y bajo los auspicios de Felipe II, fue

24 Sobre la epístola, véase Navarro Antolín, Fernando y Solís de los Santos, José, «La epístola latina en verso de Francisco Hernández a Benito Arias Montano (Madrid, Biblioteca del Ministerio de Hacienda, ms. FA 931)». *Myrtia*, 2014, n.º 29, pp. 201-245.

25 Hänsel, Sylvaine, *Benito Arias Montano. Humanismo y arte en España*. Huelva: Universidad de Huelva, 1999.

el supervisor de uno de los mayores monumentos de la erudición europea de la época: la llamada Biblia Regia o de Amberes, ciudad en la que Montano residió entre 1568 y 1575 con el encargo de dirigir la edición del texto sagrado que habría de suceder a la Biblia Políglota Complutense, impresa a principios del siglo XVI y cumbre hasta entonces del primer humanismo hispánico.



La Biblia Políglota Complutense (izquierda), publicada bajo la égida del cardenal Cisneros, la Biblia Regia (derecha), supervisada por Benito Arias Montano.

Hay similitudes entre las biografías de Hernando Colón, a quien encontramos en el anterior capítulo, y Arias Montano, pese a sus orígenes ciertamente dispares. El primero, hijo de un célebre descubridor, tuvo abiertas desde la infancia las puertas de la Corte, donde obtuvo una educación esmerada. Aunque, como otros descendientes de grandes hombres,



La imprenta original de Christophe Plantin todavía puede visitarse en el Museo Plantin-Moretus, en Amberes.

hubiera podido llevar una vida mundana y frívola, su vocación le condujo por otros derroteros, en los que convergieron el gusto humanista por el coleccionismo y el servicio a la Corona cuando era para ello requerido. La misma confluencia entre la pasión por el saber y el sentido del deber se dio en la carrera del segundo. Hijo de un oficial menor de la Inquisición, nacido en una provincia alejada del epicentro del poder, Arias Montano careció desde pequeño de las conexiones sociales que ayudaron al menor de los Colón, pero, gracias a su prodigiosa inteligencia, supo tejer y cultivar una amplia red de influencias, ganándose a humanistas, letrados, cortesanos y, finalmente, al hombre más poderoso de su tiempo: Felipe II.

Natural de Fregenal de la Sierra, en Badajoz, donde nació hacia 1527, a la muerte de su padre, un acendrado hombre de letras que contribuyó a su temprana educación, Montano se mudó a Sevilla con apenas trece o catorce años y fue acogido en la familia

de un antiguo secretario real, Álvaro de Alcocer, quien estaba bien relacionado con los círculos intelectuales y de poder locales y aún mantenía buenos contactos con la Corte y las principales universidades de la península, sobre todo la de Alcalá de Henares, de donde procedía su familia. A la tutela de la familia Alcocer, varios de cuyos miembros cruzaron el Atlántico para enraizarse en América, se unió el patronazgo del influyente canónigo Diego Vázquez de Alderete, en torno a quien se estaba formando durante aquellos años un grupo de jóvenes que habrían de alcanzar algunos de los escalones más altos de la Administración imperial, como Mateo Vázquez, futuro secretario privado del monarca, y Juan de Ovando, que llegaría a ser presidente del Consejo de Indias. Sin duda, la acogida de un huérfano procedente de una remota villa en círculos sevillanos tan selectos se debió a la fama que acompañaba a su precoz talento. Dotado de una gran facilidad para el latín y atraído por la historia, Arias Montano ya dio muestras de este escribiendo con tan solo catorce años un tratado numismático que versaba sobre los orígenes de las monedas castellanas. Poco más tarde, fue admitido en la universidad hispalense, donde cursó estudios de arte y filosofía antes de decidir trasladarse a la más renombrada Universidad de Alcalá de Henares, quizá por influencia de su tutor. En la antigua Complutum era, además, donde se estaba formando buena parte del humanismo hispánico. Allí continuó Arias Montano la carrera académica iniciada en Sevilla, añadiendo entre sus especialidades la teología, materia en la que se doctoró, e interesándose por las matemáticas, la filosofía natural, el griego y el hebreo, idiomas a los que sumaría el dominio de otras lenguas medio-orientales, en particular el arameo, el siríaco y el árabe, convirtiéndose en uno de los grandes filólogos de su época. Amigo de fray Luis de León, a quien conoció en las aulas universitarias, tampoco descuidó los estudios literarios, y en 1552 obtuvo el título de poeta laureado por su *alma mater*. Terminada su estancia en Alcalá, dedicó varios años a incrementar su saber y a cultivar su vida interior, mostrando una tendencia al recogimiento eremítico que ya no le abandonaría, pero que sabría alternar con la vida activa. Tras uno de esos repliegues, regresó a Sevilla, donde entre 1556 y 1558 se consagró al estudio de las ciencias naturales con Francisco Arceo, un notable médico y cirujano, aficionado a la botánica y formado también en la Universidad Complutense. Poco después, Montano solicitó entrar en la Orden de Santiago

como sacerdote y, tras ser admitido, de nuevo su fama de erudito le abrió otra puerta decisiva, al ser elegido en 1562 como miembro de la delegación española en el Concilio de Trento, donde se sentaron los fundamentos de la mal llamada Contrarreforma, consistente en realidad en un programa de revitalización de las instituciones y del dogma católicos con el que la Iglesia consiguió frenar y revertir muchas de las conquistas protestantes en buena parte de Europa. La eficaz labor de Arias Montano en Trento, centrada en la respuesta a consultas sobre el divorcio y la transustanciación, no pasó desapercibida en las altas esferas del poder eclesiástico y secular, y a su regreso a España fue nombrado en 1566 capellán real. El acceso a la Corte no le distrajo, empero, de sus estudios, concentrados en la elaboración de comentarios bíblicos. Fueron precisamente su fama como biblista y su dominio de varios idiomas relacionados con las Antiguas Escrituras, amén de su carácter templado, los que motivaron su elección por el propio monarca para que se desplazara en 1568 a Amberes, en los Países Bajos españoles, con tres objetivos declarados: supervisar la confección de la Biblia Regia, elaborar un nuevo Índice de obras prohibidas por la Inquisición con la ayuda de eclesiásticos y académicos locales, y adquirir libros para las colecciones reales y, sobre todo, para la biblioteca que el monarca ya tenía pensado fundar en el monasterio de El Escorial. Si se quiere, Arias Montano se convirtió entonces en un precursor de Lucas Corso, el cazador de libros excepcionales, y también malditos, protagonista de *El Club Dumas*, la novela de Arturo Pérez-Reverte, solo que su aventura fue muy real, en el doble sentido de la expresión, y no estrictamente literaria.

La elección de Amberes como centro de operaciones de Arias Montano no fue casual. En aquella floreciente ciudad flamenca se había reunido un grupo de humanistas en torno a Christophe Plantin, el impresor elegido para llevar a buen puerto la empresa de la Biblia Regia, un hombre que, en medio de los conflictos religiosos, obtuvo el título de prototipógrafo real gracias a su proclamada ortodoxia católica, aunque era cercano al círculo conocido como la Familia de la Caridad, defensor de la tolerancia en materia de fe. Amberes era, además, uno de los principales centros del comercio de libros en Europa, y desde allí le resultaba más fácil a Montano entrar en correspondencia con los librerías de Francia,

los Países Bajos, Alemania e Italia que mejor podían nutrir con sus ejemplares el sueño filipino, amén de colmar su propia pasión por el coleccionismo y la bibliofilia, inclinada hacia las obras relacionadas con la filología bíblica y orientalista, amén de los manuales e instrumentos propios de la cosmografía, la botánica y, en general, las ciencias naturales, disciplinas a las que se había aficionado durante sus estancias en Alcalá de Henares y Sevilla. Así lo atestigua la rica correspondencia que mantuvo durante los años que permaneció en Flandes con el presidente del Consejo de Indias, Juan de Ovando, a quien también provisionó con todo tipo de instrumentos de medición, globos terráqueos, esferas armilares y mapas que pudieran ayudarlo en sus esfuerzos para mejor conocer y administrar los territorios ultramarinos de la monarquía²⁶.

La llegada de Arias Montano a Flandes coincidió, por otra parte, con la controvertida gobernación de aquellas tierras por Fernando Álvarez de Toledo, el duque de Alba. Convertido por sus enemigos en uno de los pilares de la llamada Leyenda Negra antiespañola, el duque fue un hombre de múltiples talentos: formado en el humanismo por Juan Boscán y los preceptores italianos allegados a su noble familia, forjado desde la infancia en el dominio del arte de la guerra, avezado diplomático y político, fue uno de los consejeros de mayor confianza del emperador Carlos V, quien encomendó a su hijo, el futuro Felipe II, que le mantuviera a su lado como asesor en la paz y en la guerra. Forjada su leyenda como el mayor estratega de su época gracias a sus numerosas victorias en el norte de África, Italia y Europa central, cuando en 1565 estalló en los Países Bajos la conocida como Tormenta de las Imágenes, el asalto protestante contra iglesias y símbolos católicos, el monarca no dudó en enviarlo para sofocar la revuelta, que amenazaba con convertirse en una rebelión generalizada, alentada por parte de la nobleza. Hombre expeditivo, el duque de Alba estableció el llamado Tribunal de los Tumultos para juzgar y castigar duramente a los responsables de las algaradas, incluyendo a los condes de Egmont y de Horn, dos personajes que pasarían

26 Matías Rosendo, Baldomero, *La correspondencia de Benito Arias Montano con el presidente de Indias Juan de Ovando*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2008.

a convertirse, en el imaginario nacionalista de la Bélgica independizada en el siglo XIX, en mártires de la libertad frente a la «tiranía» de Felipe II. La represión surtió efecto a corto plazo y las victorias de los Tercios en las batallas de Jemmingen y Jodoigne, entre julio y octubre de 1568, supusieron un serio revés para el bando protestante comandado por Luis de Nassau y Guillermo de Orange. El respiro en el frente bélico fue aprovechado por el duque para realizar profundas reformas en la legislación y en las instituciones políticas, fiscales y eclesiásticas de los Países Bajos en un sentido regalista y centralizador. Ello provocó una reacción todavía más furibunda por parte de una nobleza apegada a sus privilegios, lo que condujo a un segundo levantamiento en 1572. Felipe II ensayó entonces una política de apaciguamiento encomendada primero al IV duque de Medinaceli, Juan de la Cerda y Silva, y luego a Luis de Requesens. Este último, pese a sus gestos de buena voluntad hacia los rebeldes, tuvo que recurrir de nuevo a las armas para sofocar los continuos ataques procedentes de las provincias septentrionales ya ganadas para la causa protestante.

La estancia de Arias Montano en Amberes transcurrió, por tanto, durante un período particularmente convulso en aquel territorio de la Monarquía Hispánica, cuyos centros de poder recibían constantemente, además de noticias sobre el discurrir de los acontecimientos, todo tipo de memoriales y consejos procedentes de diversos personajes, más o menos fiables o interesados, sobre cómo responder mejor a las revueltas. Monarca obsesionado con el control de la información, Felipe II era consciente de que necesitaba a alguien sobre el terreno inmune a las ambiciones políticas y alejado de las luchas partidistas en quien pudiera confiar para filtrar el ruido y ofrecerle un parecer lo más objetivo posible acerca de lo que realmente estaba sucediendo en aquel rincón del norte de Europa. Además de su labor cultural y humanista, ese también fue el principal cometido que recayó en Arias Montano: ser los oídos del príncipe y transmitirle, de acuerdo con su mejor criterio, su opinión sobre el verdadero estado de las cosas en Flandes²⁷.

27 Véase al respecto la obra de Macías Rosendo, Baldomero, *La correspondencia de Benito Arias Montano con el presidente de Indias Juan de Ovando*. Huelva: Universidad de Huelva, 2008.



| *Retrato de Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba*, por Antonio Moro, 1549. Palacio de Liria, Madrid.

A decir verdad, a nuestro protagonista no le resultó sencillo mantener la equidistancia. El carisma del duque de Alba era tal que, a su llegada a Flandes, Arias Montano se sintió ganado para su causa y se convirtió en uno de sus principales abogados ante la Corte española. Aquel deslumbramiento inicial fue cediendo paso, con el transcurrir del tiempo, a una actitud más crítica con la política rigorista del duque y más cercana a los partidarios de otorgar un perdón real a los rebeldes, acompañado de una mayor tolerancia en aspectos que no comprometieran el núcleo de la fe. Con todo, pese a sus crecientes divergencias políticas, la afinidad personal e intelectual entre el duque guerrero y el sabio humanista se mantuvo y fue recíproca. De hecho, Montano se encontró con que los constantes requerimientos del gobernador para que compartiera con él mesa y conversación acerca de lo divino y lo humano le restaban tiempo para dedicarse al encargo de la Biblia Regia y a sus pesquisas librescas. Los trabajos de aquella, pese a las distracciones, fueron avanzando, sin prisa pero sin pausa, durante los siguientes cuatro años. A ello ayudó que desde su inicio participara en la edición lo más granado de la erudición europea, incluyendo algunos de los más reconocidos filólogos hebraístas y orientistas de la cercana Universidad de Lovaina. Así, en 1572 pudieron completarse los ocho volúmenes de la nueva Políglota, elaborados en latín, griego, hebreo, arameo y siríaco, y profusamente iluminados por los mejores ilustradores de la época. Fue entonces, curiosamente, cuando comenzaron los problemas. Felipe II había intentado mantener a la Santa Sede al margen de la elaboración de la Biblia y solo en el último momento fue requerida la aprobación pontificia. A través del entonces embajador español en Roma, don Juan de Zúñiga y Requesens, se comenzaron a mover los hilos para obtener el *nihil obstat* papal. Sin embargo, el entonces papa Pío V, influido por los sectores más conservadores de la curia, que veían con recelo que el texto hebreo fuera elevado a la altura de la versión latina de San Jerónimo y, además, temían perder los beneficios de la impresión de libros litúrgicos, negó el permiso. Ante este obstáculo, Felipe II, aconsejado por el propio embajador Zúñiga, encomendó a Arias Montano viajar a Roma para que, con su intelecto y tacto, hiciera reconsiderar la decisión papal. Por suerte para la empresa, justo antes de que Montano llegara a la Santa Sede, Pío V falleció y su sucesor, Gregorio XIII, inclinado a la causa hispánica, concedió su aprobación a la Biblia Regia el

23 de agosto de 1572. Ello supuso un duro golpe contra los intereses económicos de los que se beneficiaban los obispos y los impresores que hasta entonces habían tenido el monopolio de los textos religiosos, dado que Felipe II pretendía que los nuevos libros litúrgicos, acompañados con la Biblia Regia y adaptados al Concilio de Trento, se imprimieran en los talleres de Plantin y en otros dispersos por los territorios de la Monarquía Hispánica. Sobre todo, el cambio de opinión papal implicó una pérdida de influencia de los sectores eclesiásticos más retrógrados. Estos no iban a dejarse derrotar sin dar batalla, y para ello, ya que no podían enfrentarse directamente ni al papa ni al rey, decidieron atacar a quien consideraban el eslabón más débil de la cadena, empleando con este fin el celo inquisitorial de León de Castro, un teólogo enemigo de los hebraístas que, como Montano, consideraban mejorable el texto en latín de la Vulgata, acusándoles de ser próximos a la libre interpretación protestante de los textos bíblicos. Afortunadamente, tras un acoso que duró años y gracias, en buena medida, a la protección de la Corte, Arias Montano pudo evitar el cerco de su perseguidor, aunque la experiencia contribuyó a amargarle los últimos años que pasó en Flandes antes de que en 1575 su presencia en España fuera requerida por el monarca para acometer nuevos proyectos intelectuales y diplomáticos.

Además de la situación en Flandes, el otro asunto político relevante en el que se vio involucrado Arias Montano, como ya fuera el caso de Hernando Colón, fue el de las relaciones con Portugal. Cuando el monarca de este país, el rey Sebastián, llamado *el Deseado*, decidió lanzar una expedición a Marruecos con tintes mesiánicos, su derrota y muerte en la batalla de Alcazarquivir, en agosto de 1578, dejaron la corona lusa temporalmente en manos del cardenal Enrique I, tío abuelo del rey fallecido. La muerte del cardenal dos años más tarde, también sin descendencia, provocó una grave crisis sucesoria. Felipe II, hijo de Isabel de Portugal, no tardó en reclamar el trono portugués, al que también optaba, entre otros pretendientes, el prior de Crato, Antonio, hijo natural del infante Luis de Avis. El Consejo de Regencia parecía inclinarse del lado del monarca español, pero sus adversarios, apoyados por intereses ingleses y galos, temerosos de que el poder de la Monarquía Hispánica se acrecentara todavía más, opusieron una viva resistencia, a



| *Plantin muestra a Arias Montano un ejemplar de la Biblia Regia*, por Joseph Bellemans, circa 1850.
Museo Plantin-Moretus, Amberes.

menudo envuelta en argumentaciones legales e históricas. En este contexto, tuvo lugar la doble intervención del sabio extremeño. Sucedió que, todavía en vida del cardenal Enrique, este intentó obtener una dispensa papal para casarse y así poder tener una prole legítima que evitara la intromisión de un pretendiente extranjero en el trono portugués. Cuando Felipe II tuvo noticia de esta maniobra, decidió elevar un argumentario ante la Santa Sede disuadiendo al papa de que concediera la solicitada excepción. A tal fin, tres teólogos, el propio Arias Montano, fray Diego de Chaves y fray Pedro de Cascales, elaboraron un documento titulado *Apuntamientos tocantes a la sucesión dei Reino de Portugal*, en el que

alegaban que no existía ninguna obligación en el derecho canónico para que un sacerdote fuera eximido de su voto de castidad aun cuando estuviera en juego el destino de un reino, pues ni estaba en cuestión el futuro de la totalidad de la especie humana, ni, en términos menos apocalípticos, estaba asegurado que el sacerdote dispensado procreara. A ello se añadía que el matrimonio de los clérigos era defendido por los partidarios de la causa protestante, a quienes el posible casamiento de todo un cardenal ofrecería una excelente excusa para acusar a Roma de hipocresía. A este primer parecer se sumó otro también de naturaleza teológico-política, pues Felipe II estaba interesado en saber si, llegado el caso, debería plegarse a una eventual decisión negativa sobre sus aspiraciones por parte del Consejo de Regencia portugués. En consonancia con las tendencias absolutistas que comenzaban a predominar en el entorno real, al igual que sucedería en Francia con los consejos de Jean Bodin a los monarcas galos, Arias Montano concluyó que ningún juez en la tierra podía someter la voluntad regia en asuntos mundanos, incluso aunque el rey hubiera prometido aceptar el veredicto de los consejeros lusos, pues, como había señalado san Isidoro, a quien cita el extremeño, «*in malis promissis rescinde fidem*», es decir, si una promesa es perjudicial, es lícito romper el compromiso asumido, y, en este caso, la promesa sería dañina para el poder absoluto del monarca, derivado a su vez de la voluntad divina²⁸.

Las labores de asesor diplomático para los asuntos lusos, empero, no constituyeron la principal ocupación de Arias Montano desde que abandonara Flandes. Más afín a su verdadera vocación intelectual fue el encargo real para que contribuyera a ordenar y completar la biblioteca de El Escorial, una tarea que, alternada con sus periódicos retiros en Extremadura y Huelva o sus estancias en Sevilla, donde reanudó sus contactos con los siempre activos círculos hispalenses y recuperó su juvenil pasión por las ciencias naturales, le ocuparía el resto de sus días.

28 García Manso, Angélica, «Humanismo y política. A propósito de Arias Montano y su relación con Portugal». *Humanitas*, 2007, n.º 59, pp. 185-200.



El rey Sebastián I de Portugal, por Cristóbal de Morales, 1565. Monasterio de las Descalzas Reales, Madrid.

La Biblioteca Escorialense, o Laurentina, como también sería conocida, era una idea personal de Felipe II. Ya desde 1556, había pedido a sus principales colaboradores que comenzaran a recopilar libros con el fin de formar una colección que, sumada a la suya privada, conocida como la «librería rica», estuviera a la altura del prestigio de la monarquía. Pocos años más tarde, la voluntad real se hizo más expresa en una carta dirigida por el monarca a su embajador en París, fechada el 28 de mayo de 1568:

Holgaré que de ahí se tomen todos los libros más raros y exquisitos que pudiera haber, que es una de las principales memorias que aquí se pueden dexar, assí para el aprovechamiento de los religiosos que en esta Casa hubieren de morar, como para el beneficio público de todos los hombres de letras que quisieren venir a leer en ellos...²⁹.

En este punto, es importante destacar que el proyecto de la Biblioteca Escorialense no fue un mero capricho del monarca, quien disponía de colecciones particulares para su personal aprovechamiento, sino que tuvo desde sus orígenes una dimensión de servicio público, como quedaba claro en la citada instrucción. Con esta, Felipe II sancionaba las propuestas realizadas por varios eruditos cercanos a los círculos oficiales, quienes venían preconizando la necesidad de contar con una institución de este tipo. En particular, ya en 1556, el humanista Juan Páez de Castro, adepto a la filosofía aristotélica y traductor de la *Odisea* de Homero, había dirigido al rey un memorial acerca de la «utilidad de juntar una buena biblioteca» que sirviera al buen gobierno de la Monarquía y pudiera ser consultada por sus súbditos amantes de las letras.

Para Páez de Castro, quien ya había aconsejado de forma similar al emperador Carlos V, de los libros «penden todas las artes e industrias humanas», por lo cual era menester resguardarlos en un lugar adecuado y seguro que estuviera, al tiempo, abierto al público docto, como había sido el caso con las más celebradas bibliotecas de la Antigüedad, en las que, además, los libros estaban acompañados por esculturas y retratos de hombres eximios con cuyo ejemplo se aleccionaba a las generaciones presentes y futuras. El modelo de los clásicos se había retomado en las ciudades italianas de Roma, Florencia y Venecia, cuyas más renombradas bibliotecas, la Vaticana, la Laurenciana y la Marciana, respectivamente, atraían

²⁹ Citado en Antolín, Guillermo, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del P. Fr. Guillermo Antolín y Pajares O. S. A., el día 5 de junio de 1921. Tema: la Real Biblioteca del Escorial*. San Lorenzo de El Escorial: Imprenta del Real Monasterio, 1921.

a los mejores eruditos de la temprana Modernidad, como en el pasado habían acudido los sabios a la Biblioteca de Alejandría. Esta suerte de turismo intelectual favorecía, según Páez de Castro, la concordia y el comercio entre las naciones, así como el ennoblecimiento y enriquecimiento de sus principales lugares de peregrinación, que veían su nombre ensalzado como fuente dispensadora de sabiduría y su prosperidad multiplicada al atraer no solo a los letrados y sus discípulos, quienes gastarían sus dineros en comida, alojamiento y ocio, sino también a las industrias auxiliares del libro y sus muchos beneficios asociados:

Porque todo vá eslabonado, como tengo dicho. Tras los libros ván los hombres sabios; y tras ellos los que quieren ser discípulos; y estos han menester á los escribanos, y estampas; y estas los materiales, que son papel, y pergamino, y lo demás³⁰.

Además de estas razones prácticas, la biblioteca que proponía Páez de Castro tenía otra finalidad asociada al alcance global de la monarquía: en ella debería guardarse referencia no solo de los hechos y nuevas relacionados con las Indias y otros territorios del Mundo Hispánico, sino de los principales acontecimientos de la historia de la humanidad, «de manera que quien viere aquellas salas puede pensar que ha peregrinado lo más principal del Universo»³¹.

En consonancia con las ideas expuestas, Páez de Castro proponía que la Biblioteca Regia fuera asentada en una ciudad peninsular de fácil acceso, como Valladolid, o en las proximidades de alguna universidad española de prestigio. Felipe II discrepó sobre este particular al elegir como su sede El Escorial, convirtiendo así aquel retirado paraje en un inesperado, y excéntrico, receptáculo salomónico del saber y, de paso, obligando al arquitecto Juan de

30 Páez de Castro, Juan (s. a.). *Memorial al rey don Felipe II, sobre las librerías*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, p. 27. Disponible en: <http://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=7822>.

31 *Op. cit.*, p. 28.

Herrera a modificar los planes iniciales del monacal palacio erigido en la sierra madrileña. Ello no significó reducir el alcance del diseño inicial, todo lo contrario. La Escorialense se terminaría situando en un enclave privilegiado del monumental edificio, encima de su entrada principal y con vistas al Patio de los Reyes. La especial disposición de la biblioteca en forma de amplio salón abovedado, decorado con frescos de Tibaldi, rodeado de esculturales librerías talladas en maderas nobles procedentes de las Indias y apoyadas sobre las paredes, con los volúmenes expuestos de forma vertical y sus cortes dorados a la vista, fue, asimismo, muestra de la prominencia que el rey confería a esta empresa, a la que dedicó cuantiosos recursos materiales y humanos³². Entre estos, se contó también, y sobre todo, la movilización del amplio aparato diplomático de la monarquía. Así consta, por ejemplo, en la instrucción que el rey dio a Montano antes de su partida a Amberes, fechada el 25 de marzo de 1568, en la que le pedía que actuara como una suerte de «criador» de las listas de libros recomendados por los embajadores antes de su adquisición y envió a El Escorial:



Y por eso he mandado también a Don Francés de Álava, mi Embajador en Francia, que procure de haber los mejores libros que pudiere en aquel reyno y vos habéis de tener inteligencia con él sobre esto, que yo le mandaré escribir que él haga lo mismo con vos y que antes de comprarlos os envíe la lista de los que se hallaren y de los precios dellos, para que vos le advirtáis de los que habrá de tomar o dexar y lo que podrá dar por cada uno dellos; y que os vaya enviando a Anvers lo que así fuere comprando para que vos los reconozcáis y enviéis acá todos juntos a su tiempo³³.



32 Me he ocupado del maridaje entre la proyectada Biblioteca Laurentina y la totalidad del proyecto escorialense, concebido como un Casa de Salomón, además de como monasterio, palacio y mausoleo, en Martínez Montes, Luis Francisco, *España. Una historia global*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, 2018.

33 González Carvajal, Tomás, «Elogio histórico del Doctor Benito Arias Montano». *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1832, t. VII, p. 143.

Así sucedió. Durante su estancia allende los Pirineos, entre 1568 y 1575, fueron numerosas las ocasiones en las que Arias Montano, premunido con las instrucciones reales, se puso en contacto con los embajadores españoles en París, Roma, Venecia y otras capitales bibliófilas para hacer uso de sus servicios, ya fuera con el fin de que se hicieran cargo temporalmente de las compras de libros que iba realizando o para solicitarles que utilizaran sus redes de información y a sus agentes para llevar a cabo nuevas adquisiciones.

A partir de estos precedentes, sumados a la firme voluntad regia, fue asentándose y creciendo de forma un tanto desordenada la biblioteca de la que Arias Montano fue nombrado, en 1576, librero mayor. Así relata un contemporáneo suyo, el padre Juan de San Jerónimo, las circunstancias que llevaron a su designación y las muchas virtudes que le adornaban para ocupar tan alta responsabilidad:



En primero de marzo de 1577, por mandato del Rey nuestro Señor vino a este Monasterio el doctor Benedicto Arias Montano, Capellán de S. M. y comendador de la Orden de Santiago, etc., a visitar, expurgar y ordenar la librería Real de Sant Lorenzo, como persona que tiene las partes necesarias para empresa tan principal y de tanta confianza como ésta. Y las cosas que concurrieron en este doctor son éstas: la primera ser un buen letrado y teólogo, y muy visto en todo de ciencias y lenguas, hebrea, y caldea, griega y latina, siríaca y arábica, alemana, francesa, toscana, portuguesa y castellana, y todas las sabía y entendía como si en estas naciones se hubiera criado... Su trato y conversación era de un santo; su humildad sobrepujada a la de todos cuantos con él trataban. Era tan afable que necesitaba a todos que le quisiesen bien y le amasen. Los hombres doctos procuraban su amistad y los caballeros hallaban en él cosas de edificación. Los oficiales, arquitectos, y pintores y personas hábiles hallaban en él cosas que deprender. Estuvo el dicho doctor en esta casa diez meses expurgando la librería, y la distribuyó por sesenta y cuatro disciplinas poniendo aparte lo impreso, y a otra parte lo manuscrito. Dio orden que se pusiesen en

*la librería estatuas romanas y retratos de Sumos Pontífices, y Emperadores, y Reyes, y de personas doctas*³⁴.



Como señala fray Juan de San Jerónimo, tras tomar posesión de su cargo oficial, el flamante bibliotecario real se propuso como primera tarea ordenar los ejemplares ya recopilados antes de su llegada a El Escorial, unos cuatro mil, clasificándolos por lenguas, por el tipo de confección, ya fueran impresos o manuscritos, y por disciplinas, perfeccionando así la clasificación del naturalista y bibliógrafo suizo Conrad von Gesner, teórico renacentista de la Biblioteca Universal. El resultado del esfuerzo fue compilado en tres catálogos, numérico, alfabético y sistemático, en los que quedó reflejada la visión enciclopédica y armónica que del conocimiento tenía Arias Montano. Así lo atestigua quien fuera el principal cronista de la historia de El Escorial, el fraile jerónimo José de Sigüenza:



*Esta librería se asentó la primera vez toda junta en una pieza, que ahora sirve de dormitorio a los novicios, y el doctísimo Arias Montano, como quien tenía tan cabal noticia de las lenguas y disciplinas, la fue dividiendo, asentando cada lengua por sí, que como eran los principios y no se habían juntado tanta copia de libros pudieron caber allí tantas divisiones, y en cada una de las lenguas hizo otra división, asentando lo impreso a una parte y lo de mano a otra, y después otra división en cada una de estas divisiones de impreso y de mano y de lengua, hacía que estuviese cada facultad por sí. Y dividió la librería en cada una de las lenguas en sesenta y cuatro facultades, que servirá de mucho tener conocimiento de ellas y el orden que tienen*³⁵.



34 Citado en Flórez, Ramiro, «Felipe II, Arias Montano y fray José Sigüenza en la ordenación de los saberes de El Escorial», en Flórez, Ramiro: *Felipe II y su época. Actas simposium (II)*. San Lorenzo de El Escorial: Estudios Superiores de El Escorial, 1998, p. 571.

35 Sigüenza, José de, *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Valladolid, 2000, t. II, p. 623.

Insistiendo en el alcance ecuménico de la biblioteca que tenía en mente, el propio Arias Montano escribió así al monarca:



Haviendo su Md. ordenado de poner en Sanct Lorencio el Real una librería digna de su nombre y grandeza y diputado para ello la más grande pieza y más apropósito que se puede hallar en toda Europa, la cual será capaz de nueve mil cuerpos de libros... la razón y el provecho público piden se enriquezcan de cuantos buenos libros puedan hallarse en todo el mundo, en todas las lenguas y artes... así impresos como escritos de mano³⁶.



«Cuantos buenos libros puedan hallarse en todo el mundo, en todas las lenguas y artes...»; un plan tan ambicioso como el animado por el extremeño, una suerte de Biblioteca de Babel, tenía una doble faz: por un lado, hacer de la Escorialense un repositorio de la diversidad humana, lingüística y epistemológica; por otro, conferir a dicha variedad cierta unidad y disciplina, reflejadas en una estricta clasificación de las principales lenguas y ramas del conocimiento de acuerdo con los mejores criterios taxonómicos de la época. En esta ambiciosa visión, es imposible no ver en el plan de Montano un reflejo del concebido por Hernando Colón para su inacabada, e inacabable, biblioteca sevillana.

Además de la concepción holística y universalista del saber, otra coincidencia entre el programa de Arias Montano con el de Hernando Colón fue el valor que ambos concedieron al despliegue iconográfico que habría de complementar las respectivas bibliotecas, Escorialense y Colombina, si bien en el caso del primero, dada su profesión sacerdotal y el contexto tridentino en el que se desarrolló su madurez, el elemento teológico cobró más relevancia que el secular y puramente humanista, al que era más adepto el hijo del

36 Citado en Antolín y Pajares, Guillermo, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, el día 5 de junio de 1921*. Imprenta del Real Monasterio de El Escorial, 1921, pp. 26-27.

descubridor. Sabemos fehacientemente que la decoración del friso corrido y la bóveda de la Escorialense, obra de Pellegrino Tibaldi y sus colaboradores, respondió a un plan inspirado por el monarca y desarrollado por Juan de Herrera, el padre Sigüenza y el propio Arias Montano. Se trataba de mostrar precisamente la unidad orgánica entre las distintas ramas del conocimiento, incluyendo no solo las aportaciones clásicas griega y latina, sino también, idea cara al sabio extremeño, la hebrea y árabe, y su progresión hasta la verdad revelada. En efecto, correspondiéndose a la propia disposición en materias de los libros, las escenas pintadas por Tibaldi representan a las siete artes liberales: gramática, retórica y dialéctica –el *trivium*– y aritmética, música, geometría y astrología –el *quadrivium*–, acompañadas por efigies de sus principales cultivadores. A su vez, en los testeros de la Biblioteca se desplegaron las personificaciones de la filosofía y de la teología, dotando así de unidad visual al conjunto.



La perfecta armonía entre la biblioteca y el programa visual mostrado en su bóveda y frisos se debió a la conjunción de las ideas de Arias Montano, Juan de Herrera, el padre Sigüenza y el pintor Pellegrino Tibaldi.



Libro de las utilidades de los animales de Ibn al-Durayhim al-Mawsili, en el fondo arábigo de la Biblioteca de El Escorial.

Como todo amante de los libros sabe, las bibliotecas son organismos vivos y tienden a expandirse naturalmente. Así pasó con la Escorialense, que creció con sucesivas incorporaciones. Desde su nombramiento como librero mayor, y conforme a su declarada ambición, Arias Montano continuó la política de atraer a esta fondos procedentes de orígenes dispares: traslados de bibliotecas monacales, donaciones de nobles e intelectuales, legados testamentarios, adquisiciones diplomáticas e incluso botines de guerra, como fue el caso de la veintena de códices persas, árabes y turcos obtenidos en Lepanto, entre ellos el famoso Alcorán que lleva el nombre de la gran batalla naval, o, más tarde, gran parte de la biblioteca del sultán de Marruecos Muley Zidán, con más de cuatro mil volúmenes, transportada en un bajel francés apresado en 1612 por una escuadra española en el Mediterráneo. No ha de extrañar que el fondo de libros arábigos llegara a ser el segundo más numeroso en El Escorial, tras el de los latinos. Nutrida fue también la sección de libros en hebreo; destaca al respecto el legado de Juan Paéz de Castro en 1570, en el que se

encontraba la renombrada *Gramática hebrayca* de Alfonso de Zamora, y el del cardenal de Burgos, Francisco de Mendoza, en cuya posesión estaban los comentarios de Ibn Ezra al Cantar de los Cantares. También el embajador en Lisboa, Juan de Borja, adquirió en 1573 una partida de libros hebreos sobre medicina, astronomía y lexicografía que pasaron a las salas de la Biblioteca Laurentina.



Don Diego Guzmán de Silva, dibujo anónimo del siglo xvi. National Portrait Gallery, Londres.



Retrato de Diego Hurtado de Mendoza (probable), de Tiziano, circa 1540. Palacio Pitti, Florencia.

En 1576 se produjo, además, la incorporación a la Escorialense de la excelente biblioteca del humanista y diplomático Diego Hurtado de Mendoza. Poeta renombrado y embajador en Londres, Venecia y Roma, Mendoza había reunido a lo largo de sus viajes por la península y por el resto de Europa una considerable cantidad de obras de clásicos griegos y latinos. Como afirma su coetáneo Ambrosio de Morales en sus *Antigüedades de las ciudades de España*:

Y porque con sus grandes cargos residía en diversos lugares, y su librería era en todos tan grande, que no podía tan presto mudarse: tomaba otros códices nuevos de los autores que más amaba, y volvíalos a pasar como si antes no los hubiera pasado. Así se ven en su librería dos y tres obras de unos mismos autores. [...] De este gran amor que ha tenido a las letras, ha resultado el singular provecho de tener, como tenemos, tantos y tan insignes autores griegos, que antes no teníamos. Pues nos hizo traer de Grecia muchas cosas de los santos Basilio, Gregorio Nazianzeno, Cyrilo, y de otros excelentes autores, a todo Arquímedes, de Heron, de Appiano Alexandrino, y de otros³⁷.

Auténtico cazador de libros, Diego Hurtado de Mendoza no dudaba en contratar a copistas con formación lingüística y enviarles a Grecia y a los territorios de la antigua Bizancio bajo control turco con el fin de adquirir manuscritos que eran luego reproducidos y catalogados de forma cronológica. Así llegó a formar una colección de varios cientos de ejemplares, que también incluía obras de autores italianos contemporáneos y otras que conformaban un considerable fondo arábigo. Todos ellas, junto con el resto de sus bienes, pasaron a Felipe II, nombrado heredero universal a la muerte del noble, y de la posesión del monarca, a los plúteos de la Escorialense.

³⁷ Morales, Ambrosio, *Antigüedades de las ciudades de España*. Alcalá de Henares: Iñiguez de Lequerica, 1575.

Hurtado de Mendoza no fue el único diplomático que contribuyó al engrandecimiento de la Biblioteca con sus aportaciones en vida y póstumas. Además del ya mencionado Francés de Álava, embajador en Francia a quien Felipe II encomendó personalmente que asistiera a Arias Montano durante su estancia en Flandes, destacó a este respecto Diego Guzmán de Silva, sucesivamente embajador en Londres y Venecia. A esta última ciudad fue destinado entre 1571 y 1578, y en ella desplegó una extraordinaria labor de diplomacia cultural. En un primer momento, su interés se decantó por la pintura, procediendo a la adquisición de numerosos cuadros de la dinastía artística de los Bassano: el padre Jacopo y sus hijos, Francesco, Leandro, Girolamo y Giambattista. En esta línea, en enero de 1574, comunicaba al monarca el envío a España de una *Historia de Jacob*, uno de los muchos lienzos de los Bassano que colgarían en las colecciones reales y que hoy se encuentran en el Museo Nacional del Prado. En cuanto a los libros, una de sus mejores compras fue parte de la biblioteca del humanista de Corfú Antonio Eparco, negociada con sus hijos tras la muerte de este. Compuesta por sesenta y cuatro manuscritos griegos, la colección había sido ofrecida al duque de Florencia por 1.000 escudos, una cantidad que el noble italiano consideró excesiva. Haciéndose pasar por un intermediario del Convento de San Agustín de Salamanca, y así evitando que se supiera su comprador último, el monarca español, lo que habría encarecido enormemente la transacción, el embajador se hizo con los ejemplares rechazados por su rival por el precio mucho menor de 300 escudos.

Partidario de predicar con el ejemplo, y ya que sabía que moriría sin descendencia, Arias Montano decidió en fecha relativamente temprana que también a su fallecimiento su biblioteca particular pasaría a engrosar la Escorialense. El 9 de mayo de 1570, en una carta al rey enviada desde Amberes, ya adelantaba la que habría de ser su voluntad:

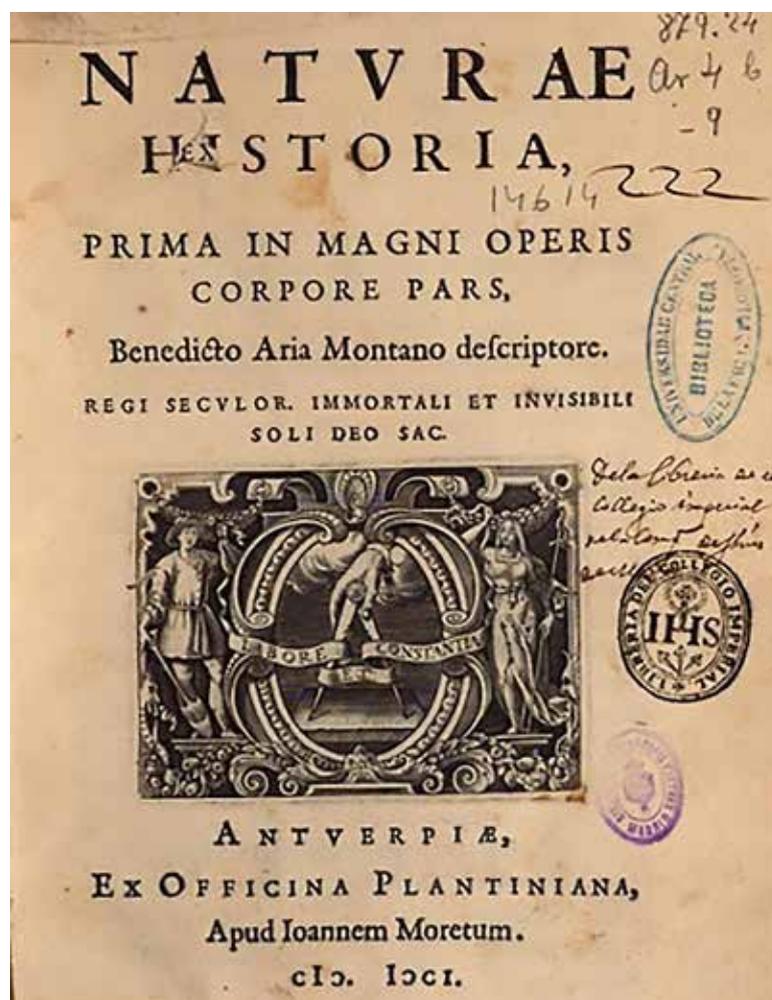
Yo tengo originales que valen más de mil escudos, y no los daría yo por ningún precio para ser quitos dellos. Son hebraicos, griegos, caldeos y latinos y los tengo mandados en mis testamentos a la librería de los originales de vuestra Majestad³⁸.

Una voluntad que se mantuvo firme con varias aportaciones en sucesivas remesas que sumaron más de doscientos volúmenes y que fue corroborada en su testamento, desvelado en 1599, por el que legó a la Biblioteca sesenta y ocho códices, de los cuales treinta y cuatro eran hebreos, veintiocho árabes y seis griegos.

Por otra parte, los intereses intelectuales y el afán coleccionista de Arias Montano no se limitaron a la palabra manuscrita o impresa, sino que se extendieron a otros ámbitos relacionados con las ciencias naturales, a las que se dedicó con mayor ahínco en los últimos años de su vida. Cuando podía eludir sus responsabilidades como bibliotecario regio, puesto que le fatigaba y que fue abandonando progresivamente para retirarse definitivamente en 1592, aprovechaba para retomar los contactos con sus amigos del círculo sevillano y ponerse al día de los últimos adelantos y descubrimientos. Uno de esos amigos era Simón de Tovar, un médico y botánico de origen portugués, pero establecido en España desde la juventud. Al igual que otros polímatas y tempranos naturalistas fascinados por América, como el propio Hernando Colón, Rodrigo Zamorano o Nicolás Monardes, Tovar creó un huerto con plantas medicinales traídas de allende el océano, con las que experimentó para conocer mejor sus efectos sobre la salud y con cuyos derivados realizó lucrativos negocios. También entabló, como sus predecesores, correspondencia con los ambientes científicos del norte de Europa, sobre todo con los autores flamencos que habitaban en territorios de la Monarquía Hispánica, caso de Carolus Clusius o Rembert Dodoens. A esta ampliación de su horizonte vital contribuyó su amistad con Arias Montano, a quien probablemente había conocido a través de la familia de su segunda esposa,

38 Salva, Miguel, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Madrid, 1842-1914, t. XLI, p. 178.

Isabel de Acosta. Fue también gracias a Montano que Tovar pudo ver publicadas varias de sus obras sobre farmacopea en la imprenta de Plantin, dando a conocer sus investigaciones a un público más internacional. En agradecimiento, a su muerte Tovar dejó a su amigo su huerta, dedicada sobre todo a la aclimatación de raros especímenes americanos e ibéricos, y su semillero, así como varios instrumentos de medición y útiles cartográficos.



La *Historia natural* de Arias Montano marcó un punto de inflexión en el estudio de las ciencias naturales en la Monarquía Hispánica. La portada corresponde a la edición impresa en 1601 en la Oficina Plantiniana de Amberes.

cos, pues era muy aficionado a la cosmografía y a las artes de la navegación. Este legado vino a sumarse a las propias colecciones de *naturalia* y *artificialia* que Montano había ido acumulando durante sus viajes y que utilizó para avanzar la empresa intelectual que le ocupó en sus años postreros, hasta su fallecimiento en 1598: la escritura de una *Historia natural* que reconciliara los descubrimientos de la época con las Sagradas Escrituras y que fue publicada póstumamente en Amberes en la imprenta de su viejo amigo Plantin. Largo tiempo olvidada, pero hoy objeto de renovado interés, la *Historia natural* de Arias Montano es considerada, por una parte, como culminación del giro empírico comenzado a inicios del siglo XVI y protagonizado en buena medida, como hemos visto, por los autores ibéricos, y, por otra, como el inicio de la desviación respecto de este que se constataría a finales de la misma centuria entre los círculos ilustrados de la Monarquía Hispánica y que fue alejándolos de la llamada revolución científica del siglo XVII³⁹.

39 Véase, por ejemplo, la reciente obra de Portuondo, María M., *The Spanish disquiet: the biblical natural philosophy of Benito Arias Montano*. Chicago: The University of Chicago Press, 2019.

EL MARQUÉS DEL CARPIO O LA PASIÓN BARROCA



Proyecto decorativo para friso y cornisa con bustos de mujeres, de Ludovico Carracci, *circa* 1580. Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, procedente de la colección del marqués del Carpio.

En sus años finales, el Arias Montano que en su juventud y madurez había conseguido conciliar su vocación por los estudios bíblicos y literarios con su interés por el mundo empírico se fue decantando hacia una visión de la realidad y del conocimiento de tintes claramente neoplatónicos y herméticos, en la que todo lo existente en el mundo sensible era concebido como un trasunto simbólico de la voluntad divina y los objetos naturales y artificiales, como los coleccionados en los gabinetes y bibliotecas de la época eran considerados signos cuyo desciframiento permitiría acercarse a la verdad última en ellos reflejada. De hecho, la colección privada de maravillas naturales que Montano legó a su discípulo predilecto, Pedro de Valencia, estaba compuesta por piedras preciosas y plantas atesoradas por sus resonancias bíblicas. De forma similar, la propia Biblioteca Escorialense, en cuya organización participó de forma tan decisiva el sabio extremeño, estaba imbuida de una consideración providencial, pues su sentido último consistía en incardinar el mundo sensible y los instrumentos adecuados para examinarlo, ya fueran libros, mapas o aparatos de medición y observación, en el orden divino, al cual servía la monarquía católica.

El equilibrio difícilmente alcanzado entre las dimensiones empírica, humanista y providencial característico del siglo xvi hispánico fue así, avanzado el reinado de Felipe II, cediendo ante una concepción cada vez más teocéntrica del saber, lo que tuvo su correlato en el progresivo declive del afán coleccionista orientado hacia la naturaleza o, en todo caso, hacia una convivencia armónica de los *naturalia* y *artificialia* en los gabinetes de la época. Esta tendencia se compensó durante el siguiente siglo por una auténtica eclosión del coleccionismo orientado hacia las bellas artes, especialmente hacia la pintura, el dibujo y la escultura. Los gabinetes renacentistas fueron de esta forma dando paso en España al gabinete eminentemente barroco, al igual que la figura del coleccionista erudito, dedicado al estudio y atraído por una vida retirada, como Hernando Colón o Arias Montano, fue derivando hacia el tipo de coleccionista más implicado en los asuntos mundanos, para quien sus adquisiciones eran reflejo de su estamento, amén de instrumento para avanzar sus pretensiones sociales y políticas.

Una de las figuras que mejor representaron esta transición, aunque todavía a caballo entre ambas tradiciones, fue don Gaspar de Haro y Guzmán, conde de Morente, marqués de Heliche y del Carpio, duque de Montoro y conde-duque de Olivares. Nacido el 1 de junio de 1629 en el seno de una gran familia aristocrática cercana a la Corte —su padre, don Luis Méndez de Haro y Guzmán, llegaría a ser valido de Felipe IV—, sus primeros años transcurrieron en plena Guerra de los Treinta Años, cuando los ejércitos de la Monarquía Hispánica luchaban en una multiplicidad de frentes con dispar suerte. Lejos de la versión catastrofista del siglo xvii que cierta historiografía ha tenido a bien, o cabría decir «a mal», diseminar, lo cierto es que España mantuvo una resiliencia ciertamente encomiable a lo largo de aquel período, como lo demuestra el que continuara gobernando sobre el mayor imperio ultramarino occidental hasta finales del siglo xviii⁴⁰. Ello fue así gracias a una capacidad de adaptación política, administrativa y militar muchas veces oculta bajo el tópico de la rigidez e intransigencia hispánicas y, también, a la extraordinaria calidad de su despliegue diplomático, considerado el mejor de Europa durante el siglo xvi y parte del siglo xvii⁴¹.

El marqués del Carpio llegó a formar parte de esa eficaz red al servicio de la pervivencia de la Monarquía Hispánica, a la que sirvió en el transcurso de una vida ciertamente azarosa, marcada por la ambición política, a menudo frustrada, la curiosidad por el saber y la pasión por el coleccionismo. De esa pasión, heredada de su padre y manifestada muy tempranamente, da muestra el que llegara a poseer, entre sus más de tres mil obras de arte, uno de los cuadros más emblemáticos de la historia de la pintura, la llamada *Venus del espejo* de Velázquez, así como otro del mismo genio que recientemente alcanzó celebridad al ser subastado por la casa Sotheby's: el retrato de Olimpia Moidalchini, conocida como «la Papisa», cuñada y supuesta amante del papa Inocencio X.

40 Véase al respecto la obra de Storrs, Christopher, *La resistencia de la monarquía hispánica, 1665-1700*. Madrid: Editorial Actas, 2013.

41 Mattingly, Garret, *Renaissance diplomacy*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1955.



| *Retrato de Olimpia Maidalchini*, por Velázquez, 1650.



| *Venus del espejo*, por Velázquez, circa 1651. National Gallery, Londres.

Además de las herencias recibidas y sus primeras compras en España, el marqués del Carpio adquirió parte de las piezas que formaron sus fabulosas colecciones durante su estancia en Italia, donde sirvió como embajador en Roma y como virrey de Nápoles, los dos puestos con los que culminó su *cursus honorum* tras varios reveses y sinsabores que en alguna ocasión le llevaron a prisión y a punto estuvieron de costarle la vida⁴². Las complicaciones de su biografía tuvieron que ver tanto con su carácter —era un hombre culto y de exquisita conversación, pero dado también al libertinaje e impetuoso— como con las vicisitudes de los reinados de Felipe IV y Carlos II, a las que no eran ajenos los enfrentamientos entre las

42 Sobre la biografía del marqués del Carpio, véase Fernández-Santos Ortiz-Iribas, Jorge, «No minorar la memoria de mis pasados. Apuntes para una biografía política de Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio». *Cuadernos de Historia Moderna*, 2020, 45, n.º 2, pp. 689-715.

distintas facciones nobiliarias. Sus comienzos, sin embargo, fueron prometedores. En su infancia, Gaspar de Haro pudo gozar de la cercanía a la Corte que le procuraba el linaje de sus progenitores, pues, además de los títulos de su padre, acompañados de enormes propiedades en Andalucía, su madre, Catalina Fernández de Córdoba, era descendiente del Gran Capitán e hija de Enrique de Aragón, duque de Segorbe y Cardona. Ello favoreció que de niño entrara al servicio del príncipe Baltasar Carlos, cuyo retrato ecuestre pintado por Velázquez es hoy una de las joyas del Museo Nacional del Prado y cuya amistad cultivó hasta la prematura muerte de aquel. Conforme fue entrando en la juventud, sus responsabilidades hubieran debido ir creciendo, pero la enemistad de su padre con el entonces válido real, su tío abuelo, el conde-duque de Olivares, frenaron su carrera política y militar. Ello no le llevó al retraimiento, todo lo contrario. Aunque su fealdad era legendaria y parece que sufría de esporádicos ataques de epilepsia, supo compensar su poco agraciada presencia con un indudable encanto que no dudaba en utilizar para medrar en sociedad y asentar una bien ganada fama de donjuán. Tras numerosos devaneos, su capacidad de seducción y su alta cuna le permitieron obtener la mano de la joven más bella y deseada en el Madrid de la época, Antonia María de la Cerda, hija del duque de Medinaceli. El matrimonio, celebrado en 1651, pareció favorecer la conquista de más altas cotas de poder para don Gaspar, una posibilidad reforzada por el hecho de que, tras la caída del conde-duque de Olivares en 1643, su padre, don Luis, había obtenido el codiciado cargo de válido real. Su progresión, sin embargo, fue lenta, quizá porque la posición de su progenitor era precaria, amenazada como estaba su cercanía al rey por los propios celos de este, escaldado por la experiencia con el conde-duque, y por las envidias de otras dinastías aristocráticas. Proclive a la caza, a los festejos y al mundo del teatro, don Gaspar de Haro, fue nombrado como compensación alcaide de los reales bosques de El Pardo, Balsaín y la Zarzuela, montero mayor y gentilhomme de cámara del Rey. En 1658, obtendría también el cargo de alcaide del Buen Retiro, cuya principal tarea era la organización de divertimentos para la Corte. Era esta una responsabilidad mucho mayor de lo que el mero título pudiera dar a entender, pues los festejos en el Antiguo Régimen eran uno de los principales medios para ensalzar el poder de la monarquía, sobre todo en un período en el que su prestigio estaba al albur de la

sucesión de victorias y derrotas en los muchos frentes en los que estaba envuelta. De hecho, desde la década de 1640, la crisis general europea derivada de la Guerra de los Treinta Años se había complicado con las revueltas que en la propia península estallaron en Portugal, Cataluña y Andalucía, y que estuvieron en el origen de la caída en desgracia del otrora intocable conde-duque de Olivares. Consciente y convencido del poder de las imágenes y de la proyección cultural para compensar los reveses geopolíticos, Gaspar de Haro –o el marqués de Heliche, título por el que fue conocido hasta la muerte de su padre en 1661, cuando heredará el título de marqués del Carpio– se lanzó a organizar todo un despliegue de actos teatrales y festivos con gran aparato de arquitecturas efímeras y a patrocinar autores y obras impresas cuyo fin era mostrar al mundo, empezando por los propios súbditos de la monarquía, que España todavía estaba a la cabeza del más poderoso imperio de la época y que sus recursos materiales, intelectuales y creativos todavía no estaban agotados.



| Planta de la ciudad de Cabo Verde, en el *Atlas del marqués de Heliche*, 1655.



| Planta del puerto del Callao, en el *Atlas del marqués de Heliche*, 1655.

Ejemplo de esta estrategia de prestigio cultural fue la protección que el marqués dispuso a Calderón de la Barca y la promoción no solo de sus obras teatrales, expuestas con vistosas escenografías, a menudo debidas al genio del ingeniero italiano afincado en Madrid Baccio del Bianco, sino también de un género semioperístico del que el dramaturgo fue pionero y que sería conocido como la zarzuela. Otra muestra de esa política, aunque en un registro distinto, fue el encargo de un atlas dedicado a las plantas de diferentes plazas de España, Italia, Flandes y las Indias, culminado en 1655. En esta obra, con dibujos del pintor italiano Leonardo de Ferrari, se mostraban ciento treinta y tres planos y descripciones de fortalezas y batallas en distintos lugares del mundo hispánico. La base del trabajo fueron los mapas y grabados de la biblioteca del conde-duque de Olivares, gran aficionado a la cartografía, heredada por don Luis de Haro y luego por el hijo de este. Obra de una

indudable calidad visual y de enorme interés historiográfico, permaneció, sin embargo, inédita durante mucho tiempo, pues, finalmente, nunca fue publicada, quizá por el alto valor estratégico de las plazas en ella mostradas. A la muerte del marqués del Carpio, las deudas contraídas tras una vida dedicada al coleccionismo eran tales que parte de su herencia tuvo que ser puesta en almoneda por sus descendientes. El atlas referido fue adquirido por el diplomático y erudito sueco Johan Gabriel Sparwenfeld, de paso por Madrid en 1689, y es custodiado en nuestros días en el Archivo Militar de Estocolmo⁴³.

Uno de los hitos de la carrera cortesana de don Gaspar fue su participación en la organización del protocolo y escenografía del encuentro, que tuvo lugar el 7 de junio de 1660, entre Felipe IV y Luis XIV en la Isla de los Faisanes, en el que se selló la Paz de los Pirineos, negociada por Luis de Haro y el cardenal Mazarino, y la entrega como esposa de la hija del monarca español, María Teresa, al rey francés. Es sabido que fue Velázquez, en su calidad de aposentador real, el principal encargado de preparar y decorar el pabellón español, pero el marqués de Heliche no perdió la ocasión para aportar sus dotes teatrales y dejarse ver, lo que provocó la incomodidad del pintor. La delegación francesa, informada sobre los gustos y ambiciones de quien, después de todo, era el hijo del valido que había negociado la paz por parte española, no perdió ocasión de sondearle e intentar ganarle para su causa. El propio Mazarino, amante de los libros y del arte, le regaló una Biblia Regia ricamente encuadernada y, a cambio, intentó negociar, sin éxito, la compra de varios cuadros de la colección del marqués, sobre cuya calidad ya tenía noticias. Sin duda, la atención que le prestó uno de los hombres más poderosos en la Europa del momento tuvo que suponer un gran alimento para su vanidad y quizá le hizo pensar que mayores glorias le esperaban. El destino, sin embargo, le tenía reservada otra suerte.

43 Testón Núñez, Isabel; Sánchez Rubio, Rocío; Sánchez Rubio, Carlos, «Plantas de diferentes plazas de España, Italia, Flandes y las Indias. El Atlas del Marqués de Heliche, Marqués del Carpio», en *Reales Sitios, Revista del Patrimonio Nacional*, año XLI, n.º 162, 4.º trimestre de 2004, pp. 30-41. El atlas puede consultarse en su versión digital en la siguiente dirección: <http://4gatos.es/editorial/atlas-del-marques-de-heliche/>.

Pese a los éxitos escenográficos y propagandísticos de don Gaspar, el fallecimiento un año más tarde de su padre, cuya estrella había comenzado a declinar tras sucesivas derrotas sufridas por las armas españolas en el frente portugués, le situó en una difícil tesitura. El principal rival de los Haro, el duque de Medina de las Torres, maniobró para obtener el valimiento, al que también aspiraba nuestro protagonista. Como primer paso, el duque obtuvo el título de alcaide del Buen Retiro, privando así a don Gaspar, ahora ya marqués del Carpio, de su principal fuente de influencia y patronazgo. Para empeorar más su posición, el propio don Gaspar perdió el favor real, al parecer por una disputa acerca de un cuadro heredado de su padre y reclamado por el monarca. Probablemente se tratara de un ahora desaparecido lienzo de Rafael que representaba a la Sagrada Familia, que el marqués se negó a entregar a Felipe IV. Finalmente, el acontecimiento que precipitó su caída fue el verse involucrado en el supuesto intento de regicidio acaecido durante el carnaval de 1662.



Fiesta en un palacio barroco, por Francesco Battaglioli, 1750. Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.

Sucedió que, durante los preparativos para la representación en el Coliseo del Buen Retiro de una obra de Calderón de la Barca, *El hijo del sol, Faetón*, a la que debía asistir Felipe IV, se descubrieron varios cartuchos de dinamita escondidos sobre el escenario. Durante las pesquisas para identificar a los responsables, uno de los detenidos fue un esclavo morisco del propio marqués del Carpio. Este, ya fuera porque era realmente responsable del intento de atentado o porque temía ser acusado falsamente por sus enemigos en la Corte, encargó envenenar a su sirviente antes de que hablara bajo tormento. Ello no hizo más que agravar su situación, pues el aristócrata fue apresado, juzgado y, a la postre, salvado del cadalso por la gracia real, aunque no pudo librarse de una condena a dos años de pena de cárcel, a ocho de destierro y a pagar una cuantiosa multa de 10.000 ducados.

El episodio de la pólvora nunca ha sido plenamente dilucidado. Si el marqués del Carpio estuvo realmente detrás de los hechos, es probable que su objetivo no fuera el monarca, sino su némesis, el duque de Medina de las Torres, a quien quizá intentó, si no asesinar, al menos desacreditar mostrándole como incapaz para velar por la seguridad del rey. O quizá todo fue una fabricación ideada por el propio duque para librarse de su principal rival en el camino al valimiento. Sea como fuere, tras ser condenado, don Gaspar solicitó que la pena de prisión le fuera conmutada por el servicio militar en los ejércitos que se dirigían al frente portugués al mando de Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV y una de las personalidades más destacadas de su reinado y del inicio del de su sucesor Carlos II. La conmuta le fue concedida y don Gaspar, pese a su constitución enfermiza, participó en la campaña que culminaría con la desastrosa derrota de las armas españolas en la batalla de Ameixial, en junio de 1663. Hecho prisionero por los portugueses, fue trasladado a Lisboa y encerrado en el castillo de Belem, donde permaneció durante cuatro años. Durante su encarcelamiento falleció Felipe IV, en septiembre de 1665, dándose así fin a un largo período, cuarenta y cuatro años, de reinado. Su viuda, Mariana de Austria, se convirtió en reina regente, dejando las tareas de gobierno en manos de una Junta y de su valido, el jesuita austríaco Juan Everardo Nithardt. Este se empeñó, como una de sus primeras medidas, en firmar la paz con Portugal, aunque ello significara reconocer oficialmente una

independencia que ya lo era *de facto* desde 1640. Por suerte para don Gaspar de Haro, en la Junta de Gobierno de Madrid había varios nobles afines a su linaje, quienes maniobraron para que, aprovechando que ya estaba a su pesar en la capital lusa, fuera nombrado como plenipotenciario en las negociaciones que comenzaron por intermediación de Inglaterra. Fue una oportunidad que el marqués del Carpio no desaprovechó, dando muestras de brillantes dotes diplomáticas que culminaron, el 13 de febrero de 1668, con la firma del Tratado de Lisboa. Con todo, si con ello esperaba verse rehabilitado y así poder relanzar su carrera en la Corte, ahora bajo una nueva constelación de poder, sus esperanzas pronto se vieron frustradas, pues tan solo le fueron otorgados algunos cargos de segundo nivel. Ni siquiera le fue de gran ayuda su segundo matrimonio, en 1671, con doña Teresa Enríquez de Cabrera, hija del influyente Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, X Almirante de Castilla y VI duque de Medina de Rioseco, tras haber enviudado en 1669.



| Retrato del marqués del Carpio en Lisboa, circa 1670, anónimo. Museo del Traje, Madrid.

Carcomido por los desplantes y envuelto en varios litigios con la familia de su primera mujer por la partición de su herencia, el marqués del Carpio dedicó parte de sus energías a organizar una parte de su ya considerable biblioteca, la cual estaba conformada, además de por los libros que formaron parte de su educación juvenil, por los legados de su padre y de su tío abuelo el conde-duque de Olivares, también impenitente bibliófilo, e incrementada con los ejemplares que adquirió durante su forzada estancia en Portugal. De ese temprano y parcial inventario se desprende que sus intereses se decantaban hacia los temas jurídicos, históricos, filosóficos —tenía varias obras de Descartes— y los relacionados con las ciencias teóricas y su aplicación práctica, sobre todo en el terreno de la milicia, la cosmografía y la hidrografía⁴⁴.

Parece que el marqués había mostrado ya su gusto por las ciencias, en particular por las matemáticas, desde sus años de colegio con los jesuitas, pero fue durante su período de cautividad en Lisboa cuando tuvo ocasión de cultivar con más esmero esta faceta de su personalidad. Mientras negociaba allí el Tratado con Portugal, trabó amistad con el embajador inglés Robert Southwell, encargado de facilitar el acercamiento entre ambos vecinos ibéricos. Southwell era un hombre atraído por el conocimiento del mundo físico y natural, lo que le hizo acercarse a los círculos de cosmógrafos y naturalistas portugueses, sin duda con el propósito práctico de indagar en la geografía del Imperio luso y en las plantas y semillas que importaba desde sus colonias, facilitando su tránsito hacia Inglaterra. De hecho, en 1690, tras haber servido también como embajador en Bruselas, Southwell fue nombrado presidente de la Royal Society, creada treinta años antes. Parece que el marqués y Southwell, en los momentos que les dejaban libres sus quehaceres diplomáticos, frecuentaron y organizaron tertulias científicas con sus amigos lusos, y el segundo llegó a regalar al español algunos manuales de trigonometría y astronomía que pasaron a su biblioteca particular.

⁴⁴ Véase al respecto Vidales del Castillo, Felipe, *El VII marqués del Carpio y las letras*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2016. Accesible en <https://eprints.ucm.es/id/eprint/38235/1/T37434.pdf>.

Además de los libros, don Gaspar era propietario, en torno a 1670, de una selecta colección de cuadros salidos de los pinceles de Velázquez, Rubens, Van Dyck, Ribera, Giordano o Caravaggio. Nutrida era también su colección de dibujos de grandes artistas, de los que fue uno de los más conspicuos compradores durante la segunda mitad del siglo xvii, hasta llegar a poseer un centenar que mostraba orgulloso, ricamente enmarcados y protegidos por cristales, en los salones de su palacio madrileño. Por un inventario realizado en 1677, se sabe que, antes de su partida de Madrid, contaba con dibujos de Rafael, del taller de Tintoretto, de Luca Cambiaso o de Francisco de Herrera el Joven, a los que añadiría durante su estancia italiana dibujos de Tiziano, Veronese, del propio Tintoretto o de Guido Reni, hasta completar cuarenta y tres álbumes que a su muerte serían dispersados. Hoy, los que no desaparecieron con el paso del tiempo se encuentran repartidos entre distintos museos y colecciones privadas⁴⁵.

Tampoco faltaban entre sus posesiones, como en los gabinetes del Seiscientos, los minerales, las piedras preciosas y todo tipo de mobiliario decorativo. Tenía expuestos muchos de estos *artificialia* y *naturalia* en su madrileño palacio de la Huerta de San Joaquín, cerca del Palacio de Liria, donde recibía a sus deudos y amigos, y desplegaba sus dotes de anfitrión, siempre esperando impresionar a quienes pudieran ayudarlo a avanzar su estancada carrera. Sería injusto, con todo, considerar la suya una colección meramente «de vanidad», pues el marqués daba muestras, a quienes sabían apreciar estas virtudes, de considerar los libros y las obras de arte como medios para perfeccionar su formación y, sobre todo, para ponerla al servicio del mejor gobierno de la monarquía si la oportunidad se le ofrecía.

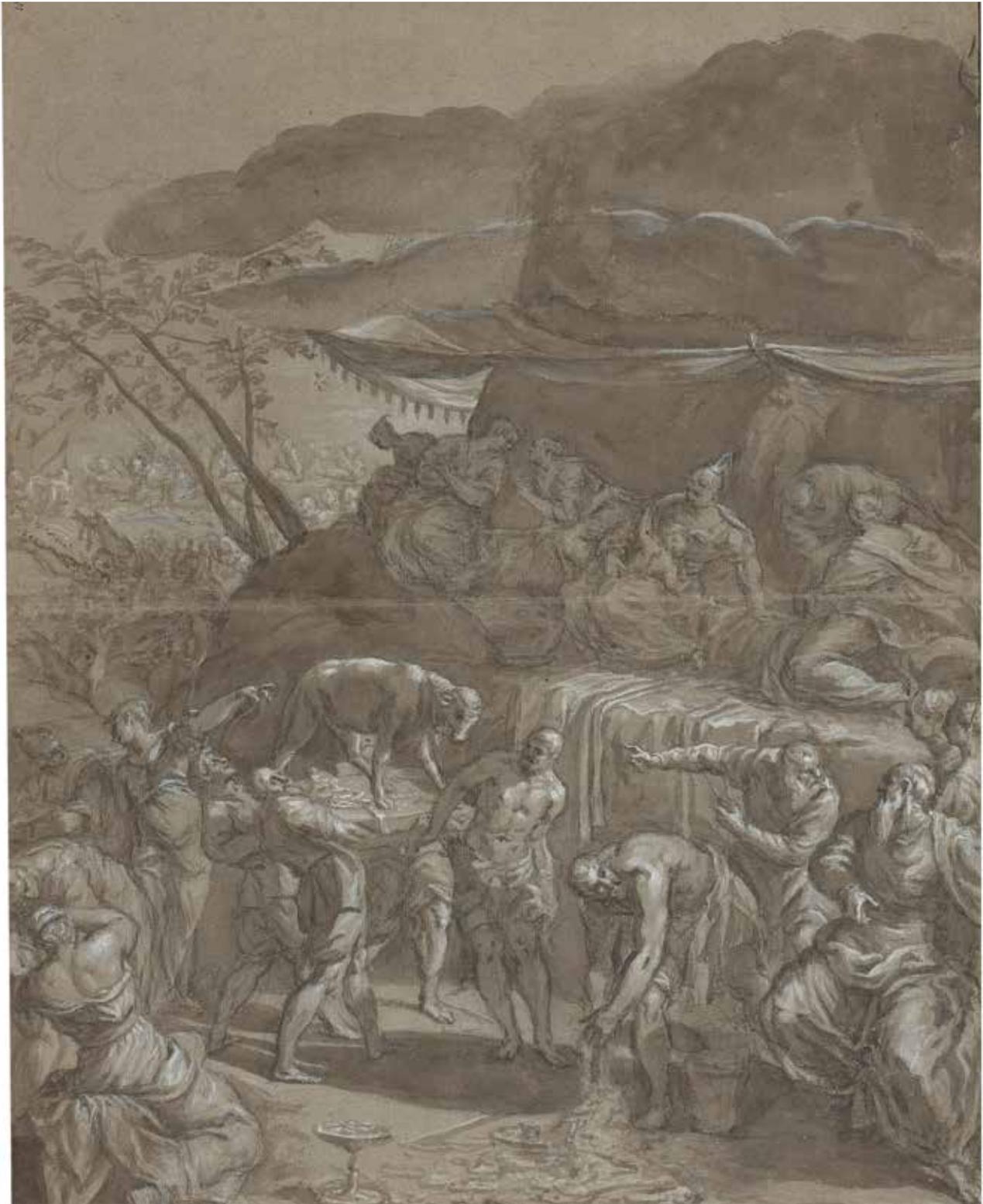
45 López-Fanjul, María, «The Spanish origins of the Marqués del Carpio's collection of drawings». *Master Drawings*, vol. 48, n.º 4, Drawings in Spain (Winter 2010), pp. 463-481.



| *San Francisco de Asís en éxtasis*, Anton van Dyck, 1627-1632. Museo Nacional del Prado.



| *La Sagrada Familia rodeada de santos*, Pedro Pablo Rubens, *circa 1630*. Museo Nacional del Prado.



| Adoración del becerro de oro, círculo de Tintoretto, circa 1600. Museo Nacional del Prado.

Y así fue, aunque no probablemente de la forma que más hubiera anhelado. Tras varios años de espera en vano para conseguir el valimiento que había ya disfrutado su padre, en 1672 fue nombrado embajador en Roma, una forma elegante de mantenerlo alejado de la Corte, donde todavía se recordaba el episodio de la pólvora y los enemigos de su linaje seguían manteniendo posiciones de cierta influencia. Lejos de mostrarse satisfecho, hizo lo posible por demorar su partida, alegando primero el embarazo de su segunda mujer y, más tarde, recurrentes episodios de mala salud. Finalmente, agotadas sus excusas, su partida se produjo en 1677. Comenzaba así la «fase italiana» y última de su vida, que culminaría con su fallecimiento en Nápoles en 1687.

Durante su embajada en Roma, que se extendió desde 1677 a 1682, el marqués tuvo que hacer frente al creciente ascendiente francés sobre el papado y al apoyo galo a los focos de rebelión antiespañoles que se sucedieron en Sicilia y Nápoles, puntales tradicionales de la Monarquía Hispánica. Sin duda, Francia intentaba desquitarse de las dolorosas derrotas que en Italia le habían infligido los ejércitos españoles desde inicios del siglo precedente y buscaba desesperadamente desplazar a su secular rival. Tradicionalmente, además, Madrid había manifestado su influencia en Roma, la capital espiritual de la Cristiandad, a través de la creación de redes clientelares prohispanicas en la curia y entre las familias aristocráticas locales, muchas de las cuales recibían cuantiosos subsidios. La expresión artística, y territorial, de ese «poder blando» fueron monumentos como el Tempietto de San Pietro in Montorio o el llamado «barrio de la Embajada Española», o *quartiere spagnolo*, un amplio conjunto de calles y plazas sometidas a la jurisdicción de la Monarquía Hispánica. Al asumir su cargo, el marqués del Carpio se encontró con el intento por parte del entonces papa Inocencio XI de ir recuperando gradualmente el control sobre aquel espacio ajeno a su poder terrenal⁴⁶. Como medio, el papa empleó la excusa de imponer una mayor austeridad a los fieles de la ciudad, muchos de los cuales eran ya de por sí dados a los excesos, y para ello propuso al embajador español que limitara el despliegue de fastos y dádivas con

46 Dandele, Thomas James, *Spanish Rome 1500-1700*. Yale: Yale University Press, 2002.

los que se venía ganando la voluntad de los habitantes del *quartiere*. Soberbio, el marqués no solo decidió desobedecer al sumo pontífice, sino que, siguiendo el modelo que había implantado durante el período en el que estuvo encargado de organizar los espectáculos públicos y los actos recreativos de la monarquía, se lanzó durante su período romano a una extravagante campaña de fastos con los que pretendía rivalizar en magnificencia y dispendios tanto con el papa como con su principal rival, el embajador de Francia. Al final, fue esa desmesura la que le perdió de nuevo, pues, a la postre, ni Madrid ni Roma estaban dispuestas a que un embajador, por muy noble que fuere, pusiera en peligro las siempre complicadas relaciones entre la Monarquía Hispánica y la Santa Sede. En 1682, cansado de sus desplantes, Inocencio XI llegó incluso a amenazar a Carpio con la excomunión. Rotas las relaciones entre el papa y el embajador español, la Corte de Madrid no tuvo más remedio que tomar cartas en el asunto. La solución que se encontró fue la de cesar al marqués, pero nombrarle inmediatamente virrey en Nápoles. Así se eludían mayores encontronazos con el cabeza de la Iglesia y, al tiempo, se evitaba dar la impresión de que se cedía en exceso ante sus pretensiones.

No todo, empero, fueron conflictos de vanidades. El marqués no había descuidado durante su período de espera en España su amor por el coleccionismo y su interés por los temas científicos e intelectuales. Tampoco lo hizo en Roma, donde, además, proliferaban las tertulias intelectuales y las academias. Entre estas, el Collegio Romano, una institución jesuítica fundada en 1551 por Ignacio de Loyola, era célebre por reunir algunas de las mentes científicas más privilegiadas del momento, como la de Gilles-François de Gottignies, un matemático y astrónomo belga que fue protegido del embajador español, para quien llegó a construir un telescopio, o el mismísimo Athanasius Kircher, cuya importancia en el mundo del coleccionismo barroco ya se ha mencionado. Otro centro de efervescencia cultural era la Accademia Fisico-Matemática de Ciampini, dedicada al estudio de la obra de figuras como Copérnico, Galileo o Descartes. La frecuentación de estos círculos y otros, incluyendo la academia de la reina Cristina de Suecia, quien se había exiliado en Roma tras la revuelta de los nobles protestantes en su reino, dio la idea al marqués del Carpio de

fundar su propia escuela platónica en la sede de la Embajada Española. Aunque hay pocas noticias sobre su composición y funcionamiento, parece que con esta pretendía replicar en la Ciudad Eterna la estrategia de patronazgo de artistas e intelectuales que había seguido en Madrid al servicio de la mayor gloria de la Monarquía... y también de su propia persona. No en vano, en sus años de mayor ascendiente, aunque siempre relativo, en la capital española, él mismo confesaba: «*debo al arte la majestad con que hoy triumpho*». Asociada a este proyecto fue la idea, que no fructificó entonces, de crear una academia de bellas artes en Roma donde se formarían algunos de los más prometedores talentos artísticos de la monarquía. Finalmente, la Academia de España en Roma se fundaría dos siglos más tarde, en el año 1873.



| Academia de España en San Pietro in Montorio, Roma.

La política cultural que con tanto esmero cultivaba el embajador era, además de una estrategia puesta al servicio del Estado, una forma de darse a conocer entre quienes estaban contribuyendo al renacimiento de Roma como foco difusor de ideas y modas artísticas. Una vez pasaban a formar parte de su red clientelar, el marqués esperaba que en sus obras no se olvidaran de ensalzar su figura. Y no puede decirse que le fuera mal en esa búsqueda y consecución del renombre entre sus contemporáneos y para la posteridad. En 1684, el conocido poeta italiano Sebastiano Baldini le dedicó siete sonetos en su obra *Il tempio della fama*, en los que mencionaba varias efigies dibujadas sobre papel y dedicadas a resaltar las virtudes del marqués elaboradas durante su estancia en Roma, algunas de las cuales sirvieron como modelo para otros retratos y alegorías que le fueron consagrados durante su virreinato en Nápoles, desde 1683 hasta 1687, y que hoy se conservan en la Biblioteca Nacional de España o en colecciones de Roma y Londres⁴⁷.



Retrato de don Gaspar de Haro y Guzmán, por Philip Schor, Giuseppe Pinacci y Jacques Blondeau, 1683. Biblioteca Nacional de España.

47 López-Fanjul, María, «Las representaciones de don Gaspar de Haro y Guzmán, VII marqués del Carpio: retratos, alegorías y emblemas». *Archivo Español de Arte*, XXXVI, 344, octubre-diciembre, 2013, pp. 291-310.

De especial relevancia durante su etapa romana fueron las compras, más de mil piezas, que el marqués realizó para completar la colección de pintura y escultura que había dejado en España, que ya era excepcional de por sí. Notoria fue la adquisición del legado del cardenal Camilo Massimi, antiguo nuncio apostólico en Madrid, conocido, además de por su carrera eclesiástica, por ser confidente de Velázquez, quien le retrató y varias de cuyas obras poseyó, mecenas de Poussin y reconocido intrigante político. Entre las piezas que Carpio obtuvo mediante esa transacción se encontraron, además de cuadros como la antes referida «papisa» de Velázquez, numerosas muestras de mobiliario, alhajas, elementos decorativos y, sobre todo, esculturas clásicas, como el *Ganímedes* hoy en El Prado, y varias esculturas egiptizantes. Algunas de estas últimas, datadas probablemente de finales del Egipto dinás-



El exquisito *Ganímedes*, escultura clásica del siglo II d. C., adquirido por el marqués del Carpio en la almoneda romana del cardenal Camilo Massimi. Museo Nacional del Prado.

tico, más tarde ornamentaron, ya bajo el reinado de Felipe V, el Palacio de San Ildefonso y fueron recogidas en el famoso cuaderno de dibujo de Ajello, hoy también en El Prado. Roma le sirvió, asimismo, de base para realizar compras de pintura en el mercado veneciano, a cuyo fin el marqués empleaba como agente privilegiado a Antonio Saurer, por cuya intermediación llegó a adquirir, entre otras obras maestras, una *Magdalena penitente* de Tiziano y varios cuadros de Tintoretto, que se sumaron a los muchos de este pintor, uno de sus favoritos, que ya poseía en Madrid.

Terminada su etapa romana de forma prematura debido a su enfrentamiento con el papado, el marqués del Carpio fue nombrado virrey de Nápoles. Lejos de corregir su soberbio comportamiento, el virreinato napolitano exacerbó su gusto por el exceso, pero también le permitió demostrar unas dotes de estadista que hasta entonces no había tenido la oportunidad, o la voluntad, de lucir. A su llegada a principios de enero de 1683 a la ciudad partenopea, el dominio español estaba todavía resentido por los efectos de la conocida como Rebelión de Masaniello, un pescador y contrabandista local, acaecida en julio de 1647. Se trató de una típica revuelta fiscal del Antiguo Régimen que terminó adquiriendo connotaciones políticas. Tras la imposición de nuevos impuestos sobre la venta de fruta para sufragar los gastos bélicos de la monarquía, parte de la población de la ciudad se levantó contra el entonces virrey español, Rodrigo Ponce de León. Sitiado por los rebeldes, el virrey aceptó eliminar los impuestos más elevados e invitó a Masaniello a parlamentar, prometiéndole todo tipo de dádivas si controlaba a la multitud. El humilde pescador se vio de repente agasajado por el poder y elevado a representante de la voluntad del pueblo napolitano. Incapaz de asumir su súbito cambio de fortuna, comenzó a comportarse de forma despótica, provocando que algunos de sus seguidores se tornaran contra él y le terminaran asesinando. Aunque la rebelión no había en sus inicios tenido un cariz político ni antimonárquico, pues el mismo Masaniello se había declarado fiel súbdito del rey español, en la confusión que siguió a la muerte de su improvisado dirigente tomó fuerza entre los rebeldes una facción en la que se unían las clases comerciantes y las familias recién ennoblecidas por la venta de títulos y cargos, deseosa de romper los vínculos entre la nobleza local tradicional y

el poder hispánico. A río revuelto, Francia, envuelta desde 1635 en la Guerra de los Treinta Años, aprovechó para alimentar la insurrección y así debilitar al enemigo español en uno de sus principales feudos. Gennaro Annese, el sucesor de Masaniello, recibió promesas de apoyo por el embajador galo en Roma y proclamó la república, a la espera de que una flota francesa lo ayudara a derrotar a los restos de la guarnición española. En lugar de un gran refuerzo por mar y tierra, toda la ayuda que recibió fue la de un noble aventurero, Enrique II de Lorena, V duque de Guisa, quien con apenas una partida de soldados consiguió entrar en Nápoles pretendiendo hacerse con el poder en la ciudad. La rivalidad entre Annese y el duque pronto desembocó en un conflicto abierto entre ambos, lo que contribuyó aún más a la división de los rebeldes, alimentada por agentes y espías proespañoles. La llegada de una poderosa flota española al mando de don Juan José de Austria puso finalmente término al levantamiento en octubre de 1648 y facilitó la restauración del virreinato en la persona del conde de Oñate.



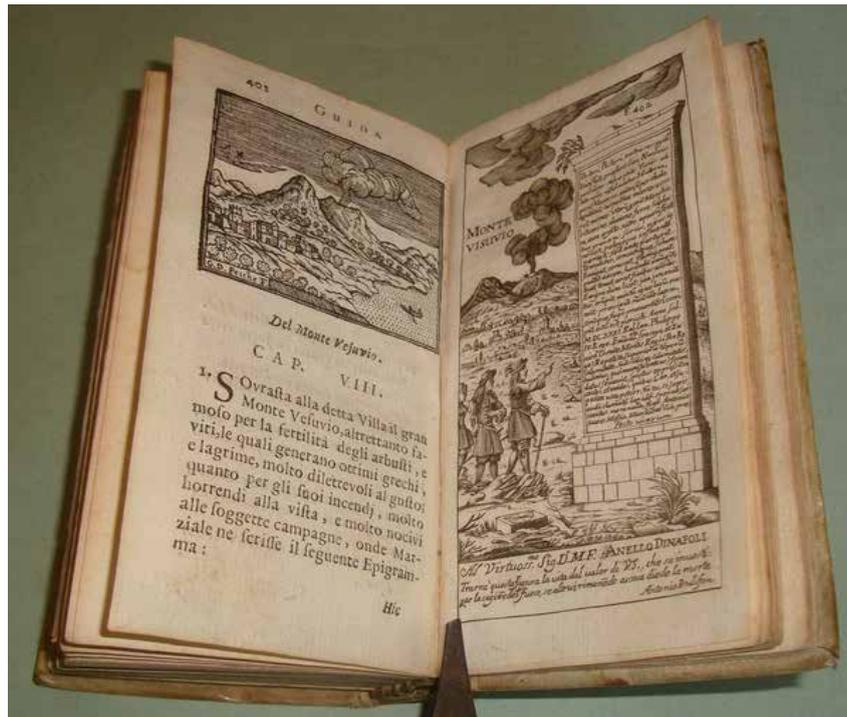
Nápoles se rinde ante don Juan de Austria, Carlo Coppola, 1648.
Museo Nazionale di San Martino, Nápoles.

Aunque los franceses intentaron por dos veces reconquistar la ciudad, esta vez sí, con la ayuda de sendas flotas, fueron de nuevo derrotados y ni siquiera la población más levantisca, escarmentada por el comportamiento tiránico del duque de Guisa, se puso de su lado. Aprendida la lección, el renovado poder español dejó de apoyarse tanto en la nobleza feudal y, bajo el hábil conde de Oñate, comenzó a favorecer los intereses de los comerciantes, artesanos y letrados urbanos. Así, al sobresalto causado por la sublevación de Masaniello siguió un período de estabilidad y renacimiento cultural en las ciudades del virreinato, que, sin embargo, a medida que avanzaba el siglo, contrastaba con el deterioro de la situación en las zonas rurales, donde comenzaron a extenderse el bandidismo y las crisis de subsistencia. El predecesor del marqués del Carpio como virrey de Nápoles, el marqués de Vélez, intentó introducir algunas reformas, pero fueron insuficientes para calmar los ánimos de una población en la que volvía a surgir el descontento. Un efecto más positivo tuvo su patronazgo de nuevas academias, inclinadas al estudio de las ciencias experimentales y la filosofía moderna de corte cartesiano, que hicieron de la ciudad italiana una de las más avanzadas intelectualmente en Europa.

Así pues, a su llegada a Nápoles, Carpio se encontró con una brillante escena intelectual, que no tardó en impulsar para ganarse a los sectores más ilustrados, pero con una complicada crisis socioeconómica empeorada por la corrupción endémica de la burocracia local y, sobre todo, por una inflación galopante. Alternando el palo y la zanahoria, el nuevo virrey fue gradualmente reviviendo el comercio, equilibrando la situación fiscal y metiendo en vereda a los sectores más díscolos de la nobleza. No descuidó la renovación de las fortalezas defensivas del virreinato utilizando los avances de la poliorcética, ni dudó tampoco en emplear la fuerza para poner coto a las habituales manifestaciones de bandolerismo en el campo. Este despliegue de energía en tan múltiples frentes hizo que su secretario en la embajada romana y luego en Nápoles, Juan Vélez de León, un humanista y hombre de letras por calidad propia, alabara la facilidad con la que el marqués era capaz, gracias también, sin duda, a su talento para servirse del talento, de *«domar al Rebelde, honrrar al saurio, premiar la Pluma, que regir la espada»*.

Ganada una cierta estabilidad en los asuntos políticos, acompañada por un saneamiento de los financieros, el marqués del Carpio pudo dedicar los últimos años de su virreinato, y de su vida, a la política cultural que tanto le apasionaba. Apoyándose en dos editores a los que concedió su protección, Antonio de Bulifon y Domenico Antonio Parrino, no descuidó tampoco el frente propagandístico. Bulifon, quien pasaría a la historia como recuperador de las obras de poetisas del siglo anterior, en particular de Vittoria Colonna, obtuvo el monopolio casi total de la impresión de obras extranjeras en Nápoles y recibió el encargo de publicar una célebre guía de la ciudad para forasteros, escrita por el abad Pompeo Sarnelli, en la que se ensalzaba las iniciativas llevadas a cabo por el virrey. Por su parte, el taller de Parrino quedó a cargo de la difusión de las gacetas locales y grabados de escenas urbanas destinados a divulgar las virtudes del gobierno virreinal hispánico. El renacer editorial favorecido por Carpio fue acompañado por un mayor dinamismo de los círculos artísticos, académicos y científicos napolitanos, como sucedió con la Accademia degli Investiganti, formada sobre todo por médicos inclinados a aplicar los avances en su disciplina para resolver las recurrentes crisis de salud pública. Contrarios a la ciencia jesuítica y adeptos a la revolución científica en marcha, los *investiganti* gozaron durante el gobierno del marqués de una tolerancia pasiva que les protegió de la Inquisición, situación que terminó a la muerte de aquel y llevó a la persecución de sus miembros.

Donde sin duda más brilló la labor cultural de Carpio en Nápoles fue en las artes escénicas, un ámbito que había cultivado, y en el que había alcanzado la excelencia, ya durante su primer período madrileño, cuando supo servirse, como hemos visto, del genio calderoniano y de la vibrante vida cultural del Siglo de Oro. Para ayudarlo en el extraordinario despliegue de actos teatrales y arquitecturas efímeras que caracterizaron su gobierno, el virrey empleó al italoaustríaco Philipp Schor, a quien había conocido durante su embajada en Roma. Durante ese período, Schor, quien ya tenía una fama asentada como ingeniero y escenógrafo, encontró en Carpio un patrón munificente y decidió seguirle a Nápoles junto con su discípulo Johann Bernhard Fischer, un escultor de origen austríaco a quien el marqués había encargado dos bustos de «mujeres fuertes», Semíramis y Pentesilea, hoy en el Palacio



La *Guida de Forestieri*, editada por Antonio Bulifon bajo el patronazgo del marqués del Carpio en su calidad de virrey de Nápoles.



Semíramis, por Johann Bernhard Fischer, circa 1685. Palacio Real de Aranjuez.



Pentesilea, por Johann Bernhard Fischer, circa 1685. Palacio Real de Aranjuez.

Real de Aranjuez. Ambos, sobre todo el primero, fueron los responsables de dar lustre a muchas de las piezas teatrales y musicales que caracterizaron el renacer del barroco napolitano bajo el virreinato de Carpio. A ese florecimiento contribuyeron también figuras como el compositor Alessandro Scarlatti, padre del más conocido Domenico, contratado por el marqués en 1684 para explotar su vena operística. Schor, bajo el mecenazgo de Carpio, fue el responsable de la decoración de muchas de las obras de Alessandro estrenadas en el Palazzo Reale, como *Il Pompeo* o la *Olimpia vendicata*. A su genio para los efectos grandiosos se debió también la organización de los *teatri sul mari*, suerte de obras teatrales representadas sobre coliseos flotantes, o los fastos para celebrar regularmente las onomásticas de Mariana de Austria y de María Luisa de Borbón, todo ello parte del aparato de propaganda con el que la Monarquía Hispánica pretendía contrarrestar las campañas de desinformación desplegadas por sus enemigos.

El esplendor barroco, empero, era una máscara bajo la que se ocultaba la proximidad de la muerte. El 16 de noviembre de 1687 expiraba repentinamente el virrey. Los dispendios en los que incurrió en Roma y Nápoles para seguir alimentando su pasión coleccionista le habían sumido en la ruina. Su familia, reducida a su viuda y su única hija, Catalina, no tuvo más remedio que subastar buena parte de las colecciones acumuladas durante una vida de excesos, cierto, pero siempre guiados por el mejor gusto. Hoy, las piezas atesoradas por el marqués del Carpio nutren algunos de los mejores museos del mundo, incluidos los de su patria.

NICOLÁS DE AZARA O LA SEDUCCIÓN DE LA BELLEZA

En una sofocante tarde del verano de 1777, un caballero español intentaba exorcizar el tedio paseando por los abandonados jardines de Villa Negroni, en las afueras de la Ciudad Eterna. Diplomático veterano, humanista y aficionado a las antigüedades, José Nicolás de Azara había escapado del calor y los nauseabundos olores de la cercana capital, pero no de la ansiedad que le corroía. Estaba destinado en la Embajada Española ante la Santa Sede, en la Piazza de Spagna, desde 1765, y sus asuntos progresaban con lentitud. Llevaba tiempo esperando noticias de Madrid anunciando su nombramiento como embajador ante los Estados Pontificios en una Italia todavía dividida, pero las nuevas tan ansiadas solo le llegarían años más tarde, en 1785, y lo harían en medio de las convulsiones de una era revolucionaria que se llevaría por delante el estatus del papa como soberano terrenal y el de la propia España como gran potencia. Por el momento, hasta que tales sucesos se manifestaran, *il Cavaliere* Azara, como era conocido en los medios cultos romanos, se distraía investigando los restos arqueológico encontrados en aquel paraje que tantas veces le había servido de refugio y distracción⁴⁸.

⁴⁸ Una fuente principal, aunque inevitablemente parcial, sobre la vida de nuestro personaje son sus propias memorias. Véase Azara, José Nicolás de, *Memorias del ilustrado aragonés José Nicolás de Azara* (edición de Gabriel Sánchez Espinosa). Zaragoza: Institución Fernando el Católico, Excma. Diputación de Zaragoza, 2000.



| *Excavación arqueológica en Villa Negroni*, por Thomas Jones, 1777. Tate Britain.

Nacido en 1730 en Barbuñales, una pequeña localidad de la provincia de Huesca, en el seno de una familia de la baja nobleza pero de cuantiosos medios, Nicolás de Azara⁴⁹ se educó en la Universidad Sertoriana, fundada en 1354 por Pedro IV de Aragón y clausurada, tras un largo declive, en 1845. Tras terminar allí, en 1749, sus estudios de bachiller en leyes, que había compaginado con esporádicas clases de bellas artes, continuó su carrera universitaria en Salamanca. En esta ciudad residió durante una década, alternando su cargo de bibliotecario en la docta universidad con una incipiente vocación diplomática que le llevó a Madrid para optar a un puesto de oficial mayor en la Secretaría de Estado. En marzo de 1760, apenas iniciado el reinado de Carlos III, lo consiguió, iniciando así una carrera

⁴⁹ Su hermano, Félix de Azara, llegó a ser un célebre militar, ingeniero y naturalista español, admirado por Darwin y retratado por Goya.

que se desarrollaría en una primera fase en Italia, como la del protagonista del capítulo anterior, el marqués del Carpio, para alcanzar su epílogo en la Francia revolucionaria y napoleónica. Antes de su primer destino en el extranjero, y también como nuestros otros personajes bibliófilos y coleccionistas, Azara se vio brevemente envuelto en las relaciones con Portugal, al contribuir a traducir un panfleto antilusitano anónimo aparecido en Francia en el contexto de la Guerra de los Siete Años, cuando Lisboa, tradicional aliada de Londres, fue invadida por una fuerza hispano-francesa antes de ser socorrida por un cuerpo expedicionario británico. La obra de propaganda se titulaba *Profecía política, verificada en lo que está sucediendo a los portugueses por su ciega afición a los ingleses: hecha luego después del terremoto del año de mil setecientos cincuenta y cinco*, y supuso la primera incursión de Azara en lo que hoy llamaríamos «guerras de desinformación».

El gusto por las letras que Azara ya desarrollara durante su primera juventud oscense tuvo, afortunadamente, otras formas más elevadas de expresarse. En 1765 dio muestras de su amor por la literatura al publicar una reedición, anotada de su propia pluma, de las *Obras* de Garcilaso de la Vega, que habían permanecido inéditas desde 1658⁵⁰. Para Azara, como para los principales tratadistas del Neoclasicismo español, sobre todo Ignacio de Luzán y Gregorio Mayans, la exhumación literaria de Garcilaso era la punta de lanza que habría de favorecer el retorno de las letras españolas a los dignos cánones del humanismo renacentista abandonados durante la centuria precedente en favor de los excesos barrocos. A este mismo fin de «volver a la belleza armoniosa de los clásicos» sirvieron también salones literarios como la Academia del Buen Gusto, presidida desde 1749 en la madrileña calle del Turco por la marquesa de Sarriá, o las tertulias de Agustín de Montiano, primer director de la Real Academia de la Historia, y la de la Fonda de San Sebastián, animada por Nicolás Fernández de Moratín. En todos estos medios cultos, la figura de Garcilaso, como la de sus coetáneos renacentistas, comenzó a ser vindicada tras casi un siglo de olvido.

50 Azara, José Nicolás de, *Las «Obras» de Garcilaso de la Vega, ilustradas con notas* (1765), Vigo: Editorial Academia del Hispánico (Biblioteca Canon, 20). Edición de Ana Isabel Martín Puya, 2016.

La edición de Azara, que gozó del privilegio de ver la luz en la Imprenta Real de Madrid, no solo fue, por tanto, un empeño personal del entonces joven diplomático aragonés, sino que formaba parte de un bien delineado proyecto de política cultural acorde con las pautas del gobierno de Carlos III y sus ministros ilustrados. Con la recuperación de Garcilaso y sus pares se trataba de encontrar figuras del pasado que pudieran encarnar la mejor esencia de la España que se intentaba restaurar, comenzando por recuperar la «pureza» que la lengua española habría alcanzado en el siglo XVI antes de ser sometida a un largo proceso de corrupción, como el que había corroído las mismas instituciones de la monarquía, que Carlos III se empeñaba en revitalizar. En ese afán de «limpieza filológica», Azara no se privó de introducir modificaciones en los propios textos del poeta, tanto en el lenguaje como en el orden en el que presentó su obra; variantes que consideraba más acordes con el propósito original del autor y con ese añorado espíritu nacional que la Ilustración carolina pretendía actualizar y proyectar hacia el futuro como parte de su programa de reformas.

Tras cinco años en Madrid, su sólida formación de jurista, amén de sus inquietudes culturales, motivaron que en 1765 el entonces secretario de Estado, el marqués de Grimaldi, nombrara a Nicolás de Azara agente de preces en Roma, es decir, representante oficial de la monarquía ante los tribunales y oficinas de la curia romana. Era un cargo de gran responsabilidad que debía alternar con otro, si cabe, de mayor enjundia, que era informar a sus superiores sobre las interioridades de la política pontificia durante un período en el que Carlos III y sus ministros optaban claramente por oponer el poder real a la influencia del papado en los asuntos terrenales.

Al llegar Azara a Roma en enero de 1766, el papa era Clemente XIII. Durante sus años de estancia en la Ciudad Eterna, se relacionaría, asimismo, con los pontífices que le sucedieron, desde Clemente XIV a Pío VII, pasando por Pío VI. Mientras ejerció como agente general y procurador del rey, su fidelidad a la política regalista de Carlos III fue constante, lo que le procuró no pocas tiranteces con la curia. Entre los episodios sensibles que tuvo

que gestionar desde su puesto se contaron los relacionados con la expulsión de los jesuitas y la posterior disolución de la orden fundada por Ignacio de Loyola; la beatificación del obispo de Puebla y virrey de Nueva España Juan de Palafox, un proceso que se extendió nada menos que hasta 2011, cuando se resolvió bajo el pontificado de Benedicto XVI, o el complicado cónclave que culminó con la elección de Clemente XIV. A todo ello se sumaría su enemistad con el embajador español ante la Santa Sede, Tomás de Azpuru, de quien Azara sospechaba que albergaba simpatías por los jesuitas y, por tanto, veleidades contrarias a las intenciones de la monarquía. La sustitución de Azpuru en 1772 por José Moñino, futuro conde de Floridablanca, le supuso un gran alivio, pues el nuevo embajador siguió a rajatabla las instrucciones de obtener, aunque fuera brevemente, la disolución de la Compañía de Jesús, que se formalizó con el breve pontificio *Dominus ac Redemptor Noster*, en agosto de 1773.

Tras el éxito diplomático, Azara se dio un respiro y pudo realizar varios viajes por la península itálica que le llevarían a Parma, donde conoció al célebre impresor y editor Bodoni, y Florencia, donde estrechó una amistad, que se convertiría en legendaria, con el pintor Rafael Mengs, con quien compartía los mismos gustos neoclásicos y para quien posó en enero de 1774 en actitud de gentilhomme cultivado. Retornado a España, donde permaneció durante dos años de permiso, fue nombrado académico honorario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y reanudó sus labores editoriales, iniciadas años antes con la obra de Garcilaso. El paréntesis de asueto se vio interrumpido cuando, en agosto de 1776, fue enviado de nuevo a Roma, donde el marqués de Grimaldi iba a sustituir al conde de Floridablanca, nombrado secretario de Estado en otoño de ese año. Hasta la llegada del nuevo embajador, Azara fungió como encargado de Negocios. Fue una época frustrante desde un punto de vista profesional –siempre pensó que era merecedor de la embajada antes que Grimaldi–, si bien fructífera en actividades culturales y en el cultivo de las relaciones sociales, para las que estaba particularmente dotado merced a su gracia natural, su exquisita educación y sus modales acordes con el buen gusto romano. Era, además, un hombre que, aunque no exento de cierta capacidad para la maliciosa ironía dirigida contra sus adversarios

políticos, como demuestra su nutrido epistolario⁵¹, sabía separar las enemistades públicas de las afinidades personales. Así, aunque había contribuido a la supresión de los jesuitas, no tuvo reparos durante su encargaduría de Negocios en proteger a algunos de ellos y apoyarles en sus empresas intelectuales, como hizo con Juan Francisco Masdeu, financiando en parte su *Historia crítica de España y la cultura española*, o con Esteban de Arteaga y sus investigaciones sobre la teoría estética. Arteaga se convertiría, de hecho, en bibliotecario al servicio del diplomático español y en uno de sus mayores admiradores. Celebrada fue también la acogida y protección que el diplomático dispensó a los jóvenes pensionados de la Academia de San Fernando y de otras academias provinciales que viajaban a Italia para perfeccionar tanto su técnica como sus conocimientos de la historia del arte⁵². Algunos de ellos, como Francisco Javier Ramos, Manuel Napoli o Carlos Espinosa, fueron aceptados, muy probablemente por intercesión de Azara, como alumnos en el taller de Mengs tras el retorno del maestro a Roma en 1777. A la muerte de este dos años más tarde, Azara se sintió obligado a procurar a los pensionados la mejor de las tutorías y a tal fin estableció en el Palacio de España una academia de dibujo dirigida por Buenaventura Salesa, seguidor de los preceptos neoclásicos del pintor bohemio. De nuevo, como en los tiempos del marqués del Carpio, la embajada de España en Roma servía de templo para las musas.

Además de ejercer el mecenazgo de jóvenes artistas y la protección de jesuitas exclaustrados, Azara cultivó durante sus años romanos dos de sus grandes pasiones; la tercera era el mundo de la edición y de la tipografía, sobre las que retornaremos más adelante. Esas dos pasiones fueron la arqueología, en pleno auge gracias a los descubrimientos de Pompeya y Herculano, y el coleccionismo de obras clásicas⁵³. Como arqueólogo aficionado, excavó las villas Paretti y Negroni, cerca de Roma, así como la Villa de los Pisones, en Tívoli, donde en 1779 exhumó un busto de Alejandro Magno que terminaría regalando a Napoleón y

51 Azara, José Nicolás de, *Epistolario* (edición de María Dolores Gimeno Puyol). Madrid: Castalia, 2013.

52 Jordán de Urrés y de la Colina, Javier, «“Crear artífices y luminados en el buen camino de el arte”: los últimos discípulos españoles de Mengs». *Goya*, 340, julio-septiembre de 2012, pp. 210-235.

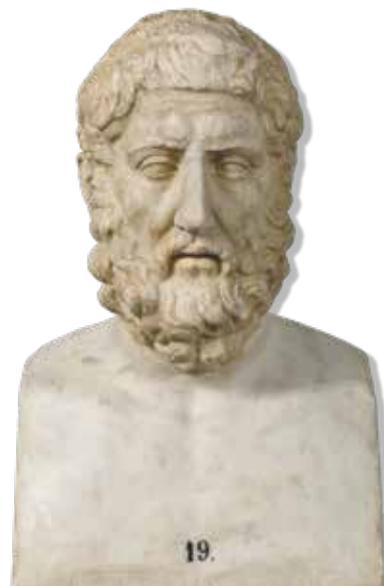
53 Jordán de Urrés y de la Colina, Javier, «Azara, coleccionista de antigüedades, y la Galería de estatuas de la Real Casa del Labrador de Aranjuez». *Reales Sitios*, n.º 156, 2.º trimestre de 2003.

hoy se exhibe en el Louvre, conocido como la *Herma de Azara*. A su afán por desenterrar el pasado —«soy todo Antigüedad», decía de sí mismo— se debieron también las investigaciones en el santuario consagrado a Hércules Victorioso, en Tívoli, y en la Villa Laurentina de Plinio, en Ostia.

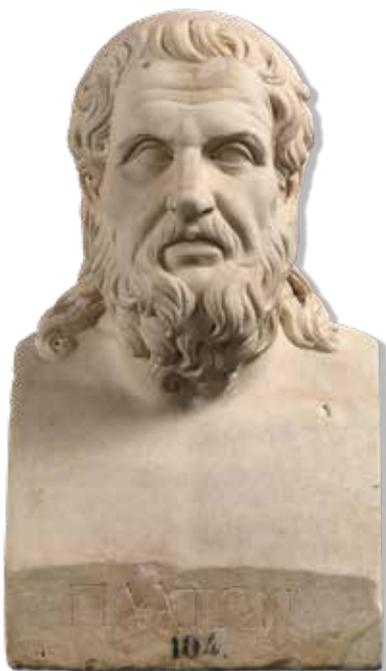
En las *cavas de antichità*, como llamaba a las prospecciones que llevó a cabo en las cercanías de Roma y en Tívoli, Azara realizó numerosos descubrimientos de frescos y bustos que, de acuerdo con las costumbres de la época, retuvo como parte del retorno por los gastos incurridos en las exploraciones arqueológicas, en las que solía participar, además, junto con otros aficionados locales o extranjeros como socio capitalista. Fue así como reunió una valiosa colección de efigies de personajes notables de la Antigüedad clásica, sobre todo de filósofos, como Hermarco, y de escritores, como Homero, que exhibió en los salones y en la biblioteca del Palacio de España. Montadas sobre hermas realizadas para la ocasión en las que grababa el nombre, a menudo equivocado, que atribuía a los personajes representados y, en un alarde de vanidad, el suyo propio, el conjunto llegó a varias decenas de piezas, a las que fue sumando otras muchas, originales y copias tardías, adquiridas entre los anticuarios locales.



La *Herma de Azara*, representando a Alejandro Magno, Museo del Louvre.



Busto del filósofo Hermarco, Museo Nacional del Prado.



Busto del poeta Homero,
Museo Nacional del Prado.

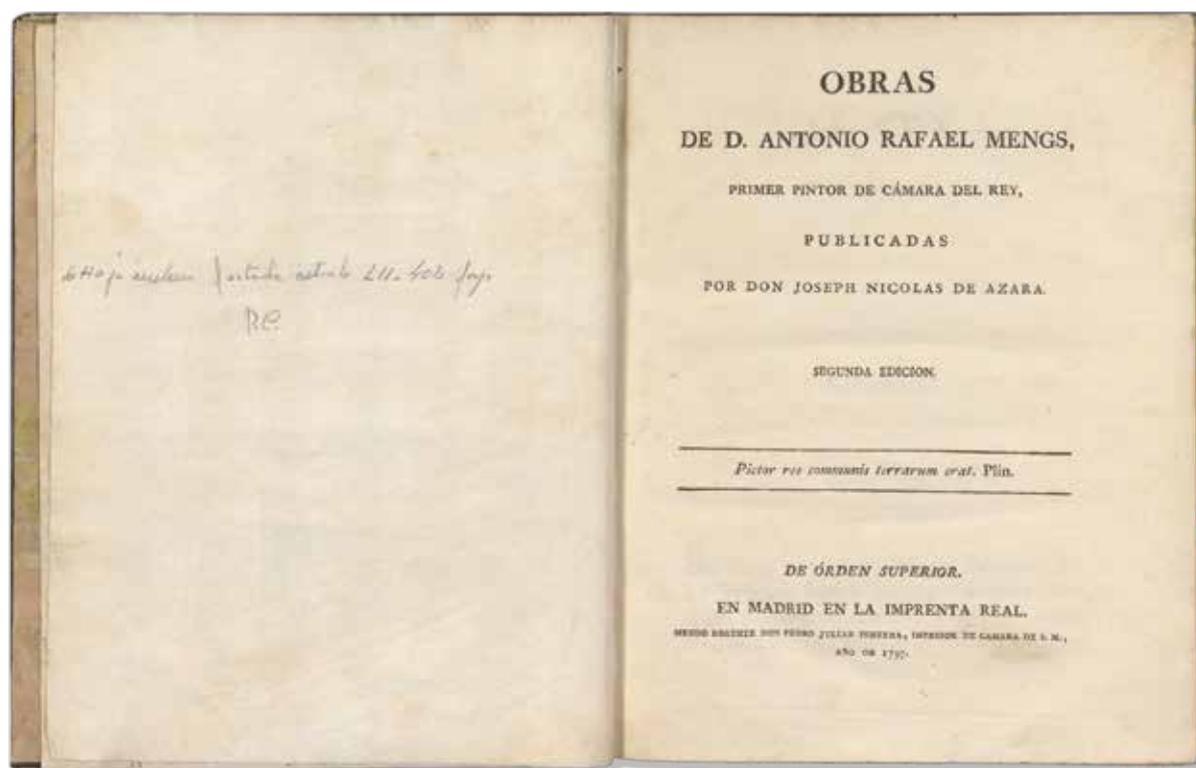


Dacio del Foro de Trajano,
Museo Nacional del Prado.



Encuentro entre dos filósofos presididos por Minerva, por Francisco Javier Ramos, 1785. Palacio de España en Roma. La escena muestra a Azara, leyendo sentado, al esteta y arquitecto Francesco Milizia y a la diosa romana con las facciones de la princesa de Santacroce. El trío está rodeado de cuadros, libros y un globo terráqueo.

Conforme a un modelo de coleccionismo bien arraigado en España, siguiendo a su vez la estela de los gabinetes renacentistas italianos, Azara combinó la exhibición de las estatuas clásicas en el Palacio de España con sus colecciones de libros, muebles, grabados, camafeos, monedas y pinturas, objetos a los que también era un gran aficionado. Aparte de los más de veinte mil volúmenes que, decía, poseía su biblioteca particular, en parte subastada en Roma a su muerte, llegó a adquirir numerosas porcelanas orientales, especialmente japonesas, y cuadros de pintores de la talla de Velázquez, Murillo, Sánchez Coello y, sobre todo, de su admirado Mengs, a cuya familia ayudó cuando falleció en 1799. Uno de sus mayores logros como editor fue, precisamente, la publicación en 1780 de los cuadernos del artista, bajo el título de *Obras de D. Antonio Rafael Mengs, primer pintor de cámara del Rey*, impresos en la Imprenta Real de Madrid y, en su edición italiana, en los talleres de Bodoni en Parma.

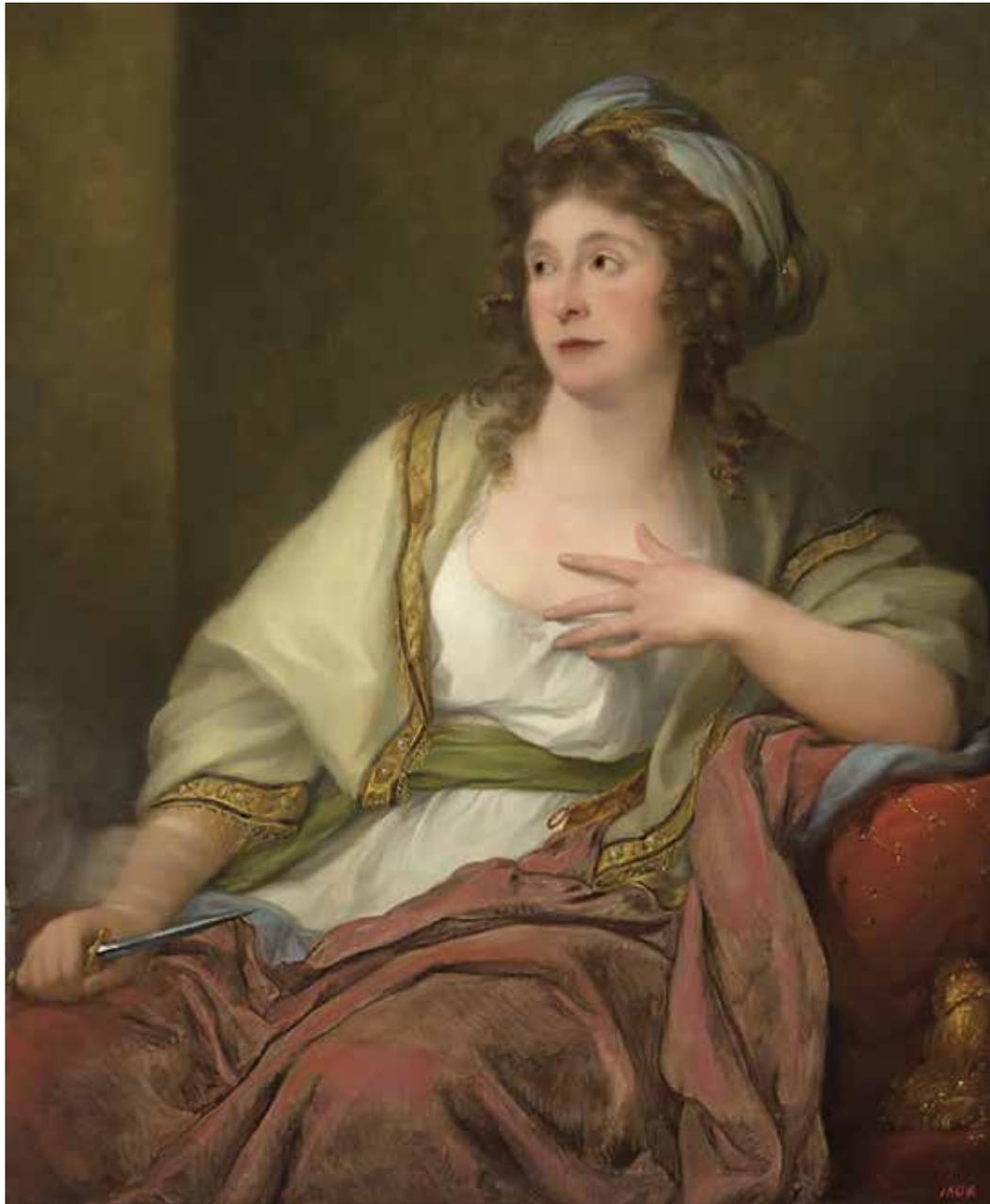


Obras de D. Antonio Rafael Mengs, primer pintor de cámara del Rey,
en la edición de Nicolás de Azara, 1780.

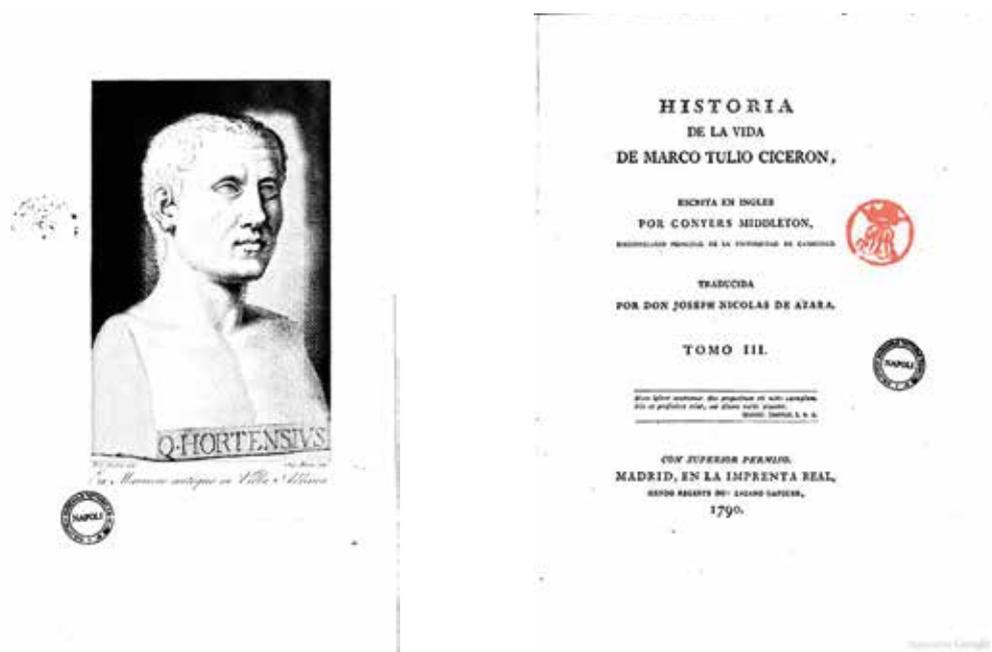
Cuando al fin, en 1784, el marqués de Grimaldi terminó su puesto de embajador, la larga espera de Azara se transmutó en dicha al serle confiada a principios del año siguiente la responsabilidad de representar en plenitud a España ante la Santa Sede. Para entonces, la fama, merecida, de hombre cultísimo, su carácter abierto y sus dotes para la anfitriónía, adornada por la calidad de sus colecciones y la excelencia de su mesa, habían hecho de *il Cavaliere* una de las figuras más destacadas entre los círculos aristocráticos y eclesiásticos romanos y una de las más buscadas por las testas coronadas, como el emperador austríaco José II o el rey sueco Gustavo III, y por otras celebridades de toda Europa, sobre todo las inglesas embarcadas en el Grand Tour, que visitaban la *urbs* y se lo rifaban como cicerone. Era tal el conocimiento que Azara había acumulado sobre el pasado de Roma, sobre sus ruinas ocultas y sus monumentos todavía visibles, que a su célebre tertulia de los miércoles en la Embajada Española acudían todos quienes tenían un nombre que sacar a relucir o una reputación que ganar en una ciudad dada a la exhibición de las vanidades, cierto es, pero también al reconocimiento del talento y del ingenio. Escuchar a Azara y hacerse ver en su compañía y en la de sus renombrados huéspedes se convirtieron así en los pasatiempos favoritos de la alta sociedad romana, incluidas mujeres brillantes que, como Giuliana Falconieri, la princesa de Santacroce, mantenían sus propios cenáculos literarios. No tardaron en circular rumores que convertían a la princesa, todavía casada, en amante de Azara, como lo había sido del conde de Floridablanca y de otros diplomáticos extranjeros. Incluso se decía que había tenido una hija con él, una niña a la que *il Cavaliere* trataba con especial afecto, pero a la que nunca reconoció.

La intensa vida social del embajador no le impedía llevar a cabo sus funciones oficiales, que sabía a su vez armonizar con sus empresas intelectuales, siempre inclinadas a la recuperación de los clásicos y de personajes históricos españoles en los que pretendía reflejar el ideal reformista de la época. Así, tras encargarse de organizar con todo esplendor las honras fúnebres y publicar la *Oración* tras el fallecimiento de Carlos III, en 1789, sacó a la luz al año siguiente en la Imprenta Real de Madrid su traducción al español, en cuatro volúmenes primorosamente encuadernados, de la *History of the life of Marcus Tullius Cicero*,

de Conyers Middleton. Esta obra formó parte de un proyecto más amplio con el que Azara enalteció, con clara y elegante prosa dieciochesca, la vida y las obras de figuras como Pizarro, el marqués de Santillana, el Gran Capitán o el padre Feijóo.



Retrato de Giuliana Santacroce como Lucrecia, de Angelica Kauffmann, 1791. Palacio Lazienki, Varsovia. La belleza de la princesa romana mereció los elogios del mismísimo Casanova.



La traducción realizada por Azara de la *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, 1790. Imprenta Real de Madrid.

Cuando más disfrutaba de ella tras largos años de espera, la corriente revolucionaria del fin de siglo habría de arrumbar la cómoda y cosmopolita vida romana del embajador, colocándole en situaciones en las que, ya entrando en una edad avanzada, nunca hubiera pensado estar inmerso. El amante inveterado de la Antigüedad clásica se convertiría, irónicamente, en uno de los actores inesperados del turbulento inicio de los tiempos contemporáneos.

Sucedió que, en 1796, las tropas francesas al mando de Napoleón Bonaparte entraron en Italia en el contexto de las Guerras del Directorio contra las potencias monárquicas. Tras ocupar Milán, Parma y Módena, los revolucionarios la emprendieron con las legaciones pontificias en Ferrara y Bolonia, forzando al papa Pío VI a firmar un armisticio que llevó el nombre de esta última ciudad. El muñidor de ese acuerdo fue el mismo Azara, a quien las circunstancias situaron en una sorprendente encrucijada, pues su contraparte en las negociaciones no fue otro que el general francés. En sus *Memorias*, el diplomático español se refiere a su encuentro, en junio de 1796, con «*un joven de veintiocho años, pequeño, flaco, rubio, pero muy tostado por el sol, ojos azules, cubierto de pelo que baja hasta la punta de la*

nariz, metido en un mal uniforme azul». La pobre impresión física que en aquella ocasión le causó Napoleón no fue óbice para que Azara guardara por el futuro emperador un gran respeto, que se demostraría mutuo y que tenía mucho que ver con la admiración que, como muchos otros ilustrados españoles, el diplomático sentía por la patria de la *Encyclopédie*. De hecho, sus caminos se volverían a cruzar en más de una ocasión. De Napoleón diría más tarde Azara que era uno «*de aquellos ingenios privilegiados que la naturaleza produce muy de tarde en tarde*». A su vez, Bonaparte, siendo ya Azara embajador en París, no dudó en pedirle consejo a su regreso de la campaña de Egipto y le ayudó intermediando ante las autoridades españolas cuando el español se malquistó con sus superiores en Madrid.



| *Napoleón cruzando los Alpes*, por Jacques-Louis David, 1801. Palacio de Charlottenburg, Berlín.

La razón por la que Azara se vio convertido en mediador entre Napoleón y Pío VI en Bolonia tenía que ver con la reversión de las alianzas que conllevó la llegada al trono español de Carlos IV y la consecuente política exterior seguida por el favorito Godoy. Tras la desastrosa Guerra del Rosellón, en la que España perdió parte de sus territorios septentrionales en favor de la República transpirenaica, Madrid concluyó que, por encima de las diferencias ideológicas, era de su mejor interés firmar la paz con el enemigo revolucionario, que para entonces se encontraba también exhausto y dispuesto a llegar a un entendimiento con su vecino meridional. A partir de la constatación de las inconveniencias que suponía continuar el conflicto, ambas potencias firmaron en julio de 1795 el Tratado de Basilea, por el que no solo se intercambiaban territorios en Europa y América, sino que acordaban entablar una estrecha inteligencia diplomática en la estela de los tradicionales Pactos de Familia. Parte de ese arreglo implicaba que España se ofreciera como mediadora entre la República y los Estados Pontificios, que habían roto relaciones en 1792, coincidiendo con el fin de la monarquía de Luis XVI.

La ocasión para poner en práctica el acuerdo surgió, precisamente, con la invasión francesa de Italia. Tras el armisticio de Bolonia, con todo, las relaciones entre Francia y el papado continuaron deteriorándose, y fue necesario que Azara facilitara un segundo tratado, firmado en julio de 1796, por el que Napoleón aceptaba retirarse de la Romaña. Agradecido, el papa nombró al embajador español caballero romano y el escultor Antonio Cánova comenzó a modelar su efigie, aunque nunca la llegó a finalizar. La posterior firma, en agosto de ese mismo año, del Tratado de San Ildefonso, por el que España y Francia anudaban una más firme alianza militar, convirtió, a la postre, a España y a su embajador ante la Santa Sede en enemigos de la independencia romana. Ello terminó inevitablemente afectando al destino de Azara y poniendo fin prematuramente a su etapa italiana.

Preocupado por la suerte de sus posesiones, y de su propia vida, en una Roma cada vez más dividida entre los partidarios del papado y las facciones revolucionarias locales que ansiaban replicar en los Estados Pontificios la experiencia francesa, Azara escribió a Godoy

solicitándole la ayuda real para trasladar sus colecciones a España, ofreciéndolas para que sirvieran de utilidad pública. Era demasiado tarde, pues a principios de 1798, las tropas galas invadieron los Estados Pontificios, provocando el destierro del papa y la proclamación, en febrero de ese año, de una efímera República romana. Todavía convencido de que podría facilitar un nuevo entendimiento entre el papado y los franceses, Azara dejó sus libros, cuadros, estatuas y grabados en los sótanos del Palacio de España y siguió a Pío VI a Siena, donde el Santo Padre se había exiliado. Al constatar que sus esfuerzos no eran bienvenidos, el diplomático se trasladó a Florencia y se quedó a la espera de nuevos acontecimientos e instrucciones. Fue allí donde, poco más tarde, recibió su nombramiento como embajador ante el Directorio en París, capital a la que se trasladó en mayo de 1798. La fama de afrancesado que para entonces le acompañaba, y que tantos enemigos le terminaría causando tanto en Italia como en España, fue en ese momento más un activo que un pasivo, pues le abrió las puertas de la política francesa, entonces en plena ebullición, y le permitió ejercer sobre esta una influencia, relativa, pero ciertamente desmesurada para el papel internacional de una España que entraba en sus horas más bajas⁵⁴.

Recibidas sus credenciales por el Directorio, al inicio de su estancia en la capital gala fue testigo indirecto de los preparativos, mantenidos en secreto, de la expedición a Egipto dirigida por Bonaparte, parte de las campañas contra Gran Bretaña a las que Francia pretendía arrastrar a España haciendo valer el Tratado de San Ildefonso. Como consecuencia de ese tratado, París deseaba que Madrid contribuyera a doblegar la voluntad de Portugal, si era necesario por la fuerza, convirtiendo a nuestro vecino en parte del bloqueo continental dirigido contra las Islas británicas. Las instrucciones de Azara iban, empero, en otro sentido, pues su prioridad era hacer que Francia firmara una paz con Portugal negociada por entonces en la capital gala por el diplomático luso Antonio de Araújo e Azevedo, pero que las facciones probritánicas en Lisboa se empeñaban en hacer fracasar, lo mismo que algunas camarillas

54 Besques, Paul, «La première ambassade de D. José Nicolás de Azara à Paris (mars 1798-août 1799) suite et fin». *Bulletin Hispanique*, 1901, pp. 406-424.

del Directorio, aunque por otras razones. De acuerdo con los preliminares del inconcluso tratado franco-luso, Portugal debería romper su tradicional alianza con Londres y cerrar sus puertos al comercio británico, abriendo su economía a los intereses franceses. Como era frecuente en la diplomacia del Antiguo Régimen, de las consecuencias comerciales del tratado se beneficiarían mediante las correspondientes comisiones sus principales negociadores y, sobre todo, por la parte francesa, el vizconde de Barras, uno de los miembros más influyentes del Directorio.

Advertidos los adversarios de Barras del modo en que pretendía enriquecerse, las negociaciones se rompieron y fue necesario reanudarlas de nuevo. Azara, cuya fama de amigable componedor le precedía desde los tiempos italianos, fue tentado por la Corte de Lisboa para facilitar los contactos con los sectores opuestos a Barras en el gobierno francés. Prevenido de las complicaciones que tal misión le podría causar tanto en lo personal como en su función diplomática, Azara informó a Madrid de la conveniencia de tomar distancias en el asunto, advirtiéndolo a sus superiores del nido de corrupción en que se había convertido la diplomacia revolucionaria. El episodio, aunque dejó un mal sabor de boca a nuestro protagonista, no le impidió continuar sus esfuerzos, que eran los de Madrid, por evitar una guerra generalizada en Europa a la que la política agresiva del Directorio parecía conducir. En efecto, tras la invasión de Italia y la constitución en aquella península de repúblicas que eran apenas marionetas de París, era cada vez más evidente que el Sacro Imperio con capital en Viena y las otras potencias monárquicas no se iban a quedar con los brazos cruzados, como tampoco Gran Bretaña se mantendría pasiva mientras veía formarse una masa continental contraria a sus intereses diplomáticos y comerciales si triunfaba la Francia revolucionaria sobre las monarquías del Antiguo Régimen. Consciente de que el tiempo corría en sentido contrario a los intereses de la paz, Azara propuso al Directorio restablecer al papa en Roma y devolver el resto de Italia a su *statu quo ante*, quitando así a los enemigos de la República uno de los irritantes que con más facilidad podría hacer estallar el barril de pólvora en que se había convertido la política europea.

«Me escuchan, pero no me hacen caso», pudo decir Azara a su secretario de Estado, Francisco de Saavedra. En efecto, en una de sus misivas a su superior, el embajador concluía sobre el gobierno francés que

los cinco Directores no conocen nada de la diplomacia y no entienden gran cosa de los intereses respectivos de las naciones de Europa y puede que incluso ignoren los de Francia; pero, con su imaginación recalentada al encontrarse con un poder inmenso en sus manos, son muy de temer, pues no conocen la moderación, ni están dispuestos a aprenderla, y las victorias pasadas les sumen en una arrogancia que no detienen ni las dificultades, ni las injusticias. Pretender instruirles es una empresa ciertamente ardua, ya que rehúsan entrar en discusión⁵⁵.

La política de apaciguamiento seguida por Madrid y defendida con empeño por Azara fue finalmente arrumbada cuando en el otoño de 1798 Luis de Urquijo sucedió en la Secretaría de Estado a un enfermo Saavedra. El nuevo ministro, partidario de una política más agresiva en Italia, donde Carlos IV y su esposa pretendían restablecer una política reminiscente de la aplicada por Isabel de Farnesio en su intento de colocar a infantes españoles en reinos y principados de la península, veía con malos ojos las propuestas conciliadoras de Azara. Este, pese a quedarse sin protectores en su capital, persistió en el empeño de convencer al Directorio para que desistiera de entrar en guerra contra una nueva coalición ya conformada por Inglaterra, Rusia, Turquía, Nápoles y Suecia. Fue en vano. Iniciado el conflicto, las primeras victorias francesas se tornaron al poco en derrotas, comenzando por la sufrida por Napoleón en la campaña de Egipto. A mediados de 1799, enfrentado a las protestas en el interior provocadas por las levadas en masa y en el exterior sometido a la presión de los aliados, el Directorio sufrió un golpe que benefició a los partidarios de un poder ejecutivo fuerte, liderados por Sieyès, quien a su vez nombró

⁵⁵ Citado en Besques, Paul, *Op. cit.*, p. 411.

al joven general Joubert al frente de las tropas parisinas. Este último, representante de una facción del ejército que hacía recaer en el Directorio la culpa de los desastres militares, comenzó a intrigar para modificar el curso de la revolución y, según el testimonio de Azara, incluso para restaurar la monarquía en Francia. En efecto, en sus *Memorias*, el embajador relata que un día Joubert pidió verle para confiarle sus planes. Al parecer, otros generales franceses a quienes Azara había conocido en Roma le habían hablado bien de sus cualidades como hombre de palabra y como diplomático avisado. Nuestro protagonista se habría encontrado así siendo partícipe involuntario de las maquinaciones de quienes planeaban un cambio de régimen en el país ante el que estaba acreditado, una situación ciertamente delicada para un representante extranjero. Para complicar más las cosas, según Joubert, los conspiradores habrían pensado en un príncipe de la casa real española, el heredero de la Casa de Parma, para que encabezara una monarquía constitucional. Sobresaltado por las implicaciones que el plan podría conllevar, Azara intentó convencer al general para que pensara en otro candidato más aceptable para el pueblo francés, quizá, propuso, el duque de Orleans. Finalmente, el destino hizo fracasar la su-puesta conspiración, pues, enviado a Italia, Joubert pereció en la batalla de Novi frente a un ejército austro-ruso muy superior.

Alejado el fantasma del retorno de la monarquía, el Directorio, ya fatalmente dividido, tuvo que enfrentarse a otras amenazas más serias: por un lado, el envalentonamiento de las facciones revolucionarias más radicales, reunidas en torno al jacobino Club du Manège; por otro, las intrigas de varios generales más eficaces y menos habladores que Joubert. Para Azara, el principal peligro venía de los exaltados que pretendían volver a instaurar un reino de terror en el interior y lanzar a la República a una política todavía más agresiva en el exterior, comenzando por la invasión de España y Portugal, cuyos recursos, sumados a los de sus respectivos imperios, podrían ponerse al servicio de la causa revolucionaria. Si hasta entonces la posición moderada de Talleyrand como ministro de Exteriores del Directorio había conseguido mantener la alianza con España, su caída y su posible sustitución por un ministro furibundamente antimonárquico hicieron que el

embajador español decidiera intervenir directamente ante Sieyès para solicitar el cierre del Club du Manège y el nombramiento al frente de Exteriores de un ministro menos exaltado. Este tipo de intervención en la política interior del país anfitrión, aunque no sin precedentes, ciertamente sobrepasaba las funciones de un embajador extranjero y provocaron un fuerte malestar, no tanto en París, pues la intromisión de Azara venía a hacerle el juego a un Sieyès que quería deshacerse de los elementos más extremistas en favor de una República moderada, pero sí en Madrid, donde el secretario de Estado Urquijo encontró la excusa perfecta para librarse de un embajador que le resultaba incómodo y por quien no sentía aprecio personal. Finalmente, Urquijo consiguió su propósito y el 26 de agosto de 1799 el rey Carlos IV comunicaba a Azara su cese y su sustitución por Ignacio de Musquiz, hasta ese momento embajador en Berlín.

En los escasos meses que permaneció en París antes de la llegada de su sucesor y de su regreso a su tierra natal, Azara tuvo ocasión de encontrarse de nuevo con Napoleón, recién retornado de su fallida campaña en Egipto. Según relata en sus *Memorias* el diplomático, Bonaparte se interesó por la situación política en España e incluso se ofreció para intentar convencer a sus autoridades para que lo mantuvieran en el puesto. Con buen criterio, el embajador cesado declinó el ofrecimiento y a no tardar, en noviembre de ese mismo año, se encontraba en su patria chica oscense, intentando hacer inventario del naufragio en que se habían convertido su carrera y su vida por mor de sus enemistades políticas. Especial preocupación le causaba la suerte de sus colecciones romanas, de las que no había vuelto a saber desde que abandonara apresuradamente Italia. A sus *Memorias* confió la desazón que le causaba pensar en su destino, al escribir que, cuando todavía gozaba de la confianza de la Corte:

El Príncipe de la Paz me aseguró además a nombre de nuestro Amo, que S.M. cuidaría a su tiempo de sacar de Roma y conducir a España todos los efectos que yo dexaba allí, y en esta confianza mientras he estado en Francia no he hecho diligencias para retirarlos; y ahora habiendo caído en lo que llaman desgracia, no solamente no me ayuda el Rey a recoger mis cosas y traerlas a España, sino que muchas se han extraviado y perdido; y si quiero las que restan necesito írmelas a buscar yo mismo a mis expensas, como pienso hacer, para venderlas, pues que me han reducido a esta necesidad. Además de un inmenso mobiliario y provisiones de casa degé allí una Librería selecta de más de 20. mil volúmenes, una colección de bustos antiguos en mármol de quasi todos los filósofos, oradores, Poetas y historiadores Griegos, que no sé que haya otra tan completa, y un número grande de Quadros preciosos, especialmente de mi amigo Mengs, de Murillo, Velázquez y Rivera. Mis Camafeos y piedras gravadas los llevé conmigo⁵⁶.

Apurado en cuanto a sus necesidades materiales, en una carta a su viejo amigo, y también diplomático, Bernardo de Iriarte, con quien había coincidido en Madrid durante su primer período en la Secretaría de Estado, le confió:

«Quando los pensamientos eran heroicos y pensaba tener una Patria, lo destinaba todo para ella, pero ahora es menester mudar registro, y pensar en formarse por sí un recurso independiente. Reservaré los libros que más me podrán servir, y de los demás haré solemne almoneda para juntar su producto a otras partidas que ya se van recogiendo, y como la culebra dexar la piel vieja por otra nueva»⁵⁷.

56 Azara, José Nicolás de, *Memorias del ilustrado aragonés José Nicolás de Azara* (edición de Gabriel Sánchez Espinosa). Zaragoza: Institución Fernando el Católico, Excma. Diputación de Zaragoza, 2000, p. 367.

57 BNE, ms. 20089, 8, Azara a Iriarte, 20 de agosto de 1800.



| *Retrato de Bernardo de Iriarte*, Goya, 1797. Museo de Bellas Artes de Estrasburgo.

Por suerte para el desesperado Azara, la situación política en España también mudó como la proverbial piel de culebra. Su enemigo Urquijo terminó cayendo en desgracia y a no tardar, en diciembre de 1800, el nuevo secretario de Estado, Pedro Cevallos, pariente y aliado de Godoy, nombró al aragonés de nuevo embajador en París. Como por arte de magia, el monarca resucitó también su interés por hacer llegar las colecciones romanas de Azara a España, costeando el viaje con fondos públicos. En una carta de Azara a Cevallos, fechada el 7 de enero de 1801, el restituido embajador dejó atrás su deseo de vender sus pertenencias, recordando que su propósito al juntar más de setenta bustos de personajes clásicos siempre había sido «traerlos algún día a España para que se sirviera en ella a la instrucción y gusto público»⁵⁸.

Garantizado el destino de su preciada colección, la segunda estadía de Azara en París discurrió, sin embargo, por cauces igual de turbulentos que la primera. Decidida por Godoy la invasión de Portugal, que desembocó en la llamada Guerra de las Naranjas, el subsiguiente Tratado de Badajoz, firmado en junio de 1801, no satisfizo del todo las ambiciones de París. Quizá obnubilado por el genio de Napoleón, Azara cometió la torpeza de intentar hacer valer los argumentos franceses ante la Corte de Madrid. La desconfianza que ello hizo resucitar contra su persona se acrecentó poco más tarde, al negociar en nombre de España el Tratado de Amiens, por el que en 1802 el Reino Unido acordaba una efímera paz con Francia y sus entonces aliados España y la República báltica. El precio que Madrid tuvo que pagar para que París y Londres cesaran sus hostilidades fue la colonia caribeña de Trinidad y Tobago, ocupada por las fuerzas británicas durante las guerras de la Segunda Coalición contra el Directorio. De tal entrega fue culpado directamente Azara, quien vio como su nombre caía de nuevo en desgracia, acusado ya en Madrid abiertamente de defender más los intereses franceses que los españoles. Al constatar que su situación era insostenible, el ya decaído y enfermo embajador presentó su dimisión el 18 de agosto de 1803, aunque todavía le tocó negociar el monto de los subsidios que España tuvo que

58 BNE ms.20089, 8, Azara a Cevallos, 7 de enero de 1801.

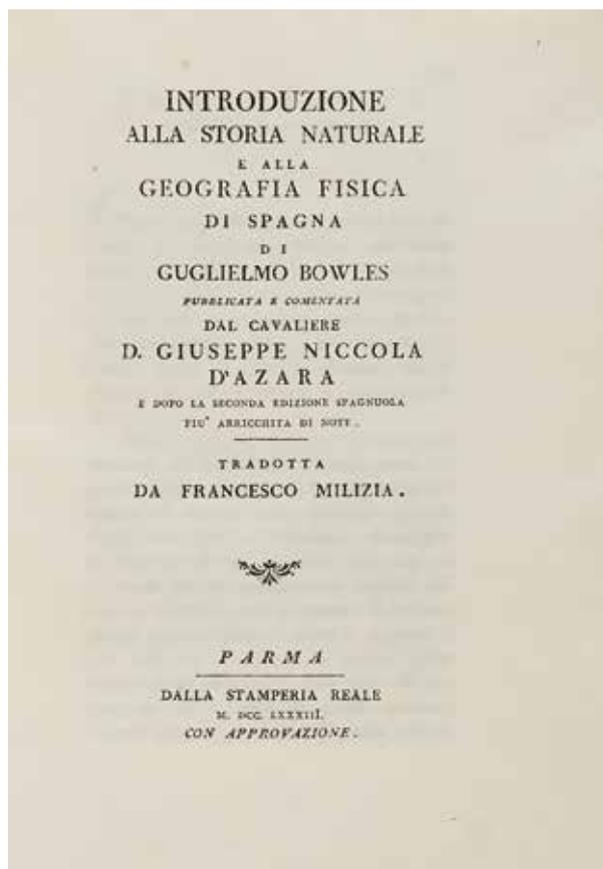
pagar a Francia como compensación por la neutralidad de Madrid en la guerra que, tras el fracaso de la Paz de Amiens, de nuevo enfrentó a París y Londres. Terminado su último servicio, hubiera deseado *il Cavaliere* pasar los últimos años de su vida en Roma, donde había conocido la felicidad y el reconocimiento que más tarde le fueron tan esquivos. Por desgracia, la muerte le sorprendió todavía en París un 26 de enero de 1804. Un mes más tarde, Carlos IV dio orden de que las colecciones de bustos y estatuas que Azara había dejado recogidas en diecinueve cajones en el Palacio de España fueran trasladadas a la península. Tras su llegada al puerto de Valencia, la donación del difunto embajador fue trasladada al Real Sitio de Aranjuez, desde donde a su vez fue dividida entre el Real Museo, futuro Museo Nacional del Prado, y la Galería de Estatuas de la Real Casa del Labrador, donde todavía pueden admirarse.



| Galería de Estatuas de la Casa del Labrador, Real Sitio de Aranjuez.

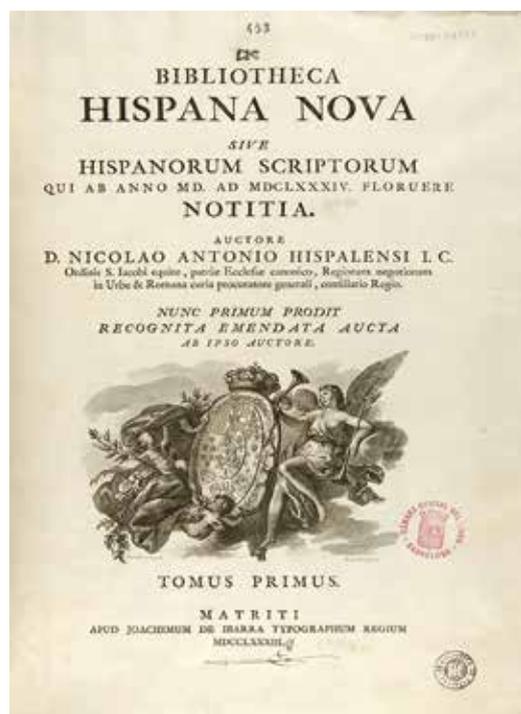
No puede concluirse una semblanza del Azara coleccionista y bibliófilo sin hacer referencia a otra de sus pasiones, siempre relacionada con su exquisito gusto. Me refiero a las artes de la impresión y la tipografía, oficios íntimamente asociados a su dedicación a las empresas editoriales. Esta inclinación se acordaba, además, con una época en la que las artes del libro en España experimentaron una importante renovación. El desarrollo de los establecimientos tipográficos formó parte de la política general de apoyo a las manufacturas nacionales inspirada por Carlos III y sus gobiernos ilustrados. Uno de los primeros beneficiados de esta política, gracias al particular impulso del conde de Aranda y del marqués de la Mina, resultó el tipógrafo catalán Eudald Pradell, a quien en 1764 se le concedió una pensión vitalicia a cambio de que produjera matrices de la mejor calidad para imprimir caracteres latinos, griegos, arábigos y hebreos. Por la misma época, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando comenzó a formar a maestros tipógrafos, entre los que descolló Jerónimo Antonio Gil, encargado de los tipos de la Real Biblioteca y creador de la familia tipográfica que sirvió para la impresión de la célebre edición de *El Quijote* de Joaquín Ibarra, en 1780. La partida de Gil a Nueva España, donde se convertiría desde 1778 en tallador y administrador de la Casa de la Moneda de México, que más tarde elogiaría Humboldt como la mayor y más rica del mundo, supuso, empero, un duro golpe para la continuidad de una industria que ya empezaba a ser floreciente y contarse entre las más avanzadas de Europa. Para intentar paliar el daño y completar la colección de matrices iniciada por Gil, los administradores de la fundición de la Real Biblioteca comenzaron a interesarse por la adquisición de las elaboradas por el diseñador italiano Giambattista Bodoni, quien desde su taller en Parma había llevado el noble arte de la impresión a una de sus más elevadas cumbres. Se llegó incluso a explorar la posibilidad de que el mismo Bodoni se trasladara a España junto con todo su obrador para instalarse ya fuera en Madrid o en El Escorial y así pudiera gozar de su magnífica biblioteca. Partiendo del interés del propio italiano, las negociaciones a tal fin fueron conducidas por Nicolás de Azara, con quien Bodoni mantenía una estrecha amistad, iniciada, como hemos relatado, en uno de los viajes desde Roma del diplomático español a la bella ciudad de la Emilia-Romaña. La regular correspondencia que siguió a su primer encuentro es testimonio de la mutua admiración que se profesaron desde entonces, sustentada en el culto a la belleza, que ambos querían ver tras-

lado a la página impresa. De hecho, uno de los tempranos encargos realizados por Azara como editor y mecenas al taller de Bodoni fue la impresión, de acuerdo con las prescripciones estéticas neoclásicas con las que el diplomático estaba ya plenamente familiarizado, de la *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España*, del naturalista inglés William Bowles. Este libro ya había sido objeto, en 1775, de una impresión comercial en Madrid, a partir de una edición también preparada por Azara, quien se ocupó de redactar una introducción a la obra original para los lectores españoles. Un año más tarde, Azara escribió a Bodoni pidiéndole que diseñara una edición elegante, pero simple, de la traducción italiana del Bowles, invitándole a que experimentara con el libro, jugando con las proporciones como si se tratara de una obra arquitectónica, siguiendo los preceptos grecolatinos de claridad y armonía, trasladándolos a las relaciones entre las letras y el espacio en blanco. El resultado fue una de las joyas bibliográficas del XVIII.



Introduzione alla storia naturale e alla geografia fisica di Spagna di Guglielmo Bowles; pubblicata e comentata dal Cavaliere D. Giuseppe Niccola d'Azara, e dopo la seconda edizione spagnuola più arricchita di note. Tradotta da Francesco Milizia. Parma: Stamperia Reale, 1783. La obra, patrocinada por Azara, fue ejemplo de la estrecha colaboración entre el diplomático español y el tipógrafo italiano.

Además de la relación personal entablada entre Azara y Bodoni, había un factor político en juego que pesaba en el proyecto de la Corte española para atraerse al impresor italiano. Cabe recordar que Parma era la cabeza de un ducado cuyos gobernantes estaban emparentados con la rama hispánica de los Borbones y tenían a gala que el pequeño territorio italiano brillara gracias a su mecenazgo de las artes y las ciencias. Ello podía facilitar las cosas, pero también complicarlas, pues difícilmente el duque de Parma iba a dejar partir a un hombre que tanto estaba contribuyendo a su renombre. Pese a ser consciente de estas dificultades, Azara, cuyo amor por las bellas letras era bien conocido, siguió insistiendo ante las autoridades españolas para que facilitaran el traslado de la oficina tipográfica bodoniana a España en un momento en el que las principales instituciones ilustradas de la monarquía estaban promoviendo varios proyectos editoriales de prestigio. Entre estos, destacaron la impresión de la monumental *Bibliotheca hispana*, cumbre de la erudición española en el siglo precedente, obra del bibliógrafo Nicolás Antonio, así como de la *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*, del orientalista de origen maronita Miguel Casiri, y la *Regiae bibliothecae matritensis codices graeci*, del humanista Juan de Iriarte.



La Bibliotheca hispana nova, de Nicolás Antonio, en la edición de Joaquín Ibarra, 1783, una de las más acabadas expresiones del arte del libro durante la Ilustración española.

Las conversaciones, sin embargo, se demoraron durante varios años sin que las partes llegaran a un acuerdo, viéndose complicadas además por las diversas ofertas que Bodoni recibió de distintas partes de Europa conforme se extendía su fama como el mejor impresor de su tiempo. Sin caer en el desaliento, y una vez nombrado embajador en Roma en 1786, el español propuso al eminente tipógrafo que, en lugar de mudarse a España con los consiguientes inconvenientes derivados de la mayor lejanía, se trasladara a la más cercana Ciudad Eterna, donde le ofreció instalar su imprenta en el Palacio de España. Finalmente, las autoridades parmesanas, temerosas de perder a su famoso conciudadano y la reputación con él ganada, consiguieron retenerle con diversas artes y generosas dádivas. La relación entre Azara, y por extensión la Corte española, y Bodoni no se resintió por ello. El embajador llegó a encomendarle la impresión de una lujosa colección de clásicos grecolatinos costeados de su pecunio. Asimismo, ya que no era posible la exportación a España de todo su taller, ya asentado definitivamente en Parma, Madrid adaptó su ofrecimiento a la adquisición de una parte de sus punzones y matrices, con los que se esperaba completar las series tipográficas existentes en nuestro país. Bodoni se mostró favorable a la idea y en 1788 compuso, para

Ejemplares de la *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*, del orientalista de origen maronita Miguel Casiri, fueron enviados como regalo diplomático por Carlos III a las principales cortes europeas.



dar la mejor impresión de su saber hacer, un catálogo que pasaría a los anales de las artes de la impresión con el nombre de *Manuale tipografico di Giambattista Bodoni*.

Fue así como, por amistad con su mecenas Azara y porque se sentía en deuda con España, pues había disfrutado del título de tipógrafo de cámara de Carlos III desde 1782 y luego, bajo Carlos IV, de una generosa pensión vitalicia, Bodoni accedió en 1796 a ignorar otras suculentas ofertas que le llegaban de Berlín, Viena, Weimar, Dresde o Turín, así como las reticencias de sus patrones parmesanos, y aceptó la venta excepcional de varias de sus artes a la Imprenta Real de Madrid. La transacción, que se materializó en varias entregas espaciadas durante tres años, fue seguida por la parte española por el conde de Valdeparaíso, nombrado representante ante el ducado de Parma por Manuel Godoy, favorito de los



El *Manuale tipografico di Giambattista Bodoni*, de 1788, representó la cumbre de la tipografía neoclásica. Hacia 1780, el taller de Bodoni había alcanzado tal complejidad y sofisticación que era capaz de reproducir caracteres no solo del ruso, árabe, griego, hebreo, persa o siríaco, sino también de alfabetos tan exóticos para la Europa de la época como el tibetano o el sánscrito.

nuevos monarcas e interesado en ser percibido como gran patrón de las artes. Por su parte, Azara siguió desde Roma todo el asunto, y en su correspondencia con Bodoni se preocupó por seguir impulsando la compra al tiempo que realizaba nuevos encargos editoriales con los que animar su taller. A cambio de 60.000 reales de vellón, España pudo contar así con algunas de los más avanzados y más hermosos materiales tipográficos de la época, un logro al que contribuyó en no menor medida la intermediación de nuestro protagonista y que en 1799 fue mostrado al mundo gracias al bellissimo catálogo titulado *Muestras de los punzones y matrices de la letra que se funde en el obrador de la Imprenta Real*. Por desgracia, los destrozos causados por la guerra de la Independencia y las vicisitudes políticas posteriores detuvieron el enorme progreso alcanzado por España en las artes de la impresión, que solo muy lentamente pudo reanudarse ya entrado el siglo XIX. Hoy en día, tras haber cumplido su civilizadora misión, las colecciones tipográficas españolas son, en el mejor sentido, piezas de museo. Afortunadamente, entre ellas se encuentran las matrices y los punzones ilustrados de la Imprenta Real, incluidas las piezas adquiridas desde el taller de Bodoni, que, aunque fueron confiscadas por las tropas francesas en 1808, pudieron recuperarse en gran parte en 1815, tras la derrota de Napoleón, dentro de los acuerdos de restitución de obras de arte y colecciones varias firmados entre Francia y las potencias vencedoras. El empeño de Azara se vio así póstumamente recompensado y su patria cuenta hoy con una muestra excepcional de la mejor tipografía neoclásica, un privilegio compartido tan solo con la villa de Parma. Gracias al exquisito editor Franco Maria Ricci, bodoniano de excepción recientemente fallecido, y a la labor de la Biblioteca Bodoni, iniciativa de la Universidad de Salamanca dedicada a la difusión de la obra del gran tipógrafo y su contribución a las artes de la impresión, hoy España e Italia siguen preservando su memoria y celebrando la amistad que le unió al diplomático español⁵⁹.

59 Corbeto, Albert, *G.B. Bodoni y la tipografía española de la Ilustración*, en Biblioteca Bodoni, 2015. Accesible en <https://bibliotecabodoni.net/monografia/g-b-bodoni-y-la-tipografia-espanola-de-la-ilustracion>.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguiló Alonso, María Paz, «El coleccionismo de objetos procedentes de Ultramar a través de los inventarios de los siglos XVI y XVII», en *Relaciones artísticas entre España y América*. Madrid: CSIC, 1990.
- Antolín, Guillermo, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del P. Fr. Guillermo Antolín y Pajares O. S. A., el día 5 de junio de 1921. Tema: la Real Biblioteca del Escorial*. San Lorenzo de El Escorial: Imprenta del Real Monasterio, 1921.
- Azara, José Nicolás de, *Memorias del ilustrado aragonés José Nicolás de Azara* (edición de Gabriel Sánchez Espinosa). Zaragoza: Institución Fernando el Católico, Excma. Diputación de Zaragoza, 2000.
- Azara, José Nicolás de, *Epistolario* (edición de María Dolores Gimeno Puyol). Madrid: Castalia, 2013.
- Azara, José Nicolás de, *Las «Obras» de Garcilaso de la Vega, ilustradas con notas* (1765). Vigo: Editorial Academia del Hispanismo (Biblioteca Canon, 20). Edición de Ana Isabel Martín Puya, 2016.
- Barona, Josep Lluís y Gómez Font, Xavier, *La correspondencia de Carolus Clusius con los científicos españoles*. Valencia: Universidad de Valencia, 1998.
- Beretta, Marco (editor), *From private to public. Natural collections and museums*. Sagamore Beach: Watson Publishing International, 2005.
- Besques, Paul, «La première ambassade de D. José Nicolás de Azara à Paris (mars 1798-août 1799) suite et fin». *Bulletin Hispanique*, 1901.
- Blom, Philipp, *El coleccionista apasionado. Una historia íntima*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2013.
- Brown, Jonathan y Elliott, John Huxtable, *A palace for a king: the Buen Retiro and the Court of Philip IV*. New Haven, Londres: Yale University Press, 2003.
- Brown, Jonathan, *King and connoisseurs: collecting art in Seventeenth-Century Europe*. Princeton: Princeton University Press, 1995.
- Cañizares-Esguerra, Jorge, «Iberian Science in the Renaissance: ignored how much longer?». *Perspectives on Science*, vol. 12, n.º 1, Massachusetts Institute of Technology, 2004.
- Checa Cremades, Fernando, *Un príncipe del Renacimiento: Felipe II, un monarca y su época*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1998.
- Checa, Fernando y Morán, José Miguel. *El coleccionismo en España. De la cámara de maravillas a la galería de pinturas*. Madrid: Cátedra, 1985.
- Cicerón, *Cartas I: cartas a Ático*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1996.
- Cicerón, *Discursos I, Verrinas*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 2000.
- Colomer, José Luis (director), *Arte y diplomacia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*. Madrid: Fernando Villaverde, 2003.

- Colomer, José Luis (director), *España y Nápoles: coleccionismo y mecenazgo virreinales en el siglo XVII*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009.
- Corbeto, Albert. *G.B. Bodoni y la tipografía española de la Ilustración*, en Biblioteca Bodoni, 2015. Accesible en <https://bibliotecabodoni.net/monografia/g-b-bodoni-y-la-tipografia-espanola-de-la-ilustracion>.
- Corona Baratech, Carlos, *Notas para el reinado de Carlos IV. La fracasada mediación de España para la paz de Portugal con Francia, 1798-1799*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1946.
- Crespo Sanz, Antonio, *Los grandes proyectos cartográficos nacionales del siglo XVI. La representación del territorio en Castilla y León*. Madrid: Ministerio de Fomento. Instituto Geográfico Nacional, 2013.
- Dandele, Thomas James, *Spanish Rome 1500-1700*. Yale: Yale University Press, 2002.
- Fernández-Santos Ortiz-Iribas, Jorge, «No minorar la memoria de mis pasados. Apuntes para una biografía política de Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio». *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 45, n.º 2, 2020.
- Flórez Asensio, María Asunción, «El marqués de Liche: alcaide del Buen Retiro y “superintendente” de los festejos reales». *Anales de Historia del Arte*, 20, 2010.
- Flórez, Ramiro, *Felipe II y su época. Actas simposium (II)*. San Lorenzo de El Escorial: Estudios Superiores del Escorial, 1998, pp. 550-591.
- Fugier, André, *Napoleón y España, 1799/1808*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- Galera Pedro Antonio y Frommel, Sabine (editores), *El patio circular en la arquitectura del Renacimiento. De la casa de Mantegna al palacio de Carlos V*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2017.
- García Manso, Angélica, «Humanismo y política. A propósito de Arias Montano y su relación con Portugal». *Humanitas*, 59, 2007.
- García Sánchez, Jorge, *La Italia de la Ilustración. Arqueólogos, artistas y viajeros españoles*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2014.
- Gombrich, Ernst Hans Josef, *Aby Warburg: an intellectual biography*. Londres: Phaidon, 1986.
- Gómez de Liaño, Ignacio, *Athanasius Kircher. Itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal*. Madrid: Editorial Siruela, 2019.
- González Carvajal, Tomás, «Elogio histórico del Doctor Benito Arias Montano», en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. VII, Madrid, 1832.
- Guillén Torralba, Juan, *Hernando Colón: humanismo y bibliofilia*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2004.
- Hänsel, Sylvaine, *Benito Arias Montano. Humanismo y arte en España*. Huelva: Universidad de Huelva, 1999.

- Hernández Díaz, José y Muro Orejón, Antonio, *El testamento de don Hernando Colón y otros documentos para su biografía*. Sevilla: Publicaciones del Instituto Hispano-Cubano de Historia de América (Fundación Rafael G. Abreu), 1941.
- Hernández López, Julio Abel, «El papel de Hernando Colón en su época para la creación y el mantenimiento de su biblioteca». *Fortunatae*, n.º 28, 2017-2018.
- Impey, Oliver y Macgregor, Arthur, *The origins of museums: the cabinet of curiosities in Sixteenth and Seventeenth-Century Europe*. Oxford: Clarendon Press, 1985.
- Janick, Jules, «Fruits and Nuts of the Villa Farnesina». *Arnoldia*, 70/2, October 2012.
- Jordán de Urrís y de la Colina, Javier, «Azara, coleccionista de antigüedades, y la Galería de Estatuas de la Real Casa del Labrador de Aranjuez». *Reales Sitios*, n.º 156, 2.º trimestre de 2003.
- Jordán de Urrís y de la Colina, Javier, «“Crear artífices y luminados en el buen camino de el arte”: los últimos discípulos españoles de Mengs». *Goya*, 340, julio-septiembre de 2012.
- Lleó Cañal, Vicente, *Nueva Roma: Mitología y humanismo en el Renacimiento sevillano*. Sevilla: Publicaciones de la Diputación de Sevilla, 1979.
- López-Fanjul, María, «The Spanish origins of the marqués del Carpio’s collection of drawings». *Master Drawings*, vol. 48, n.º 4, Drawings in Spain (Winter 2010).
- López-Fanjul, María, «Las representaciones de don Gaspar de Haro y Guzmán, VII marqués del Carpio: retratos, alegorías y emblemas». *Archivo Español de Arte*, XXXVI, 344, octubre-diciembre, 2013.
- López Piñero, José María y López Terrada, María Luz, *La influencia española en la introducción en Europa de las plantas americanas (1493-1623)*. Valencia: Universidad de Valencia-CSIC, 1997.
- López Piñero, José María y Pardo Tomás, José, *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y la materia médica modernas*. Valencia: Instituto de Estudios Documentales sobre la Ciencia, Universitat de València-CSIC, 1996.
- Martínez Montes, Luis Francisco, *Diplomáticos, arqueólogos y aventureros*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, 2021.
- Martínez Montes, Luis Francisco, *España. Una historia global*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, 2018.
- Martínez Montes, Luis Francisco, *Historias del mundo. La gran aventura de la diplomacia española*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, 2019.
- Matías Rosendo, Baldomero, *La correspondencia de Benito Arias Montano con el Presidente de Indias Juan de Ovando*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2008.
- Mattingly, Garret, *Renaissance Diplomacy*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1955.
- McDonald, Mark P. *Ferdinand Columbus. Renaissance collector*. Londres: The British Museum Press, 2005.

- Morales, Ambrosio: *Antigüedades de las ciudades de España*. Alcalá de Henares: Iñiguez de Lequerica, 1575.
- Navarro Antolín, Fernando y Solís de los Santos, José, «La epístola latina en verso de Francisco Hernández a Benito Arias Montano (Madrid, Biblioteca del Ministerio de Hacienda, ms. FA 931)», *Myrtia*, n.º 29, 2014.
- Norton, Marcy, *Sacred gifts, profane pleasures. A history of tobacco and chocolate in the Atlantic World*. Ithaca: Cornell University Press, 2008.
- Ozanam, Didier, *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle. Introduction et répertoire biographique (1700-1808)*. Madrid-Burdeos: Casa Velázquez y Maison des Pays Ibériques, 2002.
- Páez de Castro, Juan, *Memorial al rey don Felipe II, sobre las librerías*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo (s. a.).
- Pimentel, Juan y Pardo-Tomás, José, «And yet, we were modern. The paradoxes of Iberian science after the Grand Narrative». *History of Science*, vol. 55, n.º 2, 2017.
- Pomiran, Krzysztof, *Le musée, une histoire mondiale*. París: Gallimard, 2020.
- Portuondo, María M., *The Spanish disquiet: the biblical natural philosophy of Benito Arias Montano*. Chicago: The University of Chicago Press, 2019.
- Rumeu de Armas, Antonio, *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1973.
- Sánchez González, Dolores del Mar, «Aspectos jurídicos de la negociación de las Molucas». *Boletín de la Facultad de Derecho de la UNED*, n.º 3, 1993.
- Schlosser, Julius von, *Las Cámaras artísticas y maravillosas del Renacimiento tardío. Una contribución a la historia del coleccionismo*. Madrid: Akal, 1988.
- Settis, Salvatore, *Warburg continuatus. Descripción de una biblioteca*. Barcelona: Ediciones de La Central, 2010.
- Sigüenza, José de, *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Valladolid, 2000.
- Storrs, Christopher, *La resistencia de la Monarquía Hispánica, 1665-1700*. Madrid: Editorial Actas, 2013.
- Testón Núñez, Isabel; Sánchez Rubio, Rocío; Sánchez Rubio, Carlos, «Plantas de diferentes plazas de España, Italia, Flandes y las Indias. El atlas del marqués de Heliche, marqués del Carpio», en *Reales Sitios, Revista del Patrimonio Nacional*, año XLI, n.º 162, 4.º trimestre de 2004.
- Vidales del Castillo, Felipe, *El VII marqués del Carpio y las letras*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2016. Accesible en <https://eprints.ucm.es/id/eprint/38235/1/T37434.pdf>.
- Wagner, Klaus, «Hernando Colón y la formación de su biblioteca». *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, Madrid, 1990.
- Wilson-Lee, Edward, *Memorial de los libros naufragados*. Barcelona: Editorial Ariel, 2019.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Página	Imagen	Crédito
6	<i>Los archiduques Alberto e Isabel visitan el gabinete de un coleccionista</i>	Wikimedia Commons
7	<i>Hernando Colón</i>	Wikimedia Commons
7	<i>Benito Arias Montano</i>	Wikimedia Commons
7	<i>Gaspar de Haro, VII marqués del Carpio</i>	Wikimedia Commons
7	<i>José Nicolás de Azara</i>	Wikimedia Commons
9	Tesoro de Príamo	Wikimedia Commons
12	<i>Mecenas presenta las artes liberales al emperador Augusto</i> , Giovanni Battista Tiepolo	Wikimedia Commons
15	<i>Museum Calceolarium</i>	Wikimedia Commons
18	Museo Kircheriano	Wikimedia Commons
21	<i>Vista de Sevilla</i>	Wikimedia Commons
23	Aby Warburg con un miembro de la etnia pueblo	Wikimedia Commons
23	El Instituto Warburg en Londres	Fhilafrény bajo licencia Creative Commons
26	<i>Libro de los epitomes</i> de Hernando Colón	Arnamagnæa Institute de la Universidad de Copenhague
27	<i>Antonio de Nebrija impartiendo una clase de gramática en presencia de D. Juan de Zúñiga</i>	Biblioteca Nacional de España, Madrid. Vía Wikimedia Commons
30	Representación del cultivo de maíz en el <i>Códice florentino</i> de Bernardino de Sahagún	Wikimedia Commons
32	<i>El rinoceronte</i> de Durero	Wikimedia Commons
35	<i>Parecer de Hernando Colón acerca de cómo argumentar los derechos de la Corona de Castilla sobre las islas Molucas</i>	Archivo General de Indias
37	<i>La Piteuse complainte</i>	Wikipedia Commons
40	Tumba de Hernando Colón	Carlos V de Habsburgo bajo licencia Creative Commons
41	El <i>Libro de las maravillas</i> de Marco Polo	Biblioteca Colombina de la Catedral de Sevilla
43	Sánchez Coello, Alonso (Atribuido a), <i>Vista de la ciudad de Sevilla</i>	P004779. Museo Nacional del Prado. Vía Wikimedia Commons
45	Piña y encubertado	Wikimedia Commons
46	El ombú de Hernando Colón	Joaquín Guichot, vía Wikimedia Commons
48	Mujer vertiendo chocolate en una taza, Códice de Tudela	Museo de América, Madrid. vía Wikimedia Commons
49	Nicolás Monardes	Wikimedia Commons
52	Planta de tabaco en la obra de Nicolás Monardes	Biblioteca Nacional de España, vía Wikimedia Commons
54	<i>Nova plantarum, animalium et mineralium mexicanorum historia</i>	Wikimedia Commons
55-56	Animales extraordinarios en la obra de Francisco Hernández	New York Botanical Garden. Mertz Library Digital Collection
57	La Biblioteca del Monasterio de El Escorial	Patrimonio Nacional
59	Biblia Políglota Complutense	Wikimedia Commons
59	Biblia Regia	Wikimedia Commons
60	Imprenta en el Museo Plantin-Moretus	WikiRigau bajo licencia Creative Commons
65	<i>Retrato de Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba</i>	Wikimedia Commons
68	<i>Plantin muestra a Arias Montano un ejemplar de la Biblia Regia</i>	Wikimedia Commons

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Página	Imagen	Crédito
70	<i>El rey Sebastián I de Portugal</i>	Wikimedia Commons
77	Frescos de Tibaldi en la Biblioteca de El Escorial	Patrimonio Nacional
78	<i>Libro de las utilidades de los animales</i>	Wikimedia Commons
79	<i>Don Diego Guzmán de Silva</i>	Wikimedia Commons
79	<i>Diego Hurtado de Mendoza</i> (probable)	Wikimedia Commons
83	<i>Historia natural</i> de Arias Montano	Wikimedia Commons
85	Proyecto decorativo para friso y cornisa con bustos de mujeres, de Ludovico Carracci	Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
88	<i>Retrato de Olimpia Maidalchini</i>	Wikimedia Commons
89	<i>Venus del espejo</i>	Wikimedia Commons
91	Planta de la ciudad de Cabo Verde	Wikimedia Commons
92	Planta del puerto del Callao	Wikimedia Commons
94	<i>Fiesta en un palacio barroco</i>	Wikimedia Commons
96	<i>Retrato del marqués del Carpio en Lisboa</i>	Wikimedia Commons
99	Dyck, Anton van, <i>San Francisco de Asís en éxtasis</i>	P001478. Museo Nacional del Prado
100	Rubens, Pedro Pablo, <i>La Sagrada Familia rodeada de santos</i>	P001703. Museo Nacional del Prado
101	Anónimo (Círculo de: Tintoretto, Jacopo Robusti), <i>Adoración del becerro de oro</i>	D002960. Museo Nacional del Prado
104	Real Academia de España en Roma	Oliver Bonjoch bajo licencia Creative Commons
105	<i>Retrato de don Gaspar de Haro y Guzmán</i>	Wikimedia Commons
106	Anónimo, <i>Ganímedes</i>	E000035. Museo Nacional del Prado
108	<i>Nápoles se rinde ante don Juan de Austria</i>	Wikimedia Commons
111	<i>Guida de Forestieri</i>	Wikimedia Commons
111	<i>Semíramis</i>	Patrimonio Nacional
111	<i>Pentesilea</i>	Patrimonio Nacional
114	<i>Excavación arqueológica en Villa Negróni</i>	Wikimedia Commons
119	<i>Herma de Azara</i>	Wikimedia Commons
119	Anónimo, <i>Retrato del filósofo Hermarco</i>	E000019. Museo Nacional del Prado
120	Anónimo, <i>Retrato del poeta Homero</i> [«Platón»]	E000104. Museo Nacional del Prado
120	Anónimo, <i>Dacio del Foro de Trajano</i>	E000387. Museo Nacional del Prado
120	<i>Encuentro entre dos filósofos presididos por Minerva</i>	Wikimedia Commons
121	<i>Obras de D. Antonio Rafael Mengs, primer pintor de cámara del Rey</i>	Cervantes Virtual
123	<i>Retrato de Giuliana Santacroce como Lucrecia</i>	Wikimedia Commons
124	<i>Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón</i>	www.archive.org
125	<i>Napoleón cruzando los Alpes</i>	Wikimedia Commons
133	<i>Bernardo de Iriarte</i>	Wikimedia Commons
135	Galería de Estatuas de la Casa del Labrador	Patrimonio Nacional
137	<i>Introduzione alla storia naturale e alla geografia fisica di Spagna di Guglielmo Bowles</i>	Bavarian State Library
138	La <i>Bibliotheca hispana nova</i>	Cervantes Virtual
139	<i>Bibliotheca arabico-hispana escurialensis</i>	AECID
140	<i>Manuale Tipografico di Giambattista Bodoni</i>	Wikimedia Commons



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN